



aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón

Un corazón solitario

Amanda Carpenter

285Ptas

Un Corazón Solitario

Amanda Carpenter

Un Corazón Solitario (1994)
Título Original: A Solitary Heart
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 651
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matthew Severn y Sian Riley

Argumento:

El apuesto Matt Severn amenazó a Sian con vengarse si esta seguía viendo a su hermano, aunque la chica no buscaba relacionarse sentimentalmente con él. Consideraba a Joshua sólo como un amigo y por eso decidió darle una lección al arrogante Matt. Por desgracia, no tuvo en cuenta sus propios sentimientos y no tardó en enamorarse irremediablemente de él.

Capítulo 1

SIAN se preguntó quién sería el individuo que acababa de aparecer en el porche trasero. La presencia de ese desconocido le había causado a todo el mundo una fuerte impresión. Era musculoso y apuesto. Llevaba una camisa blanca que hacía resaltar su bronceado. Con una mano se apartó un mechón de cabello castaño de la frente; con la otra sostenía una lata de cerveza fría.

Sian tomó un sorbo de vino blanco. Como tenía mucho calor, se había apartado del resto de los invitados para apoyarse contra un árbol.

Ella y Jane, su compañera de apartamento, cumplían años con una semana de diferencia. Estaban celebrando juntas su cumpleaños y su graduación. Acababan de realizar los últimos exámenes en la universidad de Notre Dame y todos sus amigos y familiares habían sido invitados a la gran fiesta, al igual que varios vecinos. Más de cien personas estaban en el primer piso del apartamento y otras más se hallaban paseando por el jardín. Los invitados habían empezado a llegar desde el mediodía y a las cuatro de la tarde ya todos estaban charlando con animación.

En ese momento el desconocido bajó del porche y el sol iluminó su torso, dejando ver sus fuertes hombros y sus estrechas caderas. Sian no estaba sorprendida de no conocerlo, pues sólo conocía a un tercio de los invitados a la fiesta. Tal vez ese hombre fuera el amigo de un amigo, el primo de un vecino o alguien más...

El hombre miró hacia la muchedumbre y fijó su atención en las jóvenes. La gracia masculina de su cuerpo había dejado a Sian sin aliento.

¿Cuántos hombres había en la fiesta? ¿Cuántos hombres había conocido Sian a lo largo de su vida? Ninguno podía compararse con aquel desconocido. La chica trató de ocultar el temblor de sus manos y el acelerado pulso de su corazón bajo su acostumbrada apariencia fría.

El hombre la miró a los ojos y se dirigió hacia ella. Sian no podía creerlo; pensó que su primera impresión quedaría destrozada cuando ese desconocido abriera la boca y dijera algo trivial. Después, todo volvería a la normalidad y podría disfrutar de nuevo de la fiesta en compañía de su amiga.

Pero Lucifer, el más hermoso y luminoso de los arcángeles, se

detuvo frente a ella. Sian no pudo evitarlo; levantó la vista y se encontró con un par de ojos de color avellana, que brillaban de modo penetrante.

—¿Sian Riley? —exclamó con voz profunda y melodiosa.

—¿Sí? —ella lo miró impasible y preguntó con calma—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Sólo en una cosa, señorita Riley —la estudió con la mirada—. Me llamo Matthew Severn y quiero que deje en paz a mi hermano Joshua.

—¿Qué? —exclamó la chica, atónita. Volvió a apoyarse contra el árbol y lo miró incrédula, convencida de que estaba loco.

—Ya ha oído lo que le he dicho —alzó la mano y por un momento, Sian pensó que iba abofetearla, pero el desconocido simplemente la apoyó en el tronco del árbol. La chica permaneció inmóvil bajo su mirada hostil y su imponente apariencia.

—Joshua Severn es mi hermano —gruñó en voz baja—, y también su prometido. Aléjese de él, señorita Riley, se lo advierto, usted no es su tipo.

Sian no entendía; tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. Sus ojos verdes relampaguearon de furia.

—¿Cómo se atreve? —susurró con rabia, negándose a ser intimidada por la cercanía de ese hombre. Se irguió y lo miró desafiante—. ¿Quién demonios se cree usted que es?

—Soy quien administra la herencia de Josh, de manera que poseo cierta autoridad —replicó Matthew Severn con voz sedosa—. Y le aseguro que la ejerceré hasta donde sea posible. Usted no es buena compañía para mi hermano; así que olvídese de las ventajas que pensó en obtener al casarse con él. Yo me aseguraré de que mi hermano no reciba un solo céntimo hasta que cumpla los treinta años de edad. Los dos tendrán que enfrentarse a varios años de sufrimiento y privaciones, de manera que es mejor que sea sensata.

—Usted está en mi casa y acaba de violar todas las reglas de cortesía con su actitud y sus absurdas acusaciones. Quiero que se marche ahora mismo —ordenó.

—Eso sería muy conveniente para usted, ¿verdad? Le aseguro que yo no tengo intención de irme sin dejar este asunto arreglado. Usted posee un rostro angelical hasta que alguien la hace enfadar; entonces pierde la compostura. ¿Qué le pasa, acaso ya no puede controlar la situación?

—¡Márchese! —gritó la chica. Se dijo que ese hombre tenía

razón. Su furia empezaba a salirse fuera de todo control.

—Oblígueme —susurró, acercando el rostro al de ella.

Sian se dio cuenta de que ese hombre era demasiado provocativo y arrogante. A él le encantaría armar un escándalo en su casa.

—No —le sonrió con malicia—. Usted no me hará perder el control.

—Señorita —susurró molesto—, al parecer usted me está desafiando.

—¡No me haga reír! ¿Quién podría atreverse a desafiar a alguien que, como usted mismo ha dicho antes, posee tanta autoridad?

—Tiene razón, ¿quién se atrevería? Tal vez sólo los pirómanos sean tan tontos como para hacer algo semejante —murmuró con tensión.

—Mientras que sólo los hombres acomplejados e inseguros sienten la necesidad de probarse a sí mismos —replicó ella con rapidez.

—¿Probarse en qué aspecto, Sian Riley? —susurró burlón, dirigiendo su ardiente mirada hacia el palpitante pulso de su cuello y sus senos—. ¿Probarse cuántas veces y en qué... posición?

Otra mujer habría reaccionado con desagrado o confusión ante su sensual sugerencia, pero Sian sabía que eso era precisamente lo que ese hombre deseaba, de manera que lo miró furiosa.

—Estoy segura de que usted pertenece al tipo de sujetos que creen que lo saben todo acerca de las posiciones insostenibles.

Él la miró con asombro y luego se echó a reír, dejándola perpleja. Su risa era sincera y contagiosa, pero Sian no perdió su aplomo.

—Querida, todas mis posiciones son fáciles de mantener —dijo divertido.

—De eso estoy segura. Pero yo no estoy impresionada. Nunca me han atraído los hombres que se consideran fantásticos amantes —intentó retirarse, pero él la sujetó del brazo con fuerza, dejando caer la lata de cerveza. Sian apretó los dientes al sentir el contacto de sus dedos en la piel.

—No, usted prefiere a los jóvenes que son presa fácil de las peores cosas —comentó con sarcasmo—. ¿Conoce Joshua el carácter que tiene? ¿También ha sido víctima de sus mordaces comentarios?

Ese hombre la estaba volviendo loca. Su agresiva actitud, sus

acusaciones, su presencia y el hecho de que la sujetara del brazo... era demasiado.

—Le garantizo que Joshua nunca ha sufrido por ningún comentario mío —respondió ella con rapidez. Se dio cuenta de que le apretaba el brazo con más fuerza y la miraba con dureza. Intentó librarse pues no podía soportar más su cercanía, pero él se lo impidió.

—Mi hermano no es el hombre adecuado para usted —pronunció con convicción y sencillez—. Acéptelo, Sian.

Por el rabillo del ojo, Sian vio que dos compañeras suyas de la universidad se acercaban, mirando a Matthew con gran curiosidad.

—Bien, ya lo he entendido —se volvió hacia él, con tensa y extremada cortesía—. Veo que ya ha terminado su bebida. ¿Qué le parece si le traigo otra cerveza?

En el momento en que Matthew descubrió a las chicas que se acercaban, soltó el brazo de Sian y se volvió hacia ella con un gesto encantador.

—No se moleste, puedo hacerlo yo —sonrió y le susurró al oído —: Esto no ha terminado.

—Qué pretensioso es usted. Claro que ha terminado —murmuró Sian y se alejó con gesto indiferente. Matthew comenzó a charlar con las otras dos chicas ignorando su presencia y Sian lo miró con hastío. De pronto, sintió que estaba pisando algo y se dio cuenta de que era la lata de cerveza. Estaba tan aplastada que casi era irreconocible.

Sian conservó la compostura hasta que logró escapar hacia el estudio. Cerró la puerta para que ningún curioso la molestara, se sentó frente al escritorio y apretó los dientes con furia al recordar la escena del jardín.

¿Cómo se había atrevido Matthew Severn a hablarle de esa manera, a mirarla con ese desprecio? No era la primera vez que se encontraba con esa mirada. Otras personas la habían mirado de esa misma forma. Como Matthew, se creían superiores a ella sólo porque tenía un extraño pasado y una familia de dudosa reputación.

Sian estaba orgullosa de todas las cosas que había hecho y vivido durante su infancia. Su madre murió cuando Sian era demasiado pequeña como para recordarla y su padre, que era el dueño de una agencia de viajes, la había llevado consigo a muchos lugares, donde llevó una vida fantástica: Río de Janeiro, Montecarlo, Londres, Roma, Las Vegas... Sian vivió de esa forma

hasta poco antes de cumplir los diez años. Para ella, su padre, un hombre apuesto, inteligente y encantador, le parecía un príncipe salido de un cuento de hadas.

Sólo cuando su padre la envió a estudiar a un internado, Sian empezó a darse cuenta de que su infancia había sido algo extraña. Antes de enterarse de los rumores que corrían sobre su padre, ella creía que su estilo de vida era normal. Así vivía Devin Riley. Él la quería mucho, pero un hombre con su encanto y su atractivo no podía quedarse a vivir en un mismo sitio permanentemente.

Sian sonrió al pensar que ella se parecía mucho a Devin. Al año de haber entrado en el internado fue haciéndose amiga de las que al principio la habían mirado con mala cara. Después de eso, llevó una vida feliz en la escuela. En el verano, cuando no viajaba con su padre, visitaba las casas de sus amigas...

Sian habían sido feliz y no estaba dispuesta a cambiar por nada aquellos entrañables recuerdos. Su padre todavía poseía su poderoso don de gentes y a ella le encantaba verlo cuando la honraba con una de sus escasas visitas.

Sin embargo, en ese momento quería disfrutar de una vida segura y estable. Deseaba formar un hogar, una familia y conservar a los mismos amigos durante toda la vida. Quería establecerse en un sitio y gozar de la sensación de pertenencia a algo... ¡Y si había algo que podía enfurecerla completamente era encontrarse con individuos de criterio tan estrecho como Matthew Severn!

Ese hombre, al que ella no conocía, la había herido. En ese momento se daba cuenta de que él la había hecho bajar la guardia y sentirse vulnerable y deprimida, y eso era algo que no solía perdonar con facilidad.

En ese momento, abrió un cajón del escritorio y sacó una baraja.

Diez minutos más tarde, la puerta del estudio se abrió. Era Jane, su compañera de apartamento. A juzgar por el ruido, la fiesta seguía en todo su apogeo.

—Hola, solitaria —la saludó con una sonrisa—. ¿Qué estás haciendo aquí cuando todos se lo están pasando tan bien?

—Simplemente deseaba disfrutar de un momento de tranquilidad —sonrió Sian.

—Aja —se sentó en la esquina del escritorio que habían compartido durante cuatro años—Habla conmigo. Eres joven, muy hermosa y tienes un gran talento como diseñadora de modas. Acabas de terminar la carrera y además un chico encantador y

atractivo, Joshua Severn, está embelesado contigo. Ahora cuéntame, ¿qué te pasa?

Sian sonrió al escuchar a su amiga, pero adoptó una expresión seria cuando le mencionó a Joshua.

—¿Por qué tiene que pasarme algo? ¿Por qué no puedo querer estar sola durante unos momentos?

—Sian, eres mi mejor amiga y te quiero mucho. Y cada vez que tienes un problema te dedicas a hacer solitarios una y otra vez, de manera obsesiva. No trates de engañarme. Quiero saber por qué estás aquí el día de nuestra fiesta.

Sian suspiró de inmediato y empezó a barajar las cartas con movimientos precisos y elegantes, como los de un profesional. Esa era una de las muchas habilidades que había aprendido de su padre.

—No me pasa nada —insistió—. De verdad. Lo que sucede... es que el hermano mayor de Joshua, Matt, está aquí.

—¡Vaya! —Jane fingió alivio—. Y yo que creí que no te habías fijado en el hombre más sexy y atractivo de toda la fiesta. Me preocupaste por un momento. ¿Y qué ocurrió?

—El señor Matthew Severn tuvo la condescendencia de fijarse en mí y me comunicó, con palabras muy precisas y directas, que yo no era la persona adecuada para convertirse en la futura esposa de Joshua. Insinuó que yo era simplemente una oportunista, que Joshua era una víctima de mi codicia y que se encargaría de hacernos la vida imposible si nos casamos.

—¿Qué? —Jane se quedó asombrada—. ¡Mala amiga! ¿Cuándo te propuso Joshua matrimonio? ¿Y qué le contestaste? ¿Cómo te atreviste a no contarme algo semejante?

—Ese es el meollo del asunto —contestó Sian molesta—. Joshua aún no me ha propuesto nada. Tal vez no ha reunido el valor suficiente, pobrecito. Yo no sabía que él pensaba casarse conmigo hasta que su hermano me dijo todo eso. El mensaje implícito es que quiere que yo desaparezca de su vista y de la vida de su hermano.

—¡Ay, no! —Jane se llevó una mano a la boca—. Y tú, que tienes el típico carácter apasionado irlandés... ¿qué le dijiste?

—Le dije que era un patán, un pretensioso y un entrometido — contestó Sian, pensando que no había palabras suficiente para describirle lo que había sentido en ese momento.

—¡Esa es mi chica! —la felicitó Jane—. ¿Y qué hizo él?

—Mejor no te lo cuento —empezó a reír, aunque estaba muy enfadada—. Es por eso por lo que Joshua ha estado muy

preocupado últimamente, Jane. Y ha tratado de estar conmigo a solas durante todo el día. No sé qué voy a decirle si me ofrece matrimonio. Si me lo hubiera propuesto cuando estaba tan furiosa, creo que habría aceptado sólo para hacer rabiar a Matt.

—¿Te gustaría aceptar por ti misma, no por Joshua ni por Matt? —le preguntó Jane, muy seria.

—No lo sé —gimió frustrada—. Joshua es tan bueno y considerado. Sería un marido y un padre ideal...

—¿Y qué hay del amor? —preguntó su amiga.

—¡El amor! —exclamó exasperada Sian, pronunciando la palabra con desprecio. Jane contempló su cabello negro y brillante, que se derramaba sobre sus hombros como una cascada, y pensó que Sian era una mujer apasionada y sensual, que desconocía sus propias cualidades—. ¿Qué le sucedió a mi madre? Se casó con un hombre encantador pero completamente inútil, con un amante guapo e infiel que tenía una pasión incontrolable por el juego y las apuestas... No me interpretes mal, pues quiero mucho a mi padre. Pero es por eso mismo por lo que no tengo una buena opinión acerca del amor. Eso no está en mi lista de requerimientos, querida Jane. Yo quiero tener estabilidad, constancia, devoción. Y sé que Joshua podría darme eso. No sé qué hacer...

—Ay, Sian —Jane suspiró y le apretó las manos mirándola con tristeza.

Sian no entendía la razón y la compasión de su amiga... a menos que se debiera al hecho de haberse enfrentado de una manera tan desagradable con el hermano de Joshua en un día que sólo debía ser dedicado al gozo y a la celebración.

—Bueno, ¿por qué no regresamos a la fiesta? —le preguntó Sian, armándose de valor.

—Claro —Jane se arregló el vestido. Era de pequeña estatura, rubia, de tez bronceada mientras que Sian era alta, morena y de tez muy blanca—. Sería capaz de asesinar por tener unas piernas como las tuyas —exclamó de repente—. No sé por qué el hermano de Joshua se comportó de una manera tan odiosa en vez de intentar seducirte. Estás despampanante con ese vestido rojo. Si yo me lo pusiera, el talle me llegaría por las rodillas... Me asombra que él no haya deseado coquetear contigo y ocupar el lugar de Joshua en tu corazón.

—Pues te aseguro que logró contenerse —comentó Sian con tono seco—. Claro que yo no estoy decepcionada...

—Vaya, solitaria, tus ojos brillan con malicia —declaró Jane antes de salir del estudio—. ¿Qué estás tramando en tu pequeña y malvada mente? —No mucho, pero si Matt está tan decidido a considerarme tan inapropiada para formar parte de su augusta y respetable familia, creo que voy a demostrarle lo muy inapropiada que puede llegar a ser —susurró Sian con expresión traviesa.

—Cuenta conmigo —agregó Jane, feliz—. Ese canalla no puede tratar así a mi mejor amiga y salirse con la suya. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Acaba de declararme la guerra; me enfrentaré y veré qué sucede —se encogió de hombros. Salieron del estudio y fueron hacia la cocina, donde sus amigos las estaban esperando.

Al entrar en la cocina, Sian fijó su mirada en el hombre que estaba en el otro extremo. Se trataba de Matthew Severn; estaba apoyado contra una pared, al lado de Joshua. Se encontraban charlando con los padres de Steven, el novio de Jane, quienes vivían en la ciudad de Michigan y habían ido a South Bend a la fiesta de Jane y de Sian. Matthew Severn parecía tranquilo, pero Sian se estremeció al percibir su penetrante mirada. ¿Por qué tenía que mirarla con tanta hostilidad? ¿Y por qué la intimidaba tanto esa mirada, haciéndola sentirse pequeña a pesar de que medía más de un metro setenta?

Ese hombre era demasiado duro, atractivo y arrogante. Delante de su fuerte y poderosa presencia, Sian se sentía frágil.

En ese momento, Joshua se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros. Matt Severn miró a Sian con dureza y la joven recuperó la confianza y le sonrió con despreocupación, algo que lo hizo enfadar aún más.

—Feliz cumpleaños, cariño —sonrió Joshua—. ¿Qué has estado haciendo?

—He estado por ahí —replicó y le pasó un brazo por la cintura. Tomó la cerveza que él tenía en la mano y le dio un sorbo. «Este gesto es muy íntimo, ¿verdad, Matt? Pues ojalá que te atragantes al verme», pensó Sian.

—Ya es hora de partir la tarta —exclamó Steven. Jane aplaudió al ver una gran tarta cubierta con crema y llena de velitas, decorada con los nombres de las dos amigas. Después fue el turno de los regalos.

Los invitados empezaron a bailar en el patio trasero; algunos se dedicaron a preparar hamburguesas y perritos calientes en la

barbacoa del jardín. Sian entró en la cocina a comer algo. El sol se estaba ocultando y, para su alivio, por fin había empezado a soplar una brisa fresca. Los padres de sus amigos ya se habían marchado pero la fiesta seguía en todo su apogeo. Parecía que iba a durar toda la noche ya que el día siguiente era festivo.

Sian se sirvió un poco de ensalada y Joshua se acercó a ella. La chica trató de disimular su contrariedad pues no quería hablar con él en ese instante. Tan sólo le sonrió y le pidió que le sirviera una copa de vino.

—Bueno, pero no te vayas a bailar con alguien más. Espera a que yo vuelva —susurró Joshua, dándole un beso en la punta de la nariz.

—Ahora me resultaría difícil bailar —murmuró ella cuando Joshua ya se había retirado—. Terminaría por echarle a alguien la ensalada encima.

—¿A quién, si se puede saber? —susurró una voz y Sian se sobresaltó. Era Matt; para disgusto de la joven, todavía seguía en la fiesta. Esperaba que ya se hubiera marchado, debido a que vivía en Chicago, a dos horas de distancia de allí. En vez de eso, al parecer se había quedado espiándola, pues se había acercado a ella en cuanto se quedó sola.

—Aquí hay varios candidatos —comentó él con tono seco..

—¿Te gusta lo que ves? —inmediatamente deseó morderse la lengua por haber dicho eso cuando Matt la recorrió con la mirada.

—Unas piernas increíbles y una encantadora sonrisa. Tengo que aceptar que mi hermano menor tiene buen gusto.

Haciendo un gran esfuerzo, Sian logró mirar a Matt con serenidad, frunciendo la nariz con desprecio.

—Tu descripción es demasiado gráfica. Y eso me sorprende, pues creía que eras más conservador.

A la luz del sol poniente, sus ojos de color avellana brillaban con intensidad. De pronto, ese hombre, que medía más de un metro ochenta, le pareció intimidante. Sian se contuvo para no retroceder.

—Pero no estábamos hablando de mi gusto, sino del de mi hermano.

—¿Estáis hablando de mí? —inquirió Joshua, acercándose con una cerveza en una mano y una copa de vino en la otra para Sian, mirando desafiante a Matt. Parecía un niño al lado de su hermano mayor.

Sian suspiró al darse cuenta de que los dos parecían estar apunto de pelearse por ella, algo que no deseaba que ocurriera por nada del mundo. Aquella situación se había convertido en una absurda farsa. —Ah, gracias —dijo, sonriendo el tiempo que aceptaba la copa de vino—. Estábamos hablando de nuestros gustos respectivos. Le estaba diciendo a Matt que él me parecía muy conservador.

—Matt no es nada de eso —Joshua rió de manera forzada—. Lo que hizo en su juventud no debería contarse delante de una dama.

Los sensuales labios de Matt se curvaron en una sonrisa. Sus fuertes rasgos revelaban un carácter duro y decidido, pero también dotado de un gran sentido del humor. Los dos hermanos se parecían en su aspecto físico, pero Sian tuvo que reconocer que Joshua no tenía ni la virilidad ni la madurez de Matt.

—Pero ya sabes que cuando uno es joven, no sabe lo que hace —comentó Matt, mirando a su hermano con firmeza.

—Eso no significa que uno no pueda tomar decisiones acertadas en su juventud —exclamó Joshua con furia.

—No, pero sí significa que te falta experiencia para saber qué hacer cuando cambies de opinión —replicó Matt con una frialdad que contradecía el candente brillo de sus ojos.

Sian miró angustiada a la gente que se estaba divirtiendo afuera y luego, molesta, fijó la mirada en los dos hermanos.

—Vamos a aclarar la situación, ¿de acuerdo? —Joshua se sobresaltó y Matt se limitó a mirar a Sian con una expresión tan sarcástica que le hizo perder la paciencia.

—Joshua, tu hermano ha considerado apropiado decirme que no está de acuerdo con nuestro compromiso. Yo tuve que soportar en mi propia casa que un desconocido me hiciera comentarios poco halagadores acerca de mi persona. Podéis pelearos cuanto queráis; os aseguro que eso no me importa. Sin embargo, no vais a hacerlo en mi fiesta de cumpleaños ni en mi casa.

Joshua retrocedió, atónito; nunca la había visto tan enfadada. Pero Sian estaba tan exasperada, que eso no le importó y se volvió hacia Matt con furia.

—Y en cuanto a ti, nunca he conocido a un hombre más grosero, arrogante y autoritario que tú en toda mi vida —exclamó—. Deberías sentirte avergonzado de ti mismo. Aunque sé que al decirte esto sólo estoy perdiendo el tiempo. Si Joshua o cualquier otro hombre me honra al proponerme matrimonio, lo aceptaré o lo rechazaré basándome sólo en nuestra relación. Créeme, jamás

podrás influir en mi decisión respecto a eso. No me ha gustado nada conocerte y puedes retirarte cuando más te convenga. ¡Buenas noches!

Matt se limitó a sonreír. Parecía estar divirtiéndose con la situación y eso la sacó de sus casillas. Se le nubló la mirada de ira y con un controlado movimiento que expresaba su infinita furia, vació su plato de ensalada así como el contenido de su copa sobre la camisa de Matt.

Alguien jadeó rompiendo el silencio. Sian sospechó que tal vez había sido ella misma. Miró el rostro sereno de Matt y tuvo la sensación de encontrarse frente a un rifle a punto de ser disparado. Con una envidiable calma y una gran compostura, Matt levantó una mano y una vez más Sian creyó que iba a abofetearla...

La cautivó con la mirada. Con el dedo índice recogió un poco de mayonesa de la ensalada de su camisa manchada y se lo llevó a los labios.

Sian se quedó paralizada por la cruda sensualidad de ese gesto. Matt sonrió mientras la desafiaba con la mirada. La joven inclinó la cabeza y estuvo a punto de dar una patada en el suelo, de pura rabia. Con esfuerzo le sostuvo la mirada sin parpadear.

De pronto, se escuchó la voz de Jane. La joven se interpuso entre Matt y Sian mientras comentaba algo acerca de los accidentes, las lavadoras de ropa y las virtudes de los detergentes. No obstante, los dos seguían mirándose con una hostilidad semejante a la de dos boxeadores a punto de combatir.

Era una guerra declarada y a Sian ya no le importaban los motivos que la habían suscitado. Lo único que sabía era que ese hombre le hacía hervir la sangre en las venas.

Capítulo 2

SIAN intercambió algunas palabras con Jane antes de irse de la fiesta a las dos de la madrugada, y se fue a pasar la noche al apartamento de otra amiga. Se despertó tarde y vio que hacía una mañana tan soleada como la del día anterior. Se bañó y se puso un bikini de color rosa, una camiseta del mismo tono y una minifalda de color azul claro que revelaba sus largas y bien torneadas piernas, que tanto envidiaba Jane.

Karen, la dueña del apartamento, ya se había ido a trabajar, pues aunque era día festivo, desempeñaba la función de gerente de un restaurante que no cerraba ese día. Sian le dejó una nota donde le agradecía el haberla dejado pasar la noche allí y luego metió sus cosas en una maleta.

No le importaba que su huida de la fiesta hubiera resultado demasiado evidente. Necesitaba estar sola y alejarse de Matt. El solo hecho de pensar en él la hacía rabiar.

No le había bastado con que se dijera que Matt había tenido que quedarse en la casa mientras le lavaban y secaban la camisa. Ciertamente no le había bastado con estar completamente convencida de que la culpa sólo era de él. Matt de todos modos se había quedado en la cocina con el torso desnudo. Se había estado riendo con Jane de tonterías y luego había hablado durante largo rato pon Joshua.

Sian detestó haber sido testigo de aquello. Joshua reaccionó como si Matt fuera su padre. Se mostró rebelde y resentido, con la desafiante actitud del típico adolescente. Sin embargo, había tenido que controlarse ante la presencia autoritaria de su hermano mayor.

El joven, inteligente, y divertido estudiante de Derecho, acabó desapareciendo para ser sustituido por un niño tímido y avergonzado. Sian había podido ver a Joshua a través de los ojos de Matt y esa experiencia no le había gustado. Tal vez Matt se sintiese responsable de su hermano menor, pero no podía comportarse como si fuera su padre, que había muerto unos años atrás.

Mientras pensaba en ello, Sian se hizo una trenza y salió del apartamento de su amiga. Jane, Steven Joshua y ella irían a pasar el día al Lago Michigan. La chica estaba decidida a divertirse.

Pensó que era bastante probable que, después de lo sucedido la

noche anterior, Joshua ya no le propusiera matrimonio. Y seguramente Matt ya habría regresado a Chicago. Se dijo que en realidad lo que había ocurrido era algo sin importancia. Cuando llegó a su apartamento, ya había decidido olvidarse de Matt para siempre.

El plan era que todos la ayudarían a limpiar la casa antes de irse a las Dunas Indiana en dos coches. Sin embargo, cuando Sian salió al jardín trasero, se dio cuenta de que todo ya estaba limpio. Vio una serie de bolsas de plástico llenas de basura, junto a la puerta de la cocina, y se sorprendió. El apartamento también estaba limpio. Sian oyó el ruido de la ducha y sonrió divertida al pensar que Jane no solía ser tan ordenada; luego se dirigió hacia su dormitorio.

Sin embargo, al ir a coger el picaporte, la puerta se abrió sola sin que Sian la empujara. La chica perdió el equilibrio, llevada por su propio impulso, y chocó contra alguien. Dos manos la tomaron de los brazos y ella tocó un desnudo y musculoso torso. Por un instante, sintió una piel muy suave, un abdomen duro... Luego retrocedió con rapidez mientras contemplaba la expresión hosca de Matt Severa.

—¡Tú! —exclamó asombrada.

—Sí —asintió burlón. Sus manos grandes y cálidas la tomaron de los brazos y luego de los codos, provocándole una sensación tan íntima que la chica se estremeció.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —se sentía vulnerable, expuesta.

—Haciendo la cama. Tenía que dormir en alguna parte. ¿No crees? —añadió y se encogió de hombros.

Furiosa, Sian vio que su cama ya estaba hecha. Sin embargo, al imaginárselo dormido allí, con su cabello castaño sobre la almohada, sintió algo muy extraño en el estómago. Tragó saliva y se enfrentó a él, frunciendo el ceño.

—¿Por qué no te fuiste a tu casa?

—Qué carácter —dijo y cerró la puerta, apoyándose contra ella para impedirle la salida—. Bebí demasiado alcohol. Supongo que no habrías querido que sufriera un accidente al conducir en ese estado, ¿verdad?

—Claro que no —lanzó su bolso sobre la cama. Se sentía muy incómoda. Se sorprendió al darse cuenta de que él la miraba con la misma furia del día anterior, pues había pensado que ya habría olvidado lo sucedido.

—¿Y tú dónde dormiste, cariño, y con quién? —le preguntó bruscamente.

Fue como lanzar una cerilla ardiendo a un montón de paja seca. Sian se inclinó, cogió su maleta y se la lanzó. Matt la interceptó con una mano y se quedó mirando a Sian fijamente, intimidándola.

—Aléjate de esa puerta —le gritó ella.

—Como quieras —empezó a acercarse a ella, con los ojos brillantes. Sian se cruzó de brazos y se obligó a plantarle cara. No estaba dispuesta a permitir que la atemorizara en su propia casa.

Sian había tenido una vida muy intensa, y no se impresionaba con facilidad. Conservó la calma y lo miró desafiante.

—No estuviste con Joshua... te fuiste demasiado temprano de aquí —la miró con detenimiento.

—¿Y cómo sabes que no nos reunimos después en algún sitio? —se burló la joven.

—Huiste de mí, ¿verdad? Cobarde —la acusó, al tiempo que le acariciaba una mejilla.

—No me toques —apartó la cara—. Te das demasiada importancia y lo que yo haya hecho no es asunto tuyo. ¿Por qué no te marchas de una vez?

—Querida —susurró—, yo también estoy de vacaciones. Cuando Joshua me contó que tenía intención de casarse contigo, vine a conocerte y a ver cómo estaban las cosas.

—Bueno, ya sabemos todos el éxito que tuvo tu visita —comentó con dureza, haciendo un esfuerzo por no admirar su bronceado y musculoso pecho—. ¿Y qué piensa Joshua de todo esto?

—De hecho, le pareció una buena idea —comentó Matt con tono seco, sin dejar de mirarle—. Se suponía que yo debía conocerte y disipar todos mis temores. Sian dio un respingo y bajó la vista. No le había gustado que él le dijera que ella no era la mujer adecuada para su hermano. Se odió por no haber podido impedir que la hiriera de esa forma.

—Ya estoy harta de tus insultos.

—Aún no he terminado —la tomó de los hombros con delicadeza. Sian estaba ruborizada, mantenía apretados los labios y su postura revelaba aprensión. Matt frunció el ceño y pronunció con dureza y claridad—: Escúchame. Desde hace tiempo Joshua no hace más que hablarme de una tal Sian Riley. Me habla de la inteligencia y seguridad de Sian, de la manera tan astuta con la que puede

desenvolverse en una situación difícil para sacar ventaja. Sian viajó de niña por todo el mundo, tiene amigos que fueron famosas estrellas de rock y viajó por el Mediterráneo en yate. Sian también le dijo a Joshua cómo debía hacer frente a un profesor con quien tuvo un problema. Sian ganó dinero a sus amigos en una partida de póquer de modo que Joshua tuvo que pedirme un adelanto sobre el dinero que le doy mensualmente.

Sian abrió los ojos asombrados, incrédulos. Ella no podía ser esa persona. Todo lo que Matt le había dicho era cierto, pero al mismo tiempo no era la verdad.

¿Así la veía Joshua? Entonces, ¿qué sucedía con las cualidades que Sian más valoraba de sí misma, como su sentido del humor, su compasión, su lealtad? Matt le había descrito la imagen de una mujer muy atractiva pero al mismo tiempo frívola y vana. Al oír lo de la partida de póquer, la chica ya no pudo permanecer en silencio por más tiempo.

—¡Esa estúpida partida! —exclamó impaciente—. Yo ni siquiera quería jugar, pero ellos insistieron mucho en ello. Estaban tan decididos a enfrentarse conmigo, la hija de una figura legendaria del casino... Tú no sabes lo que fue eso...

—Yo también fui a la universidad —le recordó Matt con tono seco—. Y ya sé la clase de desafíos estúpidos que los jóvenes inventan para probarse a sí mismos. Y también sé que te llevaste todo su dinero.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Devolvérselo? —preguntó—. Tal vez eso te habría convenido a ti, pero el orgullo de esos chicos jamás se lo hubiese permitido. Fue preferible que yo les diera una lección a que un día se encontrasen con un tahúr que los metiera en un verdadero lío. Yo sé cuándo hay que dejar de jugar.

—¡Qué dura eres! —susurró él con una sonrisa.

«¡Si lo fuera de verdad!», exclamó en silencio Sian. Si pudiera llegar a tener confianza en sí misma, de forma que gente como Matthew no la hiriera con aquellos comentarios hechos a la ligera...

—¿Eso es lo que opinas de mí? —comentó con amargura.

—Yo no he dicho que no estuviera de acuerdo contigo, ni que no hubiera hecho lo mismo en tales circunstancias —señaló exasperado —. Tan sólo te estoy explicando la imagen que me formé de ti a partir de los relatos de Joshua. Y fue a esa persona a quien le hice la advertencia de ayer, ¿entiendes? La realidad es que tú... resultaste ser muy distinta de como yo te había imaginado.

Sian no entendía por qué Matt le estaba hablando con ese tono de voz tan extraño. Pero se quedó impresionada al darse cuenta de que en cierto modo se estaba disculpando con ella.

—Vaya, reconocer eso debe de haberte costado mucho. ¿Y cómo se lo tomó Joshua cuando se lo dijiste?

Matt alzó una ceja y rió con suavidad. Sian se ruborizó al darse cuenta de que acababa de revelarle implícitamente que ella no había pasado la noche con su hermano.

—No se lo dije —la tomó de los hombros con suavidad—. Eso era algo que sólo nos interesaba a ti y a mí, no a Joshua. Sí le dije que seguía considerándote una mujer poco adecuada para convertirse en su esposa. Y le reiteré que no cuenta con mi aprobación si te propone matrimonio. Haré todo lo que esté de mi parte para impedir que eso suceda. Y a partir de ahora, mi hermano tendrá que arreglárselas solo.

Después de esa revelación, Sian se sintió como si la hubieran abofeteado. Se quedó boquiabierta y luego exclamó con rabia:

—Maldito seas, Matt Severn... Voy a decirte qué puedes hacer con tus deleznables y presuntuosas intromisiones...

De pronto, se quedó aún más perpleja cuando él estalló en carcajadas. Luego le tiró de la trenza con suavidad y Sian tuvo que echar la cabeza hacia atrás. Matt acercó su rostro al de ella y la miró a los ojos.

—Joshua se lo tomó como un hombre —susurró con una sonrisa —. Y tú te lo estás tomando ahora como toda una mujer, lo cual me alegra.

«¿Acaso ahora, después de todo lo que me ha dicho y hecho, me va a besar...?», se preguntó alarmada.

Matt bajó la vista hasta su cuello y después hasta su blusa. Allí se detuvo; entonces, repentinamente tenso, contuvo el aliento mientras su rostro adquiría una extraña expresión.

Paralizada y confundida, Sian lo miró sin saber qué hacer. En ese momento Matt se inclinó, no hacia sus labios, sino hacia su brazo. La chica se estremeció por la sorpresa y por las sensaciones que la embargaban. Su delgado brazo mostraba la marca de los dedos de Matt donde él le había apretado la blanca y delicada piel.

En ese instante Matt le acarició las marcas con los labios, y la besó con increíble delicadeza.

Sian empezó a jadear y apretó los dientes. No podía apartar la mirada de lo que estaba sucediendo. No supo si lo miró con ternura

o con furia. Y justo cuando reunió la fuerza y la sensatez suficiente para empujarlo, Matt la soltó, se irguió y salió de la habitación. La puerta se cerró con suavidad y Sian se quedó sola.

La chica se llevó las manos al rostro. Estaba ardiendo de furia y de emoción. Tenía la sensación de que todo giraba a su alrededor. Intentó asimilar lo que había sucedido, pero no tenía la suficiente concentración mental para hacerlo.

No encontraba palabras para describir lo confuso, provocativo, exasperante e incomprensible que le resultaba Matt. La había dejado sin saber qué pensar ni qué decir. Sian se consideraba a sí misma como una chica con experiencia, pero Matt sobrepasaba cualquier cosa que pudiera imaginar.

Sólo estaba segura de una cosa. Ese hombre tenía el talento innato de hacerla enfurecer como nadie... Recogió su maleta del suelo y la lanzó contra la pared. Una vez hecho eso se sintió un poco mejor, pero no lo suficiente.

Veinte minutos más tarde, Sian salió de su dormitorio. Llevaba una bolsa en la que había guardado su crema de sol, una toalla y un peine.

Steven, Jane y Matt subieron al deportivo de este último mientras Sian entraba en el coche de Joshua con la intención de hablar con él.

El cielo estaba despejado y hacía mucho calor. Sian se puso sus gafas de sol y guardó silencio durante los primeros minutos del corto trayecto hasta el lago Michigan, advirtiendo que el deportivo rojo dejaba atrás en seguida al coche de Joshua.

—¿Estás enfadada conmigo? —inquirió al fin el joven.

—¿Por qué habría de estarlo? —rió ella.

—Por no tener el valor de pedirte que te casaras conmigo —se tranquilizó un poco—, por haber hablado primero con mi hermano. Sian, tienes que entenderlo. Matt siempre me ya ayudado. Es tan inteligente y sensato... Y además, me quiere mucho. Se comporta más como si fuera mi padre que como mi hermano mayor. Pero te aseguro que no esperaba que reaccionara como lo hizo.

Le dirigió una mirada suplicante, para irritación de Sian. Joshua era bueno, honesto y atractivo, pero la joven ya no podía mirarlo como antes de la fiesta, como antes de la conversación que había mantenido con Matt en su dormitorio. Joshua era un joven bueno, pero sólo se preocupaba de los aspectos superficiales de la vida. Sian se dijo que ella debió de haberle parecido muy atractiva y

exótica por haber tenido una infancia distinta de la de las demás chicas, por haber vivido con su padre y viajado por todo el mundo. Sian no se sorprendía de que él estuviera embelesado con ella, pero en Joshua no había nada profundo. Ella ya no lo veía como a un igual, ni tampoco como al hombre con quien podría compartir sus sueños, sus aspiraciones... su vida.

En ese momento se dio cuenta de que el tipo de relación que ella quería tenía que basarse en la madurez y la confianza. Esos dos ingredientes podían crear un tipo de ambiente estable y cariñoso donde pudiera formar una familia. Joshua no podría proporcionarle nada de eso y, si se casaba con él, representaría más bien el papel de madre que el de esposa.

—Te amo —susurró él y ella suspiró. De nuevo, esa palabra lo complicaba todo. Sian se preguntó por qué la gente no podría conformarse con emociones más sencillas y seguras como el afecto y el respeto.

—Yo también te quiero —le dijo y le hizo una caricia en el brazo —. Pero creo que para mí eso no significa lo mismo que para ti.

Sian pudo ver cómo Joshua adoptaba la misma expresión que un niño contrariado.

—¿Significa eso que no hay esperanzas para nosotros?

—Creo que no —murmuró la chica—. No sé cómo resultarán las cosas en el futuro, pero ahora tengo que ser realista. Hace tiempo que salimos y nos hemos divertido mucho. Disfrutamos mucho de nuestra mutua compañía, pero eso no basta para formar una relación que durará toda la vida, ¿no crees?

Él desvió la vista. Estaba triste, molesto, pero no destrozado. Después de un momento, comentó:

—Veo que, después de todo, Matt tenía razón.

Sian jadeó pero tuvo que reconocer la verdad.

—Pues sí, es cierto, aunque no me guste admitirlo. Pero eso no significa que tu hermano tenga que saberlo, ¿verdad?

Él la miró con firmeza y luego volvió a concentrarse en la carretera mientras una sonrisa iba iluminando lentamente su rostro.

—Vaya, él te desagrada bastante, ¿no es cierto?

—No soy una persona conciliadora —confesó la chica con tono cortante—. Y él empezó todo esto.

—Eres una auténtica guerrera —rió con tono travieso y divertido—. Matt suele comportarse de forma muy autoritaria

cuando tiene razón, y eso es algo que me resulta insoportable. Creo que alguien debería darle una buena lección, por una vez en la vida. ¿Qué te parece si fingimos estar comprometidos por un tiempo para hacerlo sufrir un poco?

—Está bien —sonrió. Sabía que Matt se pondría lívido de rabia al enterarse—. Es una excelente venganza. Pero seré yo quien se lo diga. Y esperaré el momento indicado para comunicarle la noticia.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces? —Joshua frunció el ceño—. Mi hermano puede ser terrible cuando se enfurece.

—No te preocupes. Podré hacerle frente —sabía que eso era una mentira, pero estaba decidida a vengarse de él, sin importarle cuáles fueran las consecuencias. Matt se lo merecía y el herido orgullo de la joven la obligaba a hacer eso.

Joshua aparcó frente a la casa de un amigo donde podían dejar los coches. La playa estaba a un kilómetro de distancia andando a través de un bosque. Joshua y Sian bajaron del coche y sacaron sus cosas.

El deportivo rojo se detuvo a su lado. Jane y Steven bajaron; parecían muy contentos. Matt sonreía. No se había molestado en ponerse una camisa y Sian no pudo evitar admirar sus hombros y su pecho bronceado.

Matt la sorprendió en ese momento y su sonrisa se amplió. La chica se puso tensa y luego sonrió con malicia al pensar en su venganza. Tuvo la satisfacción de ver cómo él la miraba sorprendido. Eso la puso de buen humor.

Los hombres llevaron las neveras llenas de comida y refrescos. Jane y Sian llevaron las bolsas. Después de caminar por el bosque, llegaron a las dunas. Hacía calor y Sian se enjugó el sudor de la frente. Cuando se acercaron al inmenso lago, empezaron a ver grupos de turistas.

—¿Por qué no nos instalamos un poco más arriba? —Sugirió Matt, cubriéndose los ojos de los rayos del sol—. Hace mucho sol y deberíamos tratar de encontrar un lugar con sombra si es posible —al hablar miraba el cuerpo de Sian y la joven comprendió que él decía eso por su delicada y blanca piel. Tanta consideración la sorprendió.

Eligieron un lugar que estaba junto al lago, a unos diez metros de altura. La mitad de las toallas fueron extendidas al sol y la otra mitad a la sombra. Luego todos se tumbaron. Jane sacó una pelota de su bolso y se fue a jugar con Steven. Sian sonrió al verlos saltar,

pensando que ninguno mostraba ya las señales de tensión tan evidentes durante el mes anterior, debido a los exámenes y trabajos finales de la universidad. Jane y Sian no habían podido dormir bien durante ese tiempo; constantemente estaban de mal humor. Pero al fin había valido la pena. Sian podría buscar en ese momento un empleo de diseñadora en cualquier casa de modas, aunque eso no era lo que ansiaba hacer.

El deseo de Sian era tener su propia compañía de diseño, pero sabía que para conseguirla tenía que seguir estudiando. Tenía la intención de conseguir un título en administración de empresas y en mercadotecnia para tener éxito con más facilidad. No quería hacerse con una fortuna, pero sí vivir de manera holgada e independiente. Absorta en los planes para su futuro, empezó a desnudarse. Se quitó primero la blusa dejando al descubierto el bikini rosa que se amoldaba a sus erguidos y redondeados senos. Después se quitó la falda, revelando su delgada cintura y sus estrechas caderas.

Se encontraba agachada, buscando la crema bronceadora, cuando vio dos musculosas piernas justo delante de ella.

—¿Quieres que te unte crema en la espalda? —le susurró Matt al oído.

Joshua estaba jugando con Jane y Steven en el agua. Sian miró a Matt con sus profundos y luminosos ojos verdes.

—Sí, gracias.

Él se sorprendió de nuevo, lo cual satisfizo a la joven. Matt sonrió, se puso bastante crema en una mano y empezó a frotarle la espalda a Sian, que se hizo a un lado la trenza.

Sian se relajó ante su contacto. Las manos de Matt eran increíblemente suaves. Le dio un masaje en los músculos de la espalda con delicadeza y lentitud, deshaciendo con cuidado los nudos de tensión. Sian inclinó la cabeza hacia adelante y suspiró contenta.

—¿Qué pasó con la declaración de guerra? —sonrió él.

—Ha habido un cambio de táctica. Se llama «conflicto de baja intensidad».

Él empezó a reír, y Sian sintió las vibraciones de su risa ronca en el cuerpo. Eso la hizo perder el aliento.

—Nunca te rindes, ¿verdad?

—No. Además, a mí tampoco me parece que seas el tipo de hombre que se da por vencido con facilidad.

—Tienes razón, sobre todo cuando veo algo que quiero. Hago todo lo posible por conseguirlo y nada puede detenerme, salvo un incendio o una inundación.

Sian comprendió perfectamente. Ya sabía cómo era él cuando estaba molesto y agresivo.

—Bueno, ya estoy advertida —sonrió ella y se abandonó a la magia del masaje de Matt. Empezó a untarle la nuca de crema. Sian debió de gemir, porque él de inmediato disminuyó la presión de sus dedos.

—¿Te he hecho daño?

—No, lo que pasa es que me duele el cuello, pues anoche dormí en un sofá —de inmediato se angustió, pues esperaba que Matt hiciera algún comentario sarcástico acerca de ello. No obstante, él se limitó a murmurar:

—¿Dónde? ¿Aquí? Quédate quieta. Bueno, ¿cómo te sientes ahora?

—Mucho mejor, gracias —estaba sorprendida de poder mover el cuello con más libertad.

—De nada, ¿quieres que te dé un masaje por delante? —susurró.

Sian se echó a reír y cogió el frasco de crema.

—Claro que no. El conflicto aún no es de tan baja intensidad.

Él se sentó a su lado y se abrazó las rodillas. Parecía que no quería ir a jugar en el agua con los demás. Sian apartó la vista de sus poderosos bíceps y se concentró en aplicarse más crema en el resto del cuerpo.

Después de haber contemplado en silencio durante varios minutos a los que estaban nadando, Matt se volvió y miró a la joven.

—¿Sabes? No va a resultar.

—¿A qué te refieres? —preguntó tensa, sobresaltada.

—Lo que intentas hacer —la observó con frialdad y añadió—: No soy un joven sin experiencia al que puedas manipular fácilmente con tu encanto.

Sian se dijo que, de nuevo, el depredador esperaba la oportunidad para atacar a su presa. La miró fijamente y ella se dio cuenta de que él no era inmune a sus encantos. Decidió que no podía fingir inocencia, puesto que Matt tenía razón. Se tumbó boca arriba, apoyada sobre los codos, y lo miró a los ojos.

—¿Eso es lo que piensas que intento hacer?

—Creo que incluso podrías convencer a las hojas de los árboles

para que cayeran al suelo, si eso te ocasionara algún provecho — susurró sin devolverle la sonrisa.

Sian entornó los ojos.

—La personas son como círculos, ¿no te parece? —comentó bruscamente.

Él adoptó una expresión sombría mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad.

—¿Cómo es eso? —inquirió después de un momento.

—Así —Sian empezó a dibujar círculos entrelazados en la arena con el dedo índice—. Joshua ve esta parte de mi círculo y cree que lo que ve soy yo. En parte es cierto, pero no es todo lo que soy. Mostramos distintas actitudes ante diferentes personas. El papel del niño frente al padre, el de amigo con el amigo, el de amante con el amante, el de enemigo con el enemigo...

—¿Y qué eres tú? —inquirió Matt, con los ojos brillantes—. ¿Niña, amiga, amante o enemiga?

—Tú mismo dibujaste el círculo de lo que pensaste que soy — susurró y borró el dibujo con energía—.

Crees haber desechado los círculos originales, pero sólo has formado otros nuevos partiendo de los mismos. Lo que pasa es que eres demasiado orgulloso, Matt. Ése es tu mayor defecto, y así es como te voy a sorprender. Cada vez que me des la espalda, saltaré fuera de ese círculo.

Capítulo 3

MATT siguió mirándola, enigmático y poderoso. Bajo la plena luz del sol podían advertirse las imperfecciones de su rostro que hacían tan humano su atractivo físico. Las arrugas de sus ojos provocadas por la risa, las señales de agotamiento debido al exceso de trabajo... Ya no era invencible, sino un hombre con cualidades y defectos.

Sian se estremeció. En ese momento, no podía ablandarse ni tampoco sacar a flote sus tiernas emociones, pues en ese caso estaría perdida.

—No perdonas con facilidad, ¿verdad Sian? —comentó él.

—No, supongo que no —suspiró ella, reconociéndolo sin orgullo alguno. Era simplemente una advertencia. Ojo por ojo y diente por diente.

—Pude darme cuenta de que te herí demasiado —susurró él.

A Sian le brillaron los ojos por un instante antes de que optara por bajar la vista.

—¿Eso crees? ¿O simplemente te entrometiste en mi vida? —comentó con burla.

—¿Estás segura de que soy yo el que tiene prejuicios y no tú?

Se inclinó hacia ella proyectando una sombra sobre el rostro de la chica que, repentinamente tensa, se humedeció los labios con la lengua.

—Lo único que te dije antes fue que no te consideraba una buena compañera para Joshua y realmente pienso que no lo eres —susurró—. Eres demasiado fuerte para un chico tan joven e inexperto como él. Joshua no tiene la capacidad suficiente para transmitirte profundas emociones ni la clase de pasión que mereces tener cuando alguien te haga el amor. Si te casas con él, añorarás lo que te falta y mi hermano siempre se sentirá mal sin entender por qué.

Sian quiso sentarse pues le dolían los antebrazos, pero sabía que si lo hacía se acercaría demasiado al rostro de Matt y a su sensual boca. Y en vez de acercarse a él, lo atacó.

—Tal vez yo estaba buscando a alguien como Joshua —se burló —. Después de todo, no puedes controlar su dinero para siempre.

—Merezco que me digas eso, Sian —parecía divertido—. Me retracto y te pido una disculpa. Una persona que puede hacer frente a ese juego de póquer con tanta habilidad, pasión y astucia como tú, nunca podría conformarse con algo tan superficial como el dinero. ¿Qué es lo que buscas en realidad?

Sian se dio cuenta de que lo que había buscado en Joshua, Matt parecía poseerlo en abundancia, pero eso no le produjo satisfacción alguna. Se sentía expuesta y vulnerable.

—Estabilidad, para empezar —contestó con tono cortante—. Muchas personas mantienen relaciones buenas que no se basan en el amor ni en la pasión.

—¿Tú te casarías por conveniencia? —Preguntó incrédulo—. ¿De verdad le harías algo semejante a un hombre que, como Joshua, estuviera enamorado de ti? Si yo fuera tú, lo pensaría con cuidado, porque me parece que esa decisión es un poco cruel sobre todo si tú te enamoraras de otro hombre.

—Yo jamás haría eso.

—Ah, entonces te casarías con un hombre que no estuviera enamorado de ti —declaró.

—El amor no tiene nada que ver en eso —repuso impaciente—. Suele afirmarse que el matrimonio y el amor no existen el uno sin el otro; pero la estabilidad y la constancia es lo que me importa. El amor apasionado sólo crea confusión y desdicha. El amor está bien para aquellos que lo desean, pero eso no forma parte de mis planes. Yo prefiero mantener mi corazón entero, sin heridas ni cicatrices.

—Ahora empiezo a entender cómo es tu utopía —advirtió él con frialdad—. Una amable conversación durante el desayuno y una triste y semanal sesión de tus deberes conyugales. Que Dios ayude a tus hijos si logras llevar a cabo tu sueño, pues no puedo imaginarme una existencia más estéril que la que deseas.

Sian se apoyó en un costado y logró incorporarse sin acercarse a Matt.

—Piensas así porque aceptas la creencia popular de que uno tiene que estar enamorado para ser feliz —repuso mientras se sacudía la arena de los hombros—. Yo estoy contenta con esto y así pienso quedarme.

—Dormida, insatisfecha e intacta —murmuró—. Construye los muros de tu palacio muy altos, princesa, o de lo contrario, la vida real entrará ahí cuando menos te lo esperes

—Tonterías —declaró, cruzándose de brazos a la defensiva.

—Y te diré una cosa más —añadió—. Yo sí creo en el amor porque a diferencia de ti he estado enamorado antes. No fue la ingenua emoción que tú imaginas, sino una experiencia enriquecedora y palpitante en la que había tanta pasión como serenidad.

—¿Qué sucedió? —preguntó Sian, sorprendida.

—Ella murió de cáncer a los veinticinco años de edad —susurró.

—Lo siento —lo miró, sintiendo una profunda compasión por él —. Debió de ser terrible…

—Pues no lo fue —sonrió—. La serenidad y la valentía de esa mujer no permitieron que lo fuera. Hace tiempo que murió, pero jamás la olvidaré. Ella me enseñó tantas cosas que puedo asegurarte que jamás me casaré sin tener esa profundidad e intensidad de sentimientos. Mi futura esposa estará completamente enamorada de mí y yo cuidaré y alimentaré su amor como si fuera lo más preciado de la tierra. Lo haré, puesto que le entregaré mi corazón entero para siempre. Ese es el verdadero amor, Sian, no un enamoramiento pasajero, no la simple sexualidad o el calor del momento. Todo lo demás es poco en comparación…

Sian no pudo resistir el impulso de tomarlo del brazo, en silencio. Matt había dejado a un lado su actitud agresiva para desnudarle su alma revelando su esperanza. La había vencido.

—Eso es algo muy humano. Espero que lo encuentres.

—Lo haré, no temas —le tomó la mano y se la besó—. El único problema será convencerla a ella de que desea eso mismo tanto como yo.

—Sí, esa es la dificultad —suspiró la chica—. Todo el mundo busca algo distinto de la vida. Tú tienes tus sueños y yo los míos por ejemplo. Y tal vez los dos obtengamos algún día lo que ansiamos.

—¿Y crees que Joshua es lo que verdaderamente quieres? ¿Piensas que la inmadura opinión que tiene de ti te dará la estabilidad que buscas? —la miró de manera penetrante.

Sian vaciló. Estuvo tentada a confesarle la verdad pues en ese momento ya no sentía deseos de vengarse de Matt.

Pensó que el problema de Matt era que siempre estaba cambiando de táctica. Sian tenía que evaluar su posición a cada momento. Ese hombre era más peligroso, pues tendía sus trampas con la seducción de la delicadeza y también con la insidiosa voz de la razón y de la lógica… La joven terminó por decidir que lo mejor era guardar silencio.

—Bueno, si te lo dijera, te revelaría mi secreto, ¿no crees? —susurró con suavidad.

Él frunció el ceño y se dispuso a decir algo, pero Jane llegó corriendo en ese momento.

—Vamos, venid a jugar con nosotros.

Matt se levantó, pero Sian declinó la invitación y se fue a nadar. La chica se mantuvo flotando en el agua, que le resultó deliciosamente refrescante después de haber estado durante tanto tiempo tomando el sol. Cerró los ojos pensando en las palabras de Matt, en sus esperanzas, en sus sueños y en una posible reconciliación con él.

El resto del día fue muy agradable. Todos comieron y se relajaron. Faltaba poco para que el sol empezara a ocultarse y ya se habían retirado muchos bañistas, pero Sian quería quedarse pues para ella la mejor parte del día era el atardecer y el ocaso.

La conversación que había mantenido con Matt los había ayudado a terminar con la tensión que reinaba entre los dos, y Sian pudo reírse con ganas cuando él contó un par de chistes. Él también había olvidado su hostilidad y demostró ser un buen compañero.

Sian lo estudió con disimulo y se dio cuenta de que era muy inteligente y de que también sabía cómo utilizar su encanto, al igual que ella. Sin embargo, había algo impenetrable en él. Al pensar en ello, Sian se estremeció y pensó que no debía ablandarse...

Jane, soñolienta, estaba acurrucada a su lado, con la cabeza apoyada sobre una pierna de Sian; por su parte, ésta le acariciaba con efecto el rubio cabello y Matt las miraba con una sonrisa en los labios, admirando su belleza.

Por fin, Jane se estiró y se estremeció de frío. Cuando el viento arreció, Sian ya se había puesto su camiseta.

—Necesitas ponerte la chaqueta —le dijo a Jane—. ¿En dónde está?

—La dejé en el asiento trasero del coche de Matt —contestó Jane, bostezando.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—No, necesito despertarme —se pasó los dedos por el cabello—. ¿Quieres acompañarme?

—Claro —se puso de pie. Steven y Joshua seguían nadando mientras Matt los observaba. Sian se arrodilló a su lado—. ¿Podrías prestarme las llaves de tu coche? Jane tiene un poco de frío y quiere ir a coger su chaqueta.

—Por supuesto —se volvió para buscar en los bolsillos de sus vaqueros cortos. Sian pudo observarlo con entera libertad y admirar el musculoso y ágil cuerpo de Matt, que sólo llevaba puesto un pequeño traje de baño. Su tez bronceada tenía un brillo aterciopelado y todo en él era gracia y fuerza. De pronto, Sian imaginó ese masculino cuerpo moviéndose y arqueándose con una pasión arrebatadora y jadeó por la impresión.

Matt fue demasiado rápido. Se volvió y descubrió el ruborizado rostro de Sian, el brillo de sus ojos verdes y el temblor de sus dedos al coger las llaves de su mano.

«Santo Dios, ¿que he hecho?», se preguntó la joven, angustiada. No podía mirarlo a los ojos.

—Sian —en un impulso le apretó la mano con fuerza. Su ronca voz tenía un tono apremiante, mientras sus ojos brillaban con intensidad.

—Suéltame —le suplicó ella.

—Huye, pequeña... —la soltó y la sintió temblar—. Por ahora...

La implícita sexualidad de esas palabras le hizo estremecerse como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Sian corrió hacia donde estaba Jane y se puso su minifalda tratando de ocultar su turbación frente a su amiga que, afortunadamente para ella, no le hizo pregunta alguna.

En vez de caminar por el sendero del bosque, decidieron hacerlo por el arroyuelo para quitarse la arena de los pies.

Estaban a medio camino cuando vieron a varios niños que corrían hacia ellas. Una niña de unos once años se destacó del grupo y se acercó llorando.

—Por favor, ayúdennos. Mi hermano se ha subido a un árbol y no puede bajarse. Le dije que no lo hiciera, pero no me hizo caso. Tengo miedo de que se caiga.

La pobre niña sollozaba tanto que casi no podía hablar. Jane gimió, pues la altura le daba terror. Sian logró controlar su sorpresa inicial y le habló a la chiquilla con calma.

—Cálmate, cariño. Todo está bien. Tu hermano no se va a caer si se agarra con fuerza al árbol. ¿Por qué no nos enseñas dónde está? Veremos qué podemos hacer para ayudarlo, ¿de acuerdo?

La niña asintió y empezó a correr. Sian la siguió y no tardó en dirigir la mirada hacia donde se escuchaban unos gritos de terror. En la copa de un árbol, a la luz del sol de la tarde, aún podía distinguir una colorida camiseta.

Sian gimió de horror al ver que la camiseta se le había enganchado en una rama, y que el chico permanecía suspendido en el aire, aterrado, a una altura equivalente a la de un edificio de tres pisos. Jane la cogió del brazo, horrorizada, cuando el viento hizo que la rama se meciera de un lado a otro.

—Dios mío, Sian... creo que voy a vomitar.

Sian miró molesta a su amiga. —Basta, vas a asustar a los niños —le ordenó con tono frío. Era la primera vez que le hablaba a su amiga en ese tono y Jane se puso tensa—. Escúchame. Es obvio que no puede bajar solo y, si no deja de moverse por el pánico, se va a caer.

—Llamen a los bomberos —dijo un niño.

—Aunque encontrásemos un teléfono, ellos no pueden trasladar su equipo hasta esta parte del bosque —comentó Sian—. Alguien tiene que bajar a ese niño. ¿Dónde están tus padres?

—Están por allí, por ese lado —dijo la niña, enjugándose las lágrimas.

—Id a contarles lo que ha pasado ahora mismo —les ordenó Sian. Y los niños salieron corriendo de inmediato. Al ver que sus amigos se iban, el niño empezó a llorar con más fuerza.

—Vaya, un niño tan mayor como tú y llorando —le dijo Sian con calma—. ¿Crees que eso es alto? Yo solía trepar mucho más alto cuando tenía tu edad.

Deja de retorcerte de esa manera. Muy pronto estarás aquí abajo. Yo te ayudaré.

Jane temblaba, pero por lo menos ya no estaba histérica.

—Las ramas son demasiado delgadas en el lugar en donde está atrapado —susurró Sian—. Alguien que pese poco tiene que trepar hasta allí. Como tú no puedes hacerlo, sólo quedo yo. Voy a tratar de desengancharle la camiseta, pero no creo que pueda bajar solo, pues está demasiado asustado. Y yo no soy tan fuerte para bajarlo. Necesitamos ayuda, Jane.

Su amiga la tomó del brazo con fuerza.

—Ay, Sian, ten cuidado. Si las ramas se rompieran bajo el peso de ese chiquillo.

—No me abandones ahora —repuso la chica con tono cortante —. Ve a buscar ayuda y apresúrate.

Jane asintió y corrió. Sian levantó la vista y por un momento le pareció imposible trepar hasta esa altura. Pero sabía que no tenía otra alternativa, así que apretó los dientes y empezó a trepar.

La primera mitad del ascenso fue fácil y se dio cuenta de que la tarea debía de haberle resultado al niño de lo más seductora. El chico empezó a llorar de nuevo pero esa vez de alivio, al ver que alguien subía a ayudarlo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sian eligiendo con cuidado las ramas en las que se apoyaba. Sus pies descalzos se adherían bien a la áspera corteza, aunque Sian sabía que al día siguiente tendría moretones en sus delicadas plantas.

—Barry —contestó el niño con esfuerzo.

—Bueno, yo me llamo Sian. S-i-a-n. Significa Jane en gales y así también se llama mi amiga. Mi madre era de un lugar llamado Gales —continuó y vio que sonreía—. Conozco la historia de un hombre de esa región que creyó que podía volar. ¿Quieres que te la cuente?

—Bueno… está bi-bien —tartamudeó.

Sian empezó a relatarle la historia para tratar de tranquilizarlo. Ella también intentó no pensar en lo peligroso que era trepar por aquel árbol, tan alto…

Capítulo 4

SIAN recordó con claridad algo que le sucedió cuando tenía dos años. Su madre aún vivía pero ya estaba separada de su padre y éste fue a visitarla un día. Cuando la chiquilla lo vio, corrió hacia él.

Su padre levantó en brazos a la niña y gritó de alegría. Pero su regocijo desapareció cuando la lanzó al aire y todo lo que era sólido y seguro desapareció de repente, para ser sustituido por el terror de permanecer suspendida en el aire por un instante.

Todo fue tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Sian volvió a caer y su padre la atrapó, abrazándola con fuerza, calor y seguridad. Pero nunca pudo olvidar el terror que la invadió en aquel instante.

La chica se acordó de ello mientras descansaba durante unos segundos y calculaba la distancia que le quedaba por recorrer para llegar. En ese momento sólo existía el presente y se escuchaba el murmullo del viento soplando entre las hojas. Sian tuvo que aferrarse a las ramas con toda su fuerza para no caer. Los músculos de sus brazos comenzaban a resentirse, pero no se dejó dominar por el miedo y siguió hablando con el niño para tranquilizarlo.

Había llegado a las ramas más delgadas y altas por lo que en ese momento subía con infinita precaución, probando la resistencia de las ramas antes de apoyarse en ellas., Con cada crujido, sentía que el corazón se le iba a detener y permanecía paralizada durante unos instantes antes de proseguir.

De pronto, el silencio fue interrumpido por la llegada de un grupo de gente. Sian vio que varias personas contemplaban la escena impresionadas, dominadas por el miedo. Sian suspiró resignada al darse cuenta de que no había ningún hombre en el grupo.

Una mujer profirió una exclamación y Barry volvió a llorar.

—¿Es tu mamá? No te preocupes —Sian ya podía ver de cerca unos pies enfundados en unas zapatillas sucias, las cuales le parecieron pequeñas y vulnerables—. Apuesto a que se pone furiosa si intentas cruzar la calle sin su permiso, ¿verdad?

—Me va a matar —exclamó el chico. Y Sian rió un poco. Preocupada por calmar al niño trató de ignorar el pánico que parecía cundir entre el grupo de gente, de modo que no se dio

cuenta de que alguien más entraba en escena. Un hombre se acercó al árbol corriendo a toda velocidad.

Su intensa expresión no cambió al mirar al mismo tiempo al niño atrapado y al delgado cuerpo de Sian debajo de él, subiendo con una gracia felina. De repente sus ojos de color avellana se dilataron y los latidos de su corazón se aceleraron.

Luego, Sian oyó otra voz que provenía de abajo. Una profunda, firme y autoritaria voz. De repente se sintió inmensamente aliviada al reconocer a Matt y darse cuenta de que se iba a hacer cargo de la situación. Pensó que él había llegado con mucha rapidez, y que Jane debía de haber corrido para avisarlo como si el mismo diablo la persiguiera.

Matt debió de evaluar la situación en una sola mirada, puesto que no fue víctima de la vacilación que había dejados paralizados a los demás.

—Estoy subiendo, Sian —alzó la voz—. No trates de liberar al niño hasta que yo esté debajo de ti.

—Muy bien —repuso la chica y se dispuso a esperarlo mientras él trepaba por el árbol con gran facilidad. Sian miró por encima de su hombro. Matt se había detenido donde las ramas empezaban a crujir por su peso. Estaba a unos tres metros por debajo de ella.

Sus miradas se encontraron. Tres metros parecían una eternidad. La fiera expresión de Matt era terrible y Sian cerró los ojos mientras escuchaba otro crujido.

—No sigas —exclamó aterrada. Otro crujido y Sian tembló como si la hubieran golpeado—. ¡Por el amor de Dios, Matthew!

—No te preocupes por mí —susurró con tranquilidad—. Ten mucho cuidado ahora. ¿Puedes enganchar las piernas alrededor de aquella rama y alargar el brazo lo suficiente para liberar al niño?

—Lo intentaré —empezó a avanzar con cuidado. Sus cansados músculos protestaron. Enredó las piernas alrededor de la delgada rama de la cima y empezó a tocar la espalda del niño, estirándose todo lo que pudo. En cuanto logró agarrar la camiseta del chico, le dijo:

—Muy bien, Barry. Voy a liberarte. Quiero que te agarres a esa rama con todas tus fuerzas. No te asustes si sientes un tirón, pues yo te estoy sosteniendo, ¿has entendido?

—Sí... sí.

Sian apretó los dientes y dio un tirón. La camiseta se desgarró de la rama. El chiquillo gritó al oír que la tela se rompía y se volvió

con rapidez para agarrarse a la mano de Sian y no a la rama, como le había ordenado.

Sian intuyó lo que sucedería un segundo antes de que se hiciera realidad. El niño quedó suspendido en el aire y la chica sólo tuvo tiempo de sujetarlo con de la muñeca con fuerza antes de que pasara volando a su lado.

Luego, ella también lanzó un grito cuando se vio impulsada hacia atrás. Los dos se golpearon con fuerza contra el tronco del árbol.

La chica recibió el golpe en la espalda, en los hombros y también en la cabeza. Casi perdió el conocimiento. Por un terrible momento, temió que sus piernas perdieran la fuerza y se desengancharan de la rama, provocando que el niño y ella cayeran al suelo. Mareada, con náuseas y con el brazo y los hombros doloridos, Sian se colgó boca abajo, agarrando al niño de la mano con todas sus fuerzas.

—¡Dios mío! —exclamó Matt, impresionado.

A Sian se le inundaron los ojos de lágrimas, cegándola. El peso del niño era demasiado para ella. Aspiró profundamente y gimió:

—¡Ayúdame!

—Oh, cariño... aguanta. Ya casi estoy llegando. Sian, por el amor de Dios, no vayas a resbalarte ahora. Ya estoy cerca...

La chica profirió un largo gemido. Todo su cuerpo temblaba por la tensión. Tenía la sensación de que los tendones del brazo se le iban a desgarrar. Luego sintió que el peso del niño era menor y oyó a Matt exclamar:

—Lo tengo. ¡Suéltalo!

Sus dedos se abrieron ya sin fuerza. Miró hacia abajo y vio que Matt cargaba al chico sobre sus espaldas. Él alzó la cabeza para mirar a la joven, tenso de miedo, y Sian sintió que sus duros rasgos se diluían... Ya todo estaba bien. Entreabrió los labios con un suspiro y empezó a cerrar los ojos.

—¡Sian! —gritó Matt sobresaltándola y poniéndola alerta—. No vayas a desmayarte ahora. Voy a bajar al niño y volveré a buscarte. No te muevas ni un centímetro, ¿me oyes? ¡Contéstame!

—Muy bien —susurró. El pulso le latía en las sienes. Le dolía todo el cuerpo y la impresión de todo lo sucedido la debilitaba. Pensó que sería tan fácil dormir... una nube empezó a envolverla...

De pronto, sintió la firme y cálida realidad de la mano de Matt sobre sus doloridos hombros. Él le alzó la cabeza y la hizo apoyarla

sobre su pecho. Luego, le rodeó la cintura con un brazo.

—Ya te tengo —susurró—. Estás a salvo. Trata de rodearme el cuello con un brazo y suelta las piernas de la rama.

Sian intentó hacer lo que él le pedía, volviendo la cara sobre su cálido cuello. Sin embargo, a pesar de que lo sentía tan fuerte y estable, no podía aferrarse a él.

—No puedo hacerlo —gimió desesperada—. Voy a caer.

—Sssh —susurró volviéndose hacia ella y rozándole la mejilla con los labios—. Primero me mato antes de dejar que te caigas. No te sucederá nada, te lo prometo.

Las lágrimas de Sian rodaron por el cuello de Matt.

—Me he lesionado el hombro. No creo que pueda bajar de este árbol.

—Yo estaré detrás de ti durante todo el camino, rodeándote la cintura con un brazo —le prometió él mientras le apretaba la cintura con tanta fuerza que apenas podía respirar—. Por favor, Sian, confía en mí.

Ella cerró los ojos y obedeció. Primero aflojó la tensión de una pierna y luego la de la otra. Su cuerpo se balanceó y dejó de verlo todo al revés. Entonces exhaló un gemido de terror y dolor. Sintió los duros y tensos músculos del brazo de Matt detrás de su espalda y se abrazó a su cuello.

Matt tenía una pierna enganchada alrededor de una rama y estiraba la otra para buscar otro apoyo. Sostuvo a Sian con un solo brazo hasta que ella pudo apoyar los pies sobre la misma rama que él. Sian no quiso ni imaginar el esfuerzo que eso debió de costarle.

Luego, durante largo rato Matt la abrazó con fuerza hundiendo el rostro en su cabello.

—Te aseguro que sabes cómo asustar a un hombre, cariño —susurró tenso.

Ella se estremeció entre su fuerte pecho y el tronco del árbol.

—¿El niño ya está a salvo?

—Sí, sano y salvo, y llorando como un loco. Qué niño —suspiró Matt—. Sian, amor mío, me encanta abrazarte, pero creo que podría hacerlo mejor en tierra firme. ¡Ésta es tu manera de acercarte a mí?

—Te aseguro que no lo planeé —se llevó una mano a la cabeza.

—Tu pobre y preciosa espalda... está toda magullada. ¿Tienes fuerza para apoyarte en una sola mano? Bueno, entonces quiero que te muevas como yo. Así te rodearé la cintura, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Buena chica —dijo apretándola contra sí y dándole un beso detrás de la oreja.

La bajada fue una pesadilla para Sian. Sólo le resultó soportable porque sentía el sólido pecho de Matt contra su espalda. Después, no pudo recordar lo sucedido. Sólo ponía los pies y las manos donde Matt se lo indicaba confiando en que él hiciera el resto.

Luego llegó el maravilloso momento en que Matt la ayudó a sentarse en la rama más sólida y baja del árbol. Él saltó con gracia al suelo. Sian se apoyó contra el tronco del árbol. No podía creer que hubieran conseguido bajar del árbol con vida.

Había mucha gente a su alrededor, pero Sian se encontraba tan débil que sólo pudo mirar a Matt. Con los ojos llenos de lágrimas lo observó mientras él se erguía y se volvía hacia ella. Él la contempló con alivio y con una intensa e indescifrable emoción.

—Ésta es la última parada, cariño —le dijo con ternura abriendo los brazos. Sian se acercó hacia ellos como si retornara al hogar.

La joven se despertó sobresaltada en la oscuridad. Por un momento, no pudo recordar dónde estaba. Luego reconoció la familiaridad de su propia cama. Gracias a la luz de la luna alcanzó a ver su cómoda, se relajó y se abrazó a la almohada, que tenía un olor suave, limpio y masculino que le resultaba extraño y al mismo tiempo familiar.

Sian aspiró profundamente. Todo el cuerpo le dolía, desde la parte trasera de las rodillas hasta su magullada espalda, el hombro y la nuca.

Recordó al niño que había rescatado. Y aunque revivió el miedo y el dolor que había sentido, también se acordó del fuerte cuerpo de Matt.

Después de ayudarla a bajar del árbol, la había levantado en brazos y se había alejado con ella, mientras la madre del chiquillo le daba las gracias a Sian. Ésta tan sólo apoyó la cabeza en el hombro de Matt y volvió la cara hacia su cuello.

Joshua y Steven fueron a recoger las cosas, en tanto Jane entraba en el coche de Matt. El largo trayecto con rumbo al hospital de South Bend adormiló a Sian, pero no pudo conciliar el sueño del todo, ya que sus amigos se lo impidieron. Temían que se hubiera dado un golpe demasiado fuerte en la cabeza, de modo que la hicieron recitar tablas de multiplicación, poemas, canciones y cualquier cosa que la mantuviera despierta. Mientras tanto, Matt conducía a toda velocidad. Luego tuvieron que permanecer en la

sala de espera para que le tomaran radiografías a Sian y le administraran los primeros auxilios. Por fortuna, el médico que atendió a la joven le dijo que sólo tenía rasguños, moretones y ligamentos doloridos en el brazo y en el hombro.

Matt llevó a las chicas de vuelta al apartamento. Mientras Jane ayudaba a Sian a tomar un baño y luego a acostarse, Matt fue a la farmacia a comprar las medicinas prescritas por el médico.

Cuando regresó, Sian tomó unas píldoras y se quedó dormida de inmediato. Sin embargo, el efecto del medicamento ya debía de haber desaparecido pues la chica se despertó por el dolor que sentía.

El apartamento estaba en silencio. Sian se volvió y se dio cuenta de que eran las doce de la noche al consultar su reloj despertador. Se dijo que seguramente no habría nadie, pues todos habían planeado ir al cine después de la excursión al lago.

La chica sollozó pues sentía lástima de sí misma. Al hundir el rostro en la almohada, reconoció el aroma de Matt.

Claro, él había dormido allí la noche anterior. Su aroma desencadenó en su mente una serie de imágenes buenas y positivas: consuelo, fuerza y el alivio de sentirse en sus brazos cuando todo acabó.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se las enjugó con furia y rapidez. ¡Matt sólo tenía que ser útil en una crisis, para que ella empezara a asociar su olor con atributos tales como la confianza y la seguridad! Hacía solamente dos días que lo conocía y ya lo echaba de menos.

¡Qué tonta y débil era! Se dijo que tenía que evitar a toda costa esa nostalgia; además, tenía que ser sensata, pues de lo contrario llegaría a cometer el error de enamorarse de aquel hombre.

Oh, cómo le dolía... Sian no podía adoptar una buena postura en la cama, pues le dolía todo el cuerpo. Se levantó para tomar un tranquilizante. Creyó recordar que Jane había puesto el frasco de pastillas en la cocina.

Salió de la habitación cojeando, pues las plantas de los pies también le dolían. Vio luz en la sala y eso la sorprendió, pues Jane siempre solía dejar encendida la luz del porche trasero cuando salía.

Entró en la habitación tenuemente iluminada y oyó una música suave. Entonces, una cabeza se alzó de repente del sofá.

—¿Sian? —susurró Matt.

La joven se detuvo y se llevó una mano a la cabeza para

arreglarse el cabello despeinado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó soñolienta.

—Nos pareció prudente que alguien se quedara contigo y como no me gustan mucho los Monthy Python, me ofrecí —repuso al tiempo que se levantaba. Vestía unos viejos vaqueros y su atractiva y masculina presencia era como un sueño hecho realidad. Eso hizo que los ojos de Sian volvieran a inundarse de lágrimas...

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? —preguntó al advertir el intenso brillo de sus ojos verdes.

La ternura con que pronunció esa pregunta hizo que Sian se volviera y empezara a sollozar confundida y avergonzada. Matt se acercó y la abrazó con cuidado.

—Ven, vamos por tus pastillas.

Sian se enjugó los ojos y él encendió la luz de la cocina; no la miró mientras le servía un vaso de agua y le daba un par de píldoras.

—Odio tomar esto; me hacen dormir —protestó.

—Lo sé —sonrió—. Una vez tuve un accidente de coche y también tuve que tomar esas píldoras, pero terminé por hacerme más daño al chocar contra las paredes de mi casa. Esto te ayudará a dormir durante las dos primeras noches. Vaya, tus moretones parecen un arco iris.

Avergonzada, Sian se miró las contusiones que tenia en los brazos.

—Parecen peores de lo que son —susurró—. Se me marca la piel con facilidad.

Se hizo un profundo silencio. La joven mantuvo la mirada baja.

—¿Me perdonas, Sian? —murmuró Matt.

—No lo sé —se estremeció ella.

—Tu piel tan delicada... —le acarició el brazo—. ¿Por qué no vienes a la sala conmigo hasta que la medicina empiece a hacer efecto?

—Sí, aún no tengo ganas de dormir —asintió.

—Bueno, ¿quieres algo? —abrió la nevera—. Yo estoy tomando cerveza, pero me temo que eso no es lo más indicado para ti. ¿Quieres zumo de naranja?

—Sí, por favor. Y tú... ¿cómo estás?

—Bueno, no tengo ninguna lesión física pero sí recibí una fuerte impresión —la guió a la sala—. Cuando vi que ese niño se empezaba a caer, que tú lo sostenías y que parecía que también te

ibas a caer, empecé a ver mi vida pasar frente a mis ojos. Pensé en todas las cosas que no había hecho.

—A mí no me sucedió eso —se sentaron en el sofá—. Cuando choqué contra el tronco, sólo vi las estrellas —comentó con un dejo de humor.

—Hiciste algo muy valiente hoy y, por suerte, todavía vivimos para contarlo —susurró él, tomando un trago de cerveza.

Sian tomó un sorbo de zumo y contempló a Matt. La verdad era que a ella nunca se le había ocurrido pensar que corría tanto peligro. Cuando cogió a Barry de la muñeca lo hizo por instinto, sin pensar en las consecuencias que eso podía acarrearle.

Sian pensaba que las personas realmente valientes eran como Matt. Él había trepado al árbol mucho más arriba de lo que era seguro para un hombre de su altura y peso, con plena conciencia del riesgo que corría. Sin embargo, él no había mencionado lo que pensó cuando sus miradas se encontraron y entonces tomó la decisión de actuar como lo hizo. Sólo le había comentado el miedo que sintió por ella y por el niño, pero no por sí mismo.

—Te debo la vida —susurró ella. Estaba muy conmovida y le gustó que Matt la comprendiera y no hiciera ningún comentario frívolo al respecto.

—Y ese chiquillo te debe la suya —sonrió Matt—. Y el chico autodestructivo que yo era le debe la vida a la memoria de una chica inteligente que le enseñó lo que era la salud mental y la alegría de estar vivo. Así es la vida, Sian. Ése es el verdadero mensaje de nuestros círculos interconectados. No puedes decir que le debes algo a alguien, como si se tratara de una deuda y no de tu vida. La humanidad nos une a los unos con los otros, con distintos lazos, ya sean de decencia, de dedicación y a veces de autosacrificio. Nadie es completamente libre en esta vida.

Sian bajó la vista, turbada, frunciendo el ceño.

—No estoy de acuerdo contigo —en ese momento pensó en su solitaria infancia—. Mi padre es un espíritu libre que siempre hace lo que quiere.

—¿Eso crees? —la tomó de los hombros con infinita ternura—. No sé mucho de él, salvo por los comentarios de mi hermano, ya que es un personaje bastante exótico para Joshua. Es un auténtico tahúr, ¿verdad?

—Sí, es uno de los mejores del mundo —explicó con tono seco —. Cuando no estaba en el internado o en la universidad, lo

visitaba en los hoteles de cinco estrellas donde solía vivir.

Él le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, lo cual fue como una caricia para Sian.

—Debes de haber sido una niña hermosa —comentó—. Te imagino con un bonito vestido, con tu largo cabello y tus grandes e intensos ojos verdes. Si tuviera una hija como tú, me rompería el corazón el estar separado de ella.

—¿De veras? —Sian pensó que si Matt se comportaba con sus hijos con la misma ternura y cariño que le estaba demostrando a ella, sería un excelente padre. Casi envidió a la mujer que se convertiría en su esposa.

—Sí. Y creo que si tuviera un trabajo o un estilo de vida que fuera peligroso o inadecuado para esa hermosa niña, la enviaría a otra parte donde pudiera crecer a salvo. Así, me negaría el egoísta placer de dejar que ella dependiera demasiado de mí. Por supuesto, no puedo hablar en nombre de tu padre, pero a veces el autosacrificio asume diferentes formas.

—Claro, tienes razón —suspiró cansada—. Yo sé que él me quiere a su manera y que intentó estar conmigo todo el tiempo que pudo. Nunca me ha faltado nada en términos materiales. Pero lo que pasa es que quiero que mis hijos tengan algo mejor, eso es todo. Un verdadero hogar donde puedan ser felices, donde sepan que pueden quedarse si así lo necesitan o lo desean. ¿Es eso pedir demasiado?

—No —susurró y la atrajo hacia su pecho—. No es pedir demasiado.

El tranquilizante empezaba a surtir efecto y Sian ya no sentía tanto dolor en sus miembros. Bostezó y se dijo que se apartaría de Matt en un momento.

Pero apoyó la cabeza contra su hombro y él se movió para que ella pudiera acurrucarse junto a él. Una extraña calidez la invadió. Se preguntó quién podría haber imaginado que el frío y agresivo desconocido que había conocido el domingo en la fiesta sería un hombre tan amable y cariñoso.

—¿No te parece gracioso? —murmuró.

Matt frotó la mejilla contra la perfumada suavidad del cabello de Sian y le preguntó:

—¿A qué te refieres?

—A todos los papeles que asumimos —contestó ella y al momento se quedó dormida.

Él permaneció sentado durante mucho tiempo, con la cabeza apoyada sobre la de la joven. Cuando oyó que un coche se acercaba hacia la casa, se volvió con lentitud para tomar el laxo cuerpo de Sian en sus brazos. Al hacerlo, la chica apoyó la cara contra el pecho de Matt, pero no se despertó. Éste se puso de pie y la llevó a su habitación para acostarla. Durante unos momentos se quedó muy quieto, admirando la belleza del rostro de Sian iluminado por la luna, hasta que oyó que sus amigos entraban por la puerta trasera del apartamento.

Entonces se inclinó y la besó en los labios con ternura.

—Despierta pronto, princesa durmiente —susurró.

Dormida, Sian sonrió y se acurrucó más en la cama. Y se quedó soñando con un amante de medianoche.

Capítulo 5

CUANDO Sian metió la llave en la cerradura, oyó el timbre del teléfono. Intentó darse prisa, pero los paquetes que llevaba en brazos se le cayeron al suelo. Jane, tan cargada como ella, trató de atrapar las cosas, pero no lo consiguió.

—Vamos, vamos, yo lo recogeré —señaló Jane—. Contesta, puede ser alguien importante.

La chica se apresuró hacia el vestíbulo y tomó el auricular.

—¿Dígame?

Escuchó unos ruidos y luego la conocida y maravillosa voz de un hombre.

—¿Sian?

—¡Papá! —exclamó con sorpresa y alegría, sentándose en una silla.

—Claro, ¿qué otro hombre podría llamarte, cariño? —bromeó Devin—. ¿O acaso estás guardándole un secreto a tu viejo padre?

—Ahora que lo pienso, hay algunas cosas que no te he contado —sonrió la chica, pues siempre la llenaba de alegría hablar con su padre—. Pero nada de amores. ¿Cómo estás? ¿Dónde estás?

—En Londres. Te llamaba para ver si recibiste mi regalo de cumpleaños —repuso él.

—Sí, gracias —contestó y se tocó el pesado y antiguo collar de oro que llevaba puesto, de un exquisito y sencillo diseño egipcio. El collar estaba asegurado, por lo que debía de costar una fortuna—. Llegó hace unos días y es precioso. Me encanta. Casi nunca me lo quito, pues Jane me amenazó con robármelo.

—¿Cómo está esa diablilla?

—Muy bien. Aún quiere saber cuándo vas a llevarla a bailar a un casino elegante.

—Dile que la respuesta es la de siempre: cuando crezca cinco centímetros más. Soy demasiado viejo como para que me acusen de corrupción de menores.

—Cuarenta y seis años no es ser viejo —protestó la chica. Su padre era muy delgado, tenía pocas canas y pocas arrugas, de modo que fácilmente aparentaba unos diez años menos. Sian imaginaba que cuando tuviera setenta años, seguirían encantando a sus nietos con las mismas historias que le había contado a ella cuando era

pequeña.

—Ya son bastantes años, hija —susurró—. Cuéntame qué has hecho.

Sian le relató las diversas anécdotas de las últimas semanas, tratando de disimular su tristeza al hablarle de la ceremonia de graduación a la que su padre no pudo asistir. Le contó que había vaciado un plato de comida sobre la comida de un invitado indeseable, lo cual le divirtió mucho. También le relató el incidente del niño atrapado en él árbol, aunque no le contó las partes más aterradoras. Sin embargo, no le dijo que el indeseable invitado de la fiesta y Matthew eran la misma persona y concluyó:

—El hermano mayor de Joshua nos ha invitado a pasar un fin de semana en su casa de Chicago. Yo ya le dije que no puedo ir a Chicago, puesto que tú vendrás a verme. ¿Cuánto tiempo podrás quedarte?

Se hizo una larga pausa.

—Ésa es otra de las razones por las que te he llamado —carraspeó—. Me temo que no podré ir a visitarte, cariño.

—Ay, papá, no —ella no pudo contener su desilusión. El había faltado a su ceremonia de graduación, luego a su cumpleaños y ahora eso.

—Lo sé, cariño. Yo también quería estar contigo, pero no puedo.

—¿Por qué no? —Sian sabía que esa escena ya se había repetido incontables veces, pero esa vez creyó que las cosas serían distintas —. ¿No puedes cancelar tus compromisos sólo por una vez?

—Me temo que no, cariño —comentó con tristeza. La joven se dijo que, de nuevo, la hacía pensar que ella era lo más importante del mundo para él, cuando sabía que eso no era cierto.

—Bueno, si no se puede, no se puede —suspiró Sian—. Será la próxima vez, ¿no?

—Estaré allí, te lo prometo. Y, Sian, no existe un padre en el mundo que esté más orgulloso de su hija que yo.

—Sí —intentó no llorar, pero se le inundaron los ojos de lágrimas—. Bueno, saluda a Malcolm de mi parte, por favor, y dile que será mejor que te cuide bien o tendrá que rendirme cuentas. ¿Y cómo está él?

—Bien, muy bien —contestó su padre, refiriéndose a su viejo socio y amigo.

—Papá, ¿pasa algo malo? —inquirió, pues su tono de voz le pareció muy extraño.

—Claro que no, cariño —repuso con firmeza—. Lo que pasa es que no te oigo con claridad.

—Bueno, pues cuídate mucho entonces.

—Sian...

—¿Sí? —vaciló.

—Nada —-suspiró—. Sólo quería decirte que te quiero.

—Yo también te quiero, papá —y colgó, pensando que ése precisamente era el problema. A pesar de todo, quería mucho a su padre.

Pensó que tal vez sólo unos cuantos seres afortunados podían amar y recuperarse de una desilusión sin que la amargura los invadiera. Tal vez sólo ella tenía ese defecto que consistía en ser incapaz de querer a alguien sin depender de él. No lo reconocía, pero le aterraba el hecho de imaginar lo que sufriría si amara a un hombre, cuando sufría de ese modo por querer a su padre... Jamás podría enamorarse de un hombre con el total abandono que Matt le había descrito durante la excursión al lago. Sian jamás sobreviviría a una experiencia semejante, pues no tenía la fuerza necesaria para ello. Sabía que sus sentimientos eran muy fuertes y que jamás podría conservar la distancia respecto del hombre al que amara. Le daría todo su amor y todo su corazón, hasta quedarse completamente vacía.

Jane volvió a la sala y se quedó inmóvil al ver la expresión compungida de Sian.

—¿Quién era? —preguntó preocupaba.

—Mi padre —se enjugó las lágrimas—. Después de todo, no vendrá a verme este fin de semana.

—Ay, Sian, lo siento mucho —susurró su amiga con profunda compasión, algo que Sian no pudo soportar.

—No importa —se encogió de hombros—. Así es la vida.

Así era la vida para ella y Sian debía aceptarlo de una vez por todas. La temperatura bajó un poco y el cielo estaba nublado. Había hecho tanto calor el último fin de semana que para el miércoles el ambiente estaba cargado de humedad. Sian seguía de un humor sombrío debido a la llamada de su padre; sin embargo, se puso unos vaqueros y una camiseta para ir a podar el arríate de flores que había plantado y que cuidaba desde hacía cuatro años. Después de terminar una sección, se irguió para estirar su dolorida espalda. El aire húmedo no era refrescante, sino todo lo contrario, y le producía

jaqueca. «Que llueva, maldita sea», se dijo para sus adentros.

—Todavía te faltan por podar esas malas hierbas —dijo Matthew en ese momento, apareciendo a su lado.

La joven se sobresaltó, pues no lo había oído acercarse. Al momento abrió los ojos.

—Vaya, eres tú —comentó perpleja, mirándolo con detenimiento. Matt estaba de pie, con las piernas separadas. Los músculos de sus piernas destacaban a través de la tela de sus vaqueros.

Sian bajó la cabeza. Miró las malas hierbas que él le mencionó y las arrancó con fuerza.

—Creí que habías vuelto a Chicago —dijo y al momento se dio cuenta de que ese comentario podía ser muy revelador para él.

—No, estoy de vacaciones, ¿recuerdas que te lo dije? —se agachó junto a la joven—. Fui a pasar el día a Indianápolis, para visitar a mi madre. ¿Quieres cenar conmigo esta noche?

—No —apretó los labios para que no le temblaran, disponiéndose a trabajar en otra sección.

—¿Por qué no? —preguntó él, impaciente.

—Estoy ocupada —arrancó otra hierba.

—Jane y Steven van a salir esta noche —comentó con tranquilidad. Joshua está estudiando para su examen profesional. ¿Qué tienes que hacer tú?

—Ése no es asunto de tu incumbencia —no le importó comportarse de forma grosera con él.

Pero a Matt sí le importó; le alzó la barbilla y la miró molesto. Sin embargo, se dio cuenta de que estaba muy triste y se quedó muy sorprendido. Sian se aprovechó de ello para alejarse, pensando que Matt le haría alguna pregunta sobre lo que le pasaba, pero no fue así.

—Sopa de langosta, escalope con champiñones, pollo a la tetrazzini —pronunció Matthew con tranquilidad—. Costillas asadas, patatas al horno, espagueti con camarones, alcachofas. Fruta, yogurt, ensalada, demonios, incluso puedo conformarme con una hamburguesa. Sian, tengo hambre.

Sian se echó a reír, reacia. Al oír su risa cristalina, Matt sonrió. Sus dientes eran blancos y parejos. La joven, a su pesar, admiró su boca sensual y luego contempló fascinada su musculoso cuerpo.

—Es obvio que te encantaría cenar bien —susurró ella.

—Entonces, compláceme —contestó él de inmediato—. Además,

necesito hablar contigo.

—¿Y qué estamos haciendo ahora? ¿Ir de compras? —inquirió con falsa indiferencia. En ese momento, Jane los llamó desde la cocina para preguntarles si querían un vaso de limonada. Matt miró a Sian a los ojos con una expresión de infinita paciencia.

—Quiero que vayamos a cenar solos —susurró.

Sian se inquietó bajo esa mirada y pensó que Jane ya le habría dicho a Matt que ella no tenía nada que hacer esa noche.

—Está bien —aceptó—. Iré a cenar contigo.

Matt se puso de pie de inmediato. Sian pensó que era un hombre que no podía quedarse quieto. Podía adaptarse a la gente que lo acompañaba, pero nunca podía extinguir la llama de su energía interna.

—Te recogeré a las ocho —dijo él por encima del hombro—. Y no te arregles como para ir a cenar una hamburguesa. No estoy tan desesperado —añadió divertido y la miró de reojo.

Esa noche, Sian y Jane se arreglaron para sus respectivas citas.

Sian se puso un elegante traje de lino, de color blanco, y unos zapatos del mismo tono. La falda le llegaba hasta los tobillos. También se puso una blusa de seda de color beige y su collar de oro. Se había recogido el cabello en un moño y se maquilló levemente para acentuar los contornos de sus ojos verdes así como sus altos pómulos. Tenía una apariencia extremadamente elegante.

Como Jane había terminado de usar el baño, Sian volvió a entrar para ponerse una última horquilla en el cabello. Luego tomó su bolso y se dirigió hacia la puerta, donde vio que Jane estaba hablando con Matt.

Su profunda voz tenía un tono inconfundible. Como Jane y Matt estaban charlando animadamente, no oyeron acercarse a Sian ni se fijaron en que la chica se había detenido, ruborizada, al ver a su acompañante de esa noche.

En ese momento se dio cuenta de que debía de haber estado loca para aceptar salir con Matt esa noche. Su presencia la turbaba, incluso cuando había otras personas con ellos. Estar a solas con él durante varias horas sería algo muy peligroso. Pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. Sian recobró la compostura y se acercó a ellos. Vestido con un traje azul marino, con corbata y camisa blanca con gemelos de oro, Matthew tenía un aspecto formal que causaba una fuerte impresión. Sian admiró el corte y la tela de su traje, que se adaptaba perfectamente a sus anchos hombros. Jane

había dejado de hablar cuando vio que éste miraba cautivado hacia otra parte, con una expresión de asombro en sus ojos. Ni Sian ni él advirtieron que Jane salía discretamente del vestíbulo para dejarlos solos.

Matt sonrió de una forma que a Sian le pareció muy sexy y peligrosa. Temió en ese momento formar parte del plato principal de la cena de esa noche.

—Vaya, una mujer que está lista y que es puntual —susurró Matthew, mientras apoyaba un brazo en el marco de la puerta. Parecía un gesto indolente, pero Sian sospechó que era falso. Era obvio que Matt se estaba controlando muy bien—. Éste es un regalo por el cual un hombre sería capaz de venderle su alma al diablo.

Sian se dijo que debía ignorar esos comentarios halagadores y comentó con un tono de voz imperturbable:

—No creo que sea necesario llegar a ese extremo, cuando basta con una buena cena.

—Señorita, estoy a sus pies —aseguró como un auténtico caballero. La miró a los ojos con malicia, dando un tono sugerente a su comentario. Sian se sonrojó y Matt sonrió aún más, haciéndola perder la compostura.

—Necesitas que alguien te ponga una correa.

—Qué fantasía tan sugerente —murmuró—. ¿Me la pondrás tú?

Sian suspiró, molesta. Matt era incorregible en su estado de ánimo actual. Estuvo a punto de girar en redondo para no salir con él. Sin embargo, hizo un esfuerzo y salió de la casa, olvidándose del dolor y de la desilusión que había sufrido esa tarde.

—Yo jamás cometería la imprudencia de ponerte la correa —comentó con ojos brillantes—. Eres tan obstinado que seguramente me lastimarías al tratar de retenerte.

—Me decepcionas —susurró mientras la tomaba del brazo para conducirla hacia su coche—. Por lo que hablamos en la playa hace dos días, creí que te gustaba tener el control de la situación.

—No me entendiste —señaló ella con calma y entró en el coche —. Yo sólo te dije que quería controlar mi propio destino, nunca el de otro ser humano.

—Ah —se sentó al volante—. Guardarás una distancia razonable con el resto del mundo. Qué vida tan solitaria te espera, Sian.

—Ésa es tu opinión —comentó con paciencia exagerada, casi desafiante. Matt condujo con rapidez hacia el restaurante, mientras sus ojos brillaban con fiereza y algo parecido a lo furia tensaba su

expresión. Sian se dio cuenta de que debía distraerlo.

—¿De qué querías hablarme? —inquirió, humedeciéndose los labios.

—Jane me dijo que tu padre no pudo venir a pasar el fin de semana contigo —señaló él con aparente frialdad.

—Así es —ese recuerdo hizo que se pusiera tensa por un momento, pero Sian recobró la serenidad.

—Eso significa que podrás venir a Chicago con Jane, Steven y Joshua —prosiguió Matt. Él se mostraba indiferente y parecía ampliar la invitación para incluirla a ella sólo por la fuerza de las circunstancias.

—Iré sólo si tienes una habitación donde una persona más pueda dormir.

—Claro que la tengo —pareció asombrarse ante su falta de entusiasmo—. Siempre estuviste incluida en mi invitación. Lamento que tu padre no haya podido venir, pero con eso yo he salido ganando. ¿Quieres ir al teatro el viernes por la noche o estarás demasiado cansada después de conducir durante tanto tiempo?

—No sé qué pensarán los demás, pero a mí me encantaría ir al teatro —se mostró reservada por el cambio de humor de Matt, pero también la conmovía que él diera tanta importancia a sus deseos.

—Bueno, mañana veré qué obras hay en cartelera, para comprar las entradas. Después podemos ir a cenar. El sábado visitaremos la ciudad y por la noche invitaré a unos amigos a cenar. El domingo podrás dormir hasta tarde y desayunar tranquilamente leyendo el periódico; podrás volver a South Bend cuando quieras. Así, los que tengan que trabajar el lunes por la mañana no se sentirán cansados. ¿Qué te parece?

El plan era perfecto, considerado y agradable. Sian se olvidó de su decepción y sintió deseos de ir a Chicago.

—Muy bien —susurró—. Pero dudo que solamente quisieras hablarme de tus planes para el fin de semana. Esta tarde, cuando fuiste a verme, aún no sabías que mi padre no iba a venir.

Él aparcó el coche delante del restaurante y apagó el motor.

—No, es cierto —la miró con intensidad.

Sian sintió que se ahogaba en el interior del vehículo. Empezó a quitarse el cinturón de seguridad con rapidez, pero Matthew tenía buenos reflejos, pues en un segundo estaba fuera abriéndole la puerta a la joven. Sian no tuvo más opción que bajar del vehículo y enfrentarse una vez más a ese hombre del que sólo ansiaba escapar.

Como llevaba zapatos de tacón estaba casi a la altura de Matt, lo cual le gustó, pues no le gustaba sentirse vulnerable teniendo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme entonces? —estaba turbada por la reticencia y el comportamiento de Matt.

—¿No sabes que la curiosidad es peligrosa? —comentó divertido.

—Tú fuiste quien empezó con todo esto —replicó con frialdad mientras él la guiaba del brazo hacia el restaurante—. Yo simplemente acepté venir.

—Sí, la tenacidad es una de tus cualidades —abrió la puerta y le sonrió de manera íntima—. Y te aseguro que lo recordaré.

La intensa mirada de Matt la turbó. Sian tuvo que hacer un esfuerzo por entrar en el animado restaurante. No había ido nunca allí, pero le agradó la elegante decoración y el discreto y eficiente servicio. Después de que la empleada comprobara la reserva de Matt, los llevó hasta su mesa. Sian se preguntó cuándo habría hecho Matt la reserva, si antes o después de hablar con ella. Sin embargo, logró contenerse y no se lo preguntó.

Sian se dio cuenta de que las mujeres presentes en el restaurante miraban con profundo interés a Matthew, algo que la irritó un poco. Se sentó en la silla que Matt le ofreció.

Mientras consultaban el menú, charlaron de cosas sin importancia. Sian eligió una ensalada y trucha asada acompañada de vino blanco. Matt pidió un filete. Luego, él se reclinó sobre el respaldo y contempló a Sian con detenimiento. La joven se preguntó a qué se debería el intenso brillo de sus ojos.

—¿Qué vas a hacer este verano, Sian? —Inquirió Matt después de tomar un sorbo de whisky—. ¿Tienes alguna oferta de trabajo?

—Iba a esperar a ver a mi padre antes de tomar alguna decisión respecto a eso —comentó la chica, haciendo una mueca sin querer —. Ahora imagino que tendré que cambiar de planes por completo. Para serte franca, no sé qué voy a hacer. Durante los últimos meses, tuve tantos exámenes y trabajos que hacer en la universidad, que no pude pensar en nada más que en eso.

—Jane me contó que te graduaste con las notas más altas. Te felicito. Trabajaste mucho.

—Gracias —sus ojos se iluminaron ante el halago—. Pero aún no he terminado de estudiar.

En ese momento llegó la comida, muy bien presentada y

preparada. Sian probó un bocado.

—¿Vas a seguir en la universidad? —inquirió Matt después de la interrupción.

—Sí. Estudiaré dos años más —vio cómo fijaba la vista en el whisky y, sin saber por qué, le confesó—: De hecho, eso me intimida un poco. Los cursos de administración de empresas no son mi fuerte.

—Y entonces decidiste coger el toro por los cuernos, en vez de huir de él. Estoy seguro de que lo harás muy bien una vez que empieces con esas clases —comentó. Luego alzó la vista y murmuró con suavidad—. Después de todo, como en cualquier cosa, lo peor es la anticipación.

—¿Ah, sí? —Sian tragó saliva y lo miró con disimulo—. ¿Y si la realidad echa por tierra todas tus ilusiones y esperanzas?

—Aclárame lo que quieres decir —sonrió—. A mí no me parece que eso sea algo negativo.

—Piensa en las catástrofes —comentó con sarcasmo, saboreando sus palabras—. Una inundación, un incendio, o un terremoto.

—Uno no puede vivir siempre temiendo que se produzca un desastre, Sian —replicó—. Las cosas malas les suceden a las personas buenas y a las malas por igual. ¿No te das cuenta de que por eso es tan importante aprovechar todo aquello que sea positivo o lo que la buena fortuna te presente en la vida?

—Estoy de acuerdo contigo, Matthew —sonrió—. Sin embargo, no me agrada que me impongas tus valores. Yo soy quien decide qué es bueno en mi vida y lo aprovecharé cuando lo encuentre.

—¿Como Joshua? —preguntó tenso, severo.

Sian alzó la barbilla. No supo por qué no le había dicho que estaba «comprometida» con su hermano o por qué no le había contado la verdad, de una vez por todas. El momento habría sido propicio para cualquiera de esas dos posibilidades. Pero una de ellas constituía un arma que aún no quería emplear y la otra era demasiado reveladora.

—Sí, si eso es lo que elijo —dijo con frialdad.

No le gustó el brillo de los ojos de Matt ni su aparente serenidad cuando pagó la cuenta al camarero. Suspicaz y desconfiada, Sian lo siguió hasta el aparcamiento.

Esperó en silencio a que él le abriera la puerta del auto.

—Eso significa que podrás venir a Chicago con Jane, Steven y Joshua —prosiguió Matt. Él se mostraba indiferente y parecía

ampliar la invitación para incluirla a ella sólo por la fuerza de las circunstancias.

—Iré sólo si tienes una habitación donde una persona más pueda dormir.

—Claro que la tengo —pareció asombrarse ante su falta de entusiasmo—. Siempre estuviste incluida en mi invitación. Lamento que tu padre no haya podido venir, pero con eso yo he salido ganando. ¿Quieres ir al teatro el viernes por la noche o estarás demasiado cansada después de conducir durante tanto tiempo?

—No sé qué pensarán los demás, pero a mí me encantaría ir al teatro —se mostró reservada por el cambio de humor de Matt, pero también la conmovía que él diera tanta importancia a sus deseos.

—Bueno, mañana veré qué obras hay en cartelera, para comprar las entradas. Después podemos ir a cenar. El sábado visitaremos la ciudad y por la noche invitaré a unos amigos a cenar. El domingo podrás dormir hasta tarde y desayunar tranquilamente leyendo el periódico; podrás volver a South Bend cuando quieras. Así, los que tengan que trabajar el lunes por la mañana no se sentirán cansados. ¿Qué te parece?

El plan era perfecto, considerado y agradable. Sian se olvidó de su decepción y sintió deseos de ir a Chicago.

—Muy bien —susurró—. Pero dudo que solamente quisieras hablarme de tus planes para el fin de semana. Esta tarde, cuando fuiste a verme, aún no sabías que mi padre no iba a venir.

Él aparcó el coche delante del restaurante y apagó el motor.

—No, es cierto —la miró con intensidad.

Sian sintió que se ahogaba en el interior del vehículo. Empezó a quitarse el cinturón de seguridad con rapidez, pero Matthew tenía buenos reflejos, pues en un segundo estaba fuera abriéndole la puerta a la joven. Sian no tuvo más opción que bajar del vehículo y enfrentarse una vez más a ese hombre del que sólo ansiaba escapar.

Como llevaba zapatos de tacón estaba casi a la altura de Matt, lo cual le gustó, pues no le gustaba sentirse vulnerable teniendo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme entonces? —estaba turbada por la reticencia y el comportamiento de Matt.

—¿No sabes que la curiosidad es peligrosa? —comentó divertido.

—Tú fuiste quien empezó con todo esto —replicó con frialdad mientras él la guiaba del brazo hacia el restaurante—. Yo

simplemente acepté venir.

—Sí, la tenacidad es una de tus cualidades —abrió la puerta y le sonrió de manera íntima—. Y te aseguro que lo recordaré.

La intensa mirada de Matt la turbó. Sian tuvo que hacer un esfuerzo por entrar en el animado restaurante. No había ido nunca allí, pero le agradó la elegante decoración y el discreto y eficiente servicio. Después de que la empleada comprobara la reserva de Matt, los llevó hasta su mesa. Sian se preguntó cuándo habría hecho Matt la reserva, si antes o después de hablar con ella. Sin embargo, logró contenerse y no se lo preguntó.

Sian se dio cuenta de que las mujeres presentes en el restaurante miraban con profundo interés a Mathew, algo que la irritó un poco. Se sentó en la silla que Matt le ofreció.

Mientras consultaban el menú, charlaron de cosas sin importancia. Sian eligió una ensalada y trucha asada acompañada de vino blanco. Matt pidió un filete. Luego, él se reclinó sobre el respaldo y contempló a Sian con detenimiento. La joven se preguntó a qué se debería el intenso brillo de sus ojos.

—¿Qué vas a hacer este verano, Sian? —inquirió Matt después de tomar un sorbo de whisky—. ¿Tienes alguna oferta de trabajo?

—Iba a esperar a ver a mi padre antes de tomar alguna decisión respecto a eso —comentó la chica, haciendo una mueca sin querer —. Ahora imagino que tendré que cambiar de planes por completo. Para serte franca, no sé qué voy a hacer. Durante los últimos meses, tuve tantos exámenes y trabajos que hacer en la universidad, que no pude pensar en nada más que en eso. ¡*

—Jane me contó que te graduaste con las notas más altas. Te felicito. Trabajaste mucho.

—Gracias —sus ojos se iluminaron ante el halago—. Pero aún no he terminado de estudiar. En ese momento llegó la comida, muy bien presentada y preparada. Sian probó un bocado. I

—¿Vas a seguir en la universidad? —inquirió Matt después de la interrupción.

—Sí. Estudiaré dos años más —vio cómo fijaba la vista en el whisky y, sin saber por qué, le confesó—.

De hecho, eso me intimida un poco. Los cursos de administración de empresas no son mi fuerte.

—Y entonces decidiste coger el toro por los cuernos, en vez de huir de él. Estoy seguro de que lo harás muy bien una vez que empieces con esas clases —comentó. Luego alzó la vista y murmuró

con suavidad—. Después de todo, como en cualquier cosa, lo peor es la anticipación.

—¿Ah, sí? —Sian tragó saliva y lo miró con disimulo—. ¿Y si la realidad echa por tierra todas tus ilusiones y esperanzas?

—Aclárame lo que quieres decir —sonrió—. A mí no me parece que eso sea algo negativo.

—Piensa en las catástrofes —comentó con sarcasmo, saboreando sus palabras—. Una inundación, un incendio, o un terremoto.

—Uno no puede vivir siempre temiendo que se produzca un desastre, Sian —replicó—. Las cosas malas les suceden a las personas buenas y a las malas por igual. ¿No te das cuenta de que por eso es tan importante aprovechar todo aquello que sea positivo o lo que la buena fortuna te presente en la vida?

—Estoy de acuerdo contigo, Matthew —sonrió—. Sin embargo, no me agrada que me impongas tus valores. Yo soy quien decide qué es bueno en mi vida y lo aprovecharé cuando lo encuentre.

—¿Como Joshua? —preguntó tenso, severo.

Sian alzó la barbilla. No supo por qué no le había dicho que estaba «comprometida» con su hermano o por qué no le había contado la verdad, de una vez por todas. El momento habría sido propicio para cualquiera de esas dos posibilidades. Pero una de ellas constituía un arma que aún no quería emplear y la otra era demasiado reveladora.

—Sí, si eso es lo que dijo —dijo con frialdad.

No le gustó el brillo de los ojos de Matt ni su aparente serenidad cuando pagó la cuenta al camarero. Suspicaz y desconfiada, Sian lo siguió hasta el aparcamiento.

Esperó en silencio a que él le abriera la puerta del coche y trató de no retroceder cuando la miró fijamente, tenso.

—He cometido una torpeza; no te he dicho aún lo hermosa que estás esta noche —comentó casi distraído—. Estás preciosa, Sian. Me sentí orgulloso de que me vieran a tu lado esta noche.

La chica se estremeció por el placer tan intenso que le provocó ese cumplido. Se dijo que era muy vanidosa por sentirse tan emocionada ante ese halago.

—Gracias —susurró reservada.

Matt la contempló con detenimiento. Estaban en un lugar solitario, apoyados contra el coche. La luz de una farola cercana arrancaba reflejos dorados al cabello de Matt.

—Me gusta tu blusa.

Al oír ese íntimo comentario, Sian se alegró de que Matthew no le estuviera mirando el rostro, pues tuvo la sensación de que se había puesto roja como la grana. Ella carraspeó antes de responder:

—A mí también me gusta.

—¿Es tan suave como parece? —inquirió con voz ronca.

Sian sintió que sus piernas se convertían en gelatina.

—No creo que… —se alarmó.

Matt introdujo una mano por la chaqueta abierta de la chica y deslizó los dedos por la delgada cintura de la joven, justo debajo de sus senos. Ante ese ligero contacto, el pulso de la joven se aceleró.

—Mmm —suspiró con placer—. Lo es. Fresca y suave, se adapta perfectamente a tu cuerpo. Así debería sentirse y vestirse siempre una mujer, con seda y encajes… Matt deslizó la mano hasta la parte baja de su espalda y la atrajo hacia él. Con lentitud sensual y deliberada, acercó su rostro al de ella.

La compostura de Sian, mantenida durante toda la velada mediante su gran fuerza de voluntad, ya no existía. La chica sintió que le temblaba todo el cuerpo.

—Matthew, basta —pronunció en un jadeo.

Él tenía los labios a un centímetro de los de ella.

—Lo siento, pero no entiendo —murmuró con fingida inocencia —. Ése no fue el mensaje que tu cuerpo me transmitió ese día en la playa —la miraba con intensidad.

—Eso es lo que te estoy diciendo ahora —lo tomó de los antebrazos y se los apretó de manera convulsiva, humedeciéndose los resecos labios.

Arqueó el cuerpo contra el brazo que le rodeaba la cintura y abrió más los ojos. Tenía una apariencia juvenil y vulnerable. Matt observó su rostro y luego bajó la vista hasta su cuello, negando con la cabeza al declarar:

—No, no es cierto.

Sian cerró los ojos, pues de pronto los párpados le resultaron muy pesados. El beso de Matt fue suave, semejante a una caricia exploratoria, pero de todas formas la hizo experimentar la misma intensa sensación que la embargaba cada vez que estaba junto a él. Ella profirió un gemido incoherente y Matt suspiró a modo de respuesta.

De pronto, todo gesto civilizado y cortés desapareció. Matt abrazó a Sian son fuerza y la besó, intensificando su caricia.

La secreta e íntima invasión fue imposible de evitar. Sian suspiró

y separó los labios, momento que él aprovechó para acariciarle la lengua con la suya. La joven se sintió caer en una espiral de placer. Ladeó la cabeza y la apoyó en el hombro de Matt, apretando sus senos contra su pecho, sus caderas contra las suyas, sus muslos contra los suyos.

El temblor que recorrió a Matt pareció transmitirse de inmediato a Sian, estremeciéndola. Él la tomó de la nunca y con cuidado le quitó las horquillas del moño hasta hacer que el cabello le cayera sobre los hombros. Entonces hundió los dedos en él.

De no ser porque Matt la abrazaba con fuerza, la chica habría caído al suelo. Se aferró a él y le echó los brazos al cuello, como si toda su sensatez y fuerza de voluntad la hubieran abandonado.

El corazón de Sian latía como un caballo desbocado. Matt también jadeaba y empezó a besarle los labios con mayor ternura y lentitud. Pero si con eso tenía intención de tranquilizar la situación el efecto fue el opuesto. Después de la intensa sensualidad del beso anterior, para Sian ser besada de esa manera era como negarle la última comida a un condenado a muerte. La joven empezó a temblar con un ansia violenta, nunca antes experimentada, que no sabía cómo satisfacer.

Por fin, Matt se apartó y la hizo apoyar la cara contra su cuello. Se quedaron así durante unos minutos. El silencio era electrizante, cargado de emoción y no apto para las palabras. De manera que Matt se limitó a acariciarle el cabello y la espalda.

Sian estaba bajo los efectos de una fuerte impresión. Era como si por primera vez se sintiese viva, como si el mundo de colores y texturas que tanto le agradaba hubiera adquirido una cuarta dimensión. Un nuevo concepto había explotado en su interior con una inmensa fuerza. Y no sabía cómo recuperarse de ello.

De pronto, Matthew se movió y suspiró, aspirando el perfume de su cabello. Luego le susurró con voz ronca —Ése era el mensaje que me estabas trasmitiendo.

Sian negó con la cabeza, pues no sabía lo que estaba haciendo. Desesperado, Matt hizo que lo mirara a los ojos.

—¿Te hacen falta más pruebas de lo que digo?

Sus palabras la angustiaron aún más. Jadeando con tensión, ya no lo negó, pues estaba atrapada por la verdad.

—Matthew —susurró trémula—, me presionas demasiado.

Él apartó la cabeza, entornó los ojos e hizo una mueca.

—¿Que yo te presiono? —preguntó incrédulo—. Sian, no sabes

lo que dices. Mírate... todo en ti es como una provocación. Tu boca, tu piel, tus firmes senos, las curvas de tus caderas que fueron hechas para la seducción y el placer... Y todo eso lo guardas bajo la llave de la reserva y de la amable distancia. Además de la obstinada idea de que el futuro hará que todo lo que es generoso y hermoso dentro de ti se marchite.

—Calla —pronunció molesta. La sensación de su mano sobre la nuca la estaba volviendo loca, así como la conciencia de que todas sus creencias se estaban desmoronando delante de sus ojos por el dolor y el deseo que la embargaban. Levantó la mano para golpearlo. Ella, que no había cometido ninguna violencia contra otro ser humano en toda su vida. Sin embargo, él la sujetó de la muñeca con fuerza y la joven profirió un gemido de protesta.

Él la apretó más aún al sentir sus forcejeos.

—No te voy a soltar —gruñó. Luego cambió de idea y le acarició el sedoso cabello con ternura—. Ay, mira, he estropeado tu bonito peinado. De alguna manera, ya no tienes tu habitual apariencia fría e inaccesible, querida. Vaya, cualquiera que te viera así, pensaría que te he besado con pasión.

Sian se estremeció, pero de inmediato se dijo que temblaba de furia. Sin embargo, ya no pudo dominar por más tiempo la risa que la invadía.

Mientras se reía a carcajadas, Matt se quedó inmóvil, mirándola con los ojos brillantes. Él se relajó de forma perceptible y comentó avergonzado:

—Me he portado de un modo abominable, ¿verdad?

—Sí, un poco —confesó. Él empezó a acariciarle el rostro y, aunque Sian habría podido apartarse, no lo hizo—. Pero creo que yo te he aguijoneado y retado para que te comportes así.

Matthew le tocó los suaves e hinchados labios.

—De vez en cuando. Tus horquillas salieron volando por todas partes, ¿verdad? ¿Quieres que te las busque?

Se agachó para buscarlas, pero ella negó con la cabeza.

—Déjalas —rió—. No las encontrarás todas.

Estaba sonrojada y le brillaban mucho los ojos. Él la contempló, admirando el brillo de su negro cabello.

—Sian, me dejas sin aliento —susurró.

Ella dejó de reír y sintió una emoción fría que la atemorizó.

—No sigas —musitó.

Él se irguió, severo y duro. Sian recordó al desconocido de fría

expresión que conoció aquel domingo y se estremeció.

—Pero negarlo sería como negar lo que ha sucedido aquí entre nosotros y no estoy dispuesto a hacer eso —declaró él tranquilizándola—. Ven, te voy a llevar a casa.

La joven no pudo evitar sentirse un tanto tensa y desilusionada cuando entró en el coche.

Capítulo 6

SE dirigieron hacia el apartamento en completo silencio. Sian se peinó el cabello con los dedos y recobró algo de su compostura.

Contempló con tensión las casas de su calle a través de la ventanilla. Después de lo que había compartido con Matt, esa nada, ese vacío y ese silencio eran desoladores. ¿Qué había sido eso? ¿Una cena y un beso? Esa trivial descripción no bastaba...

Habían cenado, habían compartido muchos besos y...

Aparcaron frente al apartamento y Sian logró comportarse con una amabilidad que incluso a ella le sorprendió.

—¿Quieres entrar a tomar un café?

Pero Matthew ya había salido del coche y le abrió la puerta.

—De modo que, después de todo, has decidido hablar —comentó burlón—. Y yo que creí que estabas muy enfadada. No sé si sentirme contento o decepcionado por tu pregunta.

—Yo no me enfado nunca —Sian pensó que, como siempre, Matt había logrado encender su ánimo de inmediato, enfureciéndola.

Él se echó a reír mientras Sian metía la llave en la cerradura y entraba en la oscura cocina, seguida por él. Matt encendió la luz y Sian se apartó de él de inmediato, para coger la cafetera.

—No quiero tomar café —dijo Matthew de repente.

Sian estaba exasperada. Inclinó la cabeza y luego se volvió para mirarlo con rabia.

—Creo que esto ha sido un error —apretó los dientes—. Tal vez sea mejor que te marches, antes de que uno de nosotros haga algo que pueda lamentar después.

—Sian —comentó con tono insolente y socarrón—, aún no me has preguntado qué es lo que quiero.

—Es cierto —susurró y cerró los ojos—. No quiero saberlo —apartó la vista, rechazándolo.

—Yo digo negro y tú dices blanco —masculló Matthew acercándose, tenso—. Yo digo que eso está bien y tú dices que está mal. ¿Eso es lo que significa ser una mujer, Sian? Parece que todo tiene que ser objeto de discusión.

—Que Dios me dé fuerzas para seguir adelante —musitó harta—. ¿No podemos hablar de manera civilizada? ¿Por qué todo tiene que ser un campo de batalla para ti?

—Ah, para eso me invitaste a tomar un café —comentó sombrío—. Para tener una conversación amable y cortés. ¿Quieres que hablemos del tiempo? Tenemos que hablar de un tema que no te inquiete ni te emocione, ¿verdad? Siempre tienes que estar controlada, contenida...

—¿Sabes una cosa? Estás loco —masculló serena y tranquila, a pesar de que se sentía acorralada contra el mostrador de la cocina y de que no se atrevía a moverse.

—No lo estoy, pero tengo la sensación de que voy a enloquecer muy pronto —repuso—. ¿Sabes qué es lo que deseo? Quiero pelearme. Quiero tener una pelea dura y sin cuartel, contigo. ¿Quieres complacerme?

—Ten cuidado con lo que dices —le advirtió, cerrando los puños.

—Aún no estoy acabado.

—¡Podrías desear estarlo! —lo miró con idéntica furia.

Él se alejó de ella, pero no se retiró.

—Entonces —se apoyó contra la mesa e ignoró el comentario de Sian—, nos reconciliaremos.

Sian había previsto esa actitud, pero de todas formas se quedó atónita, sin aliento. Él observó la elocuente y reveladora expresión de su rostro.

—Presionas mucho, Sian —susurró—. Hablas con despecho y furia y pones a prueba los límites de mi resistencia. Dices que yo te presiono demasiado pero tú me vuelves loco. ¿Y cómo salvas a un hombre que cae al vacío? La pelea ya ha terminado y la reconciliación puede ser muy dulce.

Ella quiso decir algo pero no lo logró, susurrando su nombre en silencio como una súplica, como una maldición, como una invocación...

—Me gustaría que te acercaras a mí —murmuró Matt con los ojos cerrados. Su rostro tenía una expresión intensa, dura y muy atractiva. Tenías las piernas un poco separadas y estaba apoyado hacia atrás, sobre sus manos—. Con tus movimientos gráciles, tus ojos verdes llenos de la sensual calidez y de los residuos del fuego que te consume. Me gustaría que vinieras a mí con confianza y seguridad. Y me gustaría que evitaras mi caída con una caricia que se otorga por deseo.

Matt parecía llenar todo el mundo de Sian. La joven pensó que, después de esas palabras, jamás querría hacer el amor con algún

otro hombre. Se acercó hacia él. Su amplio y fuerte pecho y sus estrechas caderas fueron como una delicia para los dedos temblorosos de Sian.

Al tocarlo, sintió que él se ponía tenso. Eso terminó por hacerla capitular. Sin decir nada Sian cerró los ojos y acercó los labios a la boca de Matt. Cuando sus labios se tocaron, él se estremeció de deleite y de tormento. Gruñó y al fin acabó por cautivarla.

Él la abrazó y se irguió, apartándose de la mesa. Luego la levantó, haciendo que despegara los pies del suelo, y la hizo apoyarse contra él mientras la besaba con ferviente pasión.

Sian le echó los brazos al cuello. El mundo pareció moverse a su alrededor y de pronto la luz se hizo intolerable. Entonces se dio cuenta de que Matt la había recostado sobre la mesa, mientras invadía su boca húmeda con la lengua. Los muslos de la joven temblaron cuando él se los separó y apretó su dureza contra ella como nadie había hecho nunca...

De pronto, Matt se apartó, impresionado y tenso. Todo su cuerpo parecía protestar frente a lo que estaba sucediendo.

—¡Ay, no! Maldición...

Sian sintió que esas palabras eran como una bofetada, como un jarro de agua fría que le caía encima. Abrió los ojos con pesadez, sin comprender lo que sucedía.

Matthew contempló sus ojos brillantes y su cabello despeinado con una mirada de tristeza. Sian no entendía lo que estaba sucediendo. Luego, ella también oyó que alguien cerraba la puerta de un coche, voces y risas conocidas, y los pasos que se acercaban cada vez más. Lo comprendió todo y gimió de rabia y frustración.

Matt la hizo ponerse de pie con rapidez y energía, conduciéndola hacia el vestíbulo mientras le ordenaba con furia que fuera al baño. De alguna manera, Sian consiguió caminar y alejarse de él.

Las manos le temblaban cuando se humedeció el rostro y el cuello con agua fría. Se arregló el vestido y luego se cepilló el cabello. Después se miró al espejo.

¿Acaso eso era lo que Matt había visto en ella? ¿Sus ojos muy abiertos, brillantes y luminosos? ¿El rubor de sus mejillas, su boca hinchada por los besos? Miró fijamente su imagen reflejada, que a ella misma se le antojaba la de una desconocida.

Cuando estuvo suficientemente presentable, salió del baño y regresó a la cocina. Jane había preparado el café que Sian se olvidó

de hacer y se encontraba sentada a la mesa con Steven y Joshua. Matthew estaba sentado en un banco para dejarle la última silla de la mesa a Sian.

La joven se quedó en el umbral y lo miró sin ser observada. Matt parecía tranquilo y relajado. No parecía turbado por lo que acababa de pasar. Sin embargo, se dio cuenta de que estaba un poco ruborizado y sombrío y eso la tranquilizó.

—Hola, ¿te gustó la cena? —le preguntó Jane al verla—. Fuimos a rescatar a Joshua de sus libros. Oye, Sian, ¿no llevabas el cabello…?

Sian la miró con un brillo de advertencia en los ojos. Jane se calló y sirvió café para todos, mientras la chica aprovechaba la distracción creada para sentarse junto a Matthew, quien le sonrió.

—Al ir al restaurante bajé la capota del coche y Sian se despeinó en un santiamén —comentó Matt—. Todavía no me perdona el haberla despeinado, ¿verdad, cariño?

El corazón de Sian latió con fuerza. Maldiciendo en silencio, se dijo que Matt debía haber guardado silencio e ignorar el comentario de Jane.

—Fue como si un par de gatos se hubieran peleado sobre mi cabeza —declaró, pues todos esperaban que dijera algo. Steven y Joshua se echaron a reír pero Jane la miró intrigada. La joven bajó la vista. No podía mirar a su amiga, pues de lo contrario, perdería la compostura. Para vengarse de Matt, le hundió el alto tacón del zapato en un dedo del pie. Ella sintió que gruñía en silencio y que luego cambiaba el pie de posición, fuera de peligro. Entonces Matt apoyó un brazo sobre el respaldo de la silla donde estaba sentada la chica.

Los demás empezaron a charlar de otras cosas, pero Sian se encontraba incómoda, pues no podía ignorar el fuerte muslo de Matt apretado contra su brazo. Podía sentir cualquier movimiento y flexión de sus músculos. Desesperada, empezó a integrarse en la conversación.

Casi dio un respingo cuando sintió que Matt comenzaba a acariciarle la nuca con el pulgar. Nadie lo veía mover el dedo en suaves y sensuales círculos. Sian tenía todo el cuerpo estremecido.

Era una agonía tratar de fingir que nada sucedía cuando le embargaban una serie de caóticas sensaciones y la invadía una mezcla de furia, de estupefacción y también de placer, ante la audacia de Matt. De repente se dio cuenta de que él empezaba a

ponerse tenso.

—¿Estás bien? Pareces algo mareada —le comentó Joshua.

—Estoy bien. Lo que pasa es que quiero irme a acostar pues tengo sueño —dijo lo primero que se le ocurrió y de inmediato se arrepintió, al sentir que Matthew empezaba a temblar de risa contenida. Sian deslizó una mano bajo la mesa y le pellizcó el muslo con fuerza.

—¡Ay! —se quejó Matt, sentándose muy derecho. Se apartó y dejó de acariciarle la nuca a Sian.

—¿Qué te pasa? —se sorprendió Jane.

—Se me ha dormido la pierna —explicó; parecía muy divertido —. Me siento como si un gato me hubiera enterrado las uñas.

—Ten más cuidado con la forma en que te sientas —le susurró Sian con fingida dulzura, en voz muy baja.

—Eres una mujer muy poco amable, Sian Riley —gruñó sombrío.

—Sí, soy dura como una piedra.

Cuando los demás empezaron a hablar de otra cosa, Sian intentó prestar atención, pero fue en vano, pues Matthew había enredado uno de sus tobillos en una de sus piernas y estaba deslizando el pie con suavidad hacia la pantorrilla de la joven. Se mordió el labio, exasperada. Entonces Matthew empezó a quitarle el zapato con el pie.

—Empiezo a sentir mucho calor —la chica se levantó de un salto —. Creo que iré a quitarme este vestido.

Matt la observó fijamente durante un momento y Sian sintió que ardía bajo esa mirada.

—¿Huyes? —susurró él.

—Sólo es una retirada estratégica hasta que te comportes —masculló ella con tensión.

A ninguno de los dos les importó que los demás escucharan fascinados su conversación.

—Qué civilizada, princesa durmiente —los ojos de Matthew brillaron de sarcasmo.

—Los franceses lo llaman etiquette, que significa «buenos modales». Con su permiso, por favor —lo miró con furia.

—Te acompaño, Sian. Acabo de recordar que no guardé tu ropa después de lavarla hoy —declaró Jane y se puso de pie con rapidez.

Sian la miró perpleja, pues ese día no habían lavado ropa. Pero prefirió no preguntar y salió de la cocina seguida de su amiga.

Al caminar por el corredor, Sian pensó que Matthew y ella estaban destinados a tener una relación perturbadora, cargada de tensión eléctrica.

En primer lugar, estaba el hecho de que él desaprobara la propuesta matrimonial que Joshua pretendía hacerle. En ese momento parecía que Matt se disponía a destruir su tranquilidad mental para... Sian trató de no recordar lo que había sucedido en el aparcamiento del restaurante y luego, en la cocina; pero eso le resultó imposible y se obligó a enfrentarse a la cruda realidad.

Ella se había entregado a él y Matt había reaccionado como lo habría hecho cualquier hombre normal y sano. ¿Acaso toda la culpa era de él, considerando la forma en que ella se había comportado?

Sian se habría derretido si él se lo hubiera permitido. Además, le había sucedido eso precisamente después de que ella le aclarase que no le interesaban las aventuras apasionadas. Matt simplemente había tenido que tocarla de manera seductora para que ella se encendiera como una brizna de paja seca.

¿Qué esperaba Matt ganar con todo eso? ¿Acaso representaba ella un reto para él por su manera de pensar? ¿O sólo pensaba satisfacer sus instintos con ella?

Sian tenía que tomar una rápida decisión para que Matthew no la acorralara de nuevo. Se dijo que tal vez lo más prudente sería no ir ese fin de semana de Chicago con los demás; así quizá nunca más volvería a verlo.

Entró en su dormitorio, seguida de Jane. Sian no podía mirar a su amiga a los ojos, de manera que empezó a desvestirse con rapidez.

Jane se sentó en la cama y la observó.

—¿No vas a contarme lo que ha pasado entre Matt y tú?

Sian se quitó la chaqueta y la lanzó a un rincón junto con la falda.

—¿Por qué estás tan segura de que ha pasado algo?

—Porque los dos os estáis peleando como si fuera a dar comienzo la Tercera Guerra Mundial —replicó su amiga, exasperada.

Sian se quitó la blusa, los zapatos y las medias; esbozó una mueca al darse cuenta de que no podía engañar a su amiga. Y decidió que le sentaría bien confiar en ella.

—Me besó —dijo mientras se ponía una camiseta. Sabía que era una mala descripción de lo ocurrido, pero no podía arriesgarse a decir algo más. Jane no parecía sorprendida.

—¿Y...? Yo ya lo había imaginado.

—¿Acaso es tan obvio? —preguntó con expresión sombría.

—Sian, te conozco muy bien —susurró Jane—. Y me fijé en la manera en que Matt y tú intercambiabais miradas el pasado fin de semana, cuando pensabas que nadie os prestaba atención. Eso tenía que suceder tarde o temprano.

—Bueno, pues yo desearía que no hubiera sucedido —repuso Sian mientras se ponía unos pantalones cortos—. Es un problema molesto y sólo Dios sabe lo que Matthew piensa.

—Por lo que puedo ver, parecer que él ansia estar a solas contigo para volver a hacerlo —rió pero se puso muy seria cuando Sian la miró con furia—. ¿Qué pasa, amiga? ¿Te gustó demasiado?

—Ay, Jane —se llevó una mano a los labios y se ruborizó—. ¡Qué voy a hacer?

—No lo sé. Eso no estaba dentro de tus planes, ¿verdad?

—No, en absoluto —agachó la cabeza—. Creo que este fin de semana me quedaré aquí.

—Sian, no puedes hacer eso. Todos esperan que vayas a Chicago ahora que tu padre no va a venir a visitarte —dijo Jane, preocupada —. ¿No crees que estás exagerando las cosas?

—Sé que soy una cobarde. Y quizá me estoy portando como una tonta, pero no sé que más puedo hacer. ¿Por qué no podemos ser sólo amigos, como todos los demás? —preguntó frustrada.

—Querida, eso es como pedir que la tierra deje de girar alrededor del sol —Jane la tomó de las manos—. ¿Es malo que un hombre tan maravilloso como Matt te atraiga? ¿Por qué no puedes aceptar que él ha cambiado algunas de tus ideas? Eso nos sucede a todos en la vida. Quizá deberías tener una aventura apasionada con él. Al menos así sabrías qué es lo que buscas en un esposo.

—Yo ya sé cómo quiero que sea mi marido —replicó obstinada —. Quiero que sea fiel, constante y estable.

—¿Y qué hombre te dará eso sin estar enamorado de ti? —repuso Jane—. Incluso los matrimonios de conveniencia tienen que basarse en una especie de intercambio. Y te sería de mucha ayuda el hecho de que te agradara estar en la cama con ese hombre. Saca tu corazón de la caja fuerte donde lo tienes guardado y exponlo a unas cuantas experiencias. Quizá quede destrozado, pero logrará curarse.

O tal vez crezca y disfrute más de la vida. Eso no lo sabemos. Pero lo que sí sé, Sian, es que tienes que salir del caparazón bajo el que te has refugiado. De lo contrario, me temo que estarás en peligro de seguir haciendo solitarios durante el resto de tus días.

Jane recogió la ropa que su amiga había lanzado al suelo y la guardó, dándole tiempo a Sian de pensar en sus palabras. La joven se sentó en la cama, confundida.

¿Acaso ella estaba realmente encerrada en sí misma y aislada del mundo con el pretexto de esperar encontrar al hombre adecuado según sus intereses? Bueno, ella salía con muchos chicos. ¡Tenía muchos amigos!

De pronto, se quedó helada al recordarlos, pues se dio cuenta de que aquellos honestos y sinceros jóvenes habrían podido darle lo que ella decía que buscaba en un marido. Ninguno de sus novios anteriores le fueron infieles ni le contaron mentiras. Entonces, ¿por qué no había elegido a alguno de ellos para casarse? ¿Qué era lo que buscaba en realidad?

Sian siempre había ansiado tener una relación de igual a igual, en la cual dos personas tuvieran fuerza de carácter pero no el control de la relación. En ese momento se daba cuenta de que no podía tener eso sin algún elemento de confianza; y no podía confiar en su marido sin amarlo. De lo contrario, se casaría con alguien como Joshua y se resignaría a la estéril existencia que Matt le había descrito.

¿Acaso no tenía otra alternativa que permanecer sola, jugando a las cartas, como había afirmado Jane? ¿Por qué no podía aceptar lo que el destino le daba, en vez de tratar de poner etiquetas a todo lo que le sucedía? Ya era una adulta y debía cuidarse. Matt no había hecho nada que ella no hubiera deseado que sucediera. Sian se frotó los ojos y suspiró.

—¿Y bien, cuál es el veredicto? —preguntó Jane con calma.

—Está bien, acepto lo que dices. No creo haber cambiado de manera de pensar respecto a muchas cosas, pero estoy dispuesta a tener nuevas ideas en mi vida. Empezaré a ver qué pasa.

—¿Y este fin de semana?

—Os acompañaré.

—Esa es mi chica —exclamó alegre—. Además, creo que no habrá muchas oportunidades de que os quedéis a solas, por lo que creo que no ocurrirá nada entre Matt y tú, aunque lo quieras.

—Cierto —sonrió, más serena—. Bueno, será mejor que

regresemos a la cocina con los demás.

—Sian... tal vez deberías vigilar a Joshua —comentó Jane antes de salir de la habitación—. Ha estado observando tu comportamiento con Matt y creo que está celoso.

—¡Celoso! —Frunció el ceño—. ¿De qué?

—Bueno, recuerda que Joshua quería casarse contigo —señaló Jane.

—Sí, pero en realidad no estaba enamorado de mí. Sólo se había ilusionado. No se molestó ni dijo nada cuando lo rechacé.

—Quizá me equivoco, pero creo que aunque él aceptó tu negativa, eso no significa que desee verte en los brazos de su hermano mayor —se encogió de hombros—. Reconozco que eso es egoísta y mezquino por su parte, pero así son los hombres.

—¿Y quien dijo que estaré en los brazos de Matt? Sólo dije que iba a aceptar nuevas ideas.

—Pero querida, eso es lo que acaba de suceder hace unos minutos, ¿no? —susurró Jane al salir.

Sian no pudo responder; sólo negó con la cabeza y entró en la cocina, donde los tres hombres estaban hablando sobre lo qué harían ese fin de semana. La joven volvió a tomar asiento y fingió que no veía la íntima sonrisa de Matt cuando éste le miró las piernas.

Empezaron a discutir sobre qué obra de teatro verían. Matt estaba muy bien informado acerca de ello y relató un par de críticas satíricas y graciosas que había leído en el periódico, lo cual hizo reír a los demás.

—Eso será muy divertido —sonrió Jane—. Tendré que llevar algo elegante; tal vez mi vestido negro y un collar de perlas. ¿Qué te pondrás tú, Sian?

La chica no supo qué le sucedió, pero contestó con una dulzura exagerada:

—Aún no lo sé, pero creo que alguien dijo una vez que las mujeres sólo debían ponerse ropa de seda o encajes...

Matt la miró molesto y asombrado. Sian alzó una ceja con gesto socarrón.

—¿Recuerdas lo que te dije, Matt? Cada vez que me des la espalda, yo saltaré fuera de mi círculo.

Sian volvió la cabeza y miró a los demás. Ya no le sorprendió ver que Joshua la miraba celoso. Jane ya se lo había advertido.

El jueves, Sian fue al cine con Joshua y se aseguró de

comportarse amablemente, como lo había hecho antes. Pero sin sugerirle que sentía amor por él.

Al principio, el ambiente estuvo tenso. Cuando

Joshua fue a recogerla al apartamento, parecía malhumorado. Sian esperó que él le hiciera acusaciones y que la interrogara acerca de lo que sentía pro su hermano mayor. No obstante, Joshua no mencionó a Matt. Además la película les gustó tanto y fue tan divertida que no tardaron en relajarse. Después fueron a cenar una pizza, riendo y comentando la película, de manera que a Sian le pareció que todo había vuelto a la normalidad.

Tal vez los celos que había creído ver en los ojos de Joshua no eran otra cosa más que inseguridad, pensó Sian al despedirse de él con un beso en la mejilla y correr a su apartamento. Después de todo, Joshua la había conocido primero y quizá temía que su amistad son ella se deteriorara por la presencia de Matt. Él representaba la autoridad y la disciplina para Joshua pues era mayor que él, tenía mucha seguridad en sí mismo además de éxito en su trabajo, de manera que el muchacho debía de admirarlo y, al mismo tiempo, molestarle su presencia.

De hecho, Sian sospechó que Joshua no sentía celos de ella, sino de Matt. Había empezado a advertir ciertas características en la forma de hablar de Joshua que sólo eran imitaciones del sentido del humor de Matt y de sus inteligentes comentarios.

Joshua ansiaba más que nada en el mundo ser como su hermano: seguro y confiado. Pero no se daba cuenta de que no podía lograrlo sin tener los trece años más de experiencia que le sacaba Matthew. Joshua necesitaba descubrir lo que era el abandono, la tragedia y la recuperación tras el sufrimiento. Debía entablar sus propias batallas y discusiones para ganar seguridad en sí mismo. Sian sabía que Joshua llegaría a ser algún día como Matt, a quien tanto admiraba, pero en ese momento sólo era un muchacho.

Sian habría querido hablar de eso con Jane, pero su amiga ya estaba en la cama, de modo que apagó las luces del apartamento para irse a dormir. La imagen de Matt volvió a su mente; las habitaciones parecían vibrar con su fuerte personalidad.

Sonrió al recordar la sugerencia de Jane acerca de tener una apasionada aventura con Matt. ¡Como si eso pudiera ser algo sin

trascendencia! Sian imaginó que eso sería como quedar atrapada en un torbellino interminable, del cual nunca podría refugiarse buscando cobijo en otra parte.

Aunque aceptó que no podía basar su vida solamente en la seguridad y que todo lo importante exigía un riesgo, Sian necesitaba tener un remanso de paz. No quería ser arrastrada hacia una gran altura para caer al suelo con fuerza cuando todo terminara. Quería que su vida con su marido fuera como bailar un vals continuo, armonioso y encantador.

En ese momento sabía cuál era la profundidad de sus sentimientos y de sus deseos. Ya no podía dar marcha atrás ni conformarse con hacer solitarios con las cartas. Podía ver una deslumbrante posibilidad, tan hermosa que la llenaba de miedo… y a la vez de ansia.

Sian durmió hasta tarde a la mañana siguiente, lo cual era extraño en ella. Se despertó soñolienta y malhumorada. Terminó de limpiar el apartamento y logró hacer su equipaje para estar lista a tiempo. Se durmió durante parte del trayecto en el asiento trasero del coche, mientras los demás charlaban. Llegaron a Chicago a la hora punta del tráfico y pasaron cuarenta y cinco minutos avanzando a paso de tortuga. Eran más de las seis cuando llegaron al aparcamiento reservado para los visitantes y los residentes de un lujoso complejo de apartamento en el elegante distrito de Lakeshore Drive.

Todos salieron del coche y contemplaron fascinados el lago Michigan, a su derecha; el agua brillaba como si estuviera salpicada de estrellas.

—Mira este lugar —dijo Steven—. Jane, amor mío, conocerte ha sido fantástico, pero creo que voy a dejarte por otro hombre.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Joshua sin poder disimular su orgullo—. Matt diseñó este edificio. Esperad a ver el resto. Hay dispositivos de seguridad en todas las puertas.

Lo siguieron hasta la entrada. Joshua apretó el botón del apartamento de Matt y escucharon su voz por el intercomunicador.

—Ya era hora de que llegareis. Subid.

Escucharon el zumbido de la puerta y entraron en el fresco y elegante vestíbulo. Subieron en el ascensor. Al salir de este, Matthew los estaba esperando en el vestíbulo y a Sian le dio un vuelco el corazón al verlo de nuevo.

Pensó que hacía poco que Matt debía de haber vuelto del

trabajo, pues aún estaba vestido con un traje de color café claro. Tenía el botón superior de la camisa desabrochada y aflojado el nudo de la corbata. Y eso le provocó una extraña sensación en el estómago a Sian, como de ansia o hambre. Se imaginó a sí misma quitándole esa corbata...

Él la miró a los ojos por un instante antes de sonreír.

—Bienvenidos a mi guarida. ¿Qué tal el trayecto?

—Agradable, hasta que nos encontramos con el tráfico de Chicago —comentó Joshua.

—Bueno, no importa, ya estáis aquí. Hay refrescos para los que lo deseen, pero primero os voy a enseñar vuestras habitaciones para que guardéis vuestro equipaje. Jane y Sian, vosotras dos podéis elegir entre mi dormitorio y el estudio, Josh y Steven dormirán en la habitación de los huéspedes, y yo lo haré en la sala.

Al ver el apartamento, la primera impresión que tuvo Sian fue que era muy espacioso y que estaba lleno de luz. La sala estaba rodeada de enormes ventanales que ofrecían una agradable vista del lago. Sin embargo, no quiso caer en la tentación de dormir en la habitación de Matthew, de modo que habló antes de que Jane lo hiciera.

—Gracias, yo dormiré en el estudio.

—Bien —Matt la miró burlón—. Jane, tu cuarto es la puerta que sigue, a la derecha. Sian, este es el tuyo.

La condujo hacia el estudio y se hizo a un lado mientras ella lo observaba todo con curiosidad.

Frente a otro espacioso ventanal, había una mesa de dibujo y un alto taburete. La mesa estaba llena de planos, hojas de papel, lápices, plumas y cartas de negocios. También había una calculadora. Contra la pared, había un ordenador personal y dos grandes archivadores. En la otra pared, junto a la puerta, había un sofá de cuero en el que Sian pensó que Matt debía de descansar con frecuencia.

No había muebles en la última pared, puesto que casi todo el espacio estaba ocupado por la colorida reproducción de un cuadro que Sian reconoció como perteneciente al museo del Louvre.

—Qué bonito —exclamó la chica.

—Lo compré en París cuando estudié allí durante un año. Lamento este desorden... quería recoger mis cosas, pero no me dio

tiempo.

—No te preocupes, me gusta —Sian dejó la maleta al pie de la cama y se dirigió hacia la mesa de dibujo, pues la presencia de Matt la turbaba demasiado. Tocó los planos, titubeando—. ¿Puedo verlos? Te prometo que tendré mucho cuidado.

—Adelante —la observó mientras contemplaba fascinada los dibujos. Eran meticulosos, detallados, precisos, delicados y complejos, y revelaban algo que Sian ya había intuido en Matt: un amor por la simetría y el orden y un gran talento para el diseño—. Algunos de ellos parecen un laberinto en miniatura, ¿no crees?

—Me parecen magníficos —comentó cautivada—. En algunas clases de diseño, nos dieron cursos de arquitectura. Claro, no fue algo muy detallado, pero sí lo suficiente como para que tomase conciencia de cuánto trabajo y experiencia se necesita para hacer esto. Mira este dibujo, es fascinante.

Él miró con indiferencia el boceto de una torre de oficinas.

—Bueno, eso es lucrativo. Ese tipo de proyectos es un reto para las restricciones de uso de suelo, los permisos de construcción y las especificaciones del consumidor. Pero, personalmente, prefiero diseñar casas. Con éstas el dibujo parece tener vida propia y adquiere toda clase de posibilidades.

—Joshua dijo que tú diseñaste este edificio —comentó Sian.

—Bueno, ese también fue un buen negocio, sobre todo porque pude hacer un trato con la constructora y comprar el apartamento a un bajo precio —sonrió.

—Es un lugar precioso.

—Es conveniente para trabajar y es muy cómodo, pero sólo viviré aquí durante un tiempo. No quiero quedarme para siempre. Aquí no pueden vivir niños ni se pueden tener mascotas. Me gustaría tener más espacio y un jardín para que puedan jugar y explorar a sus anchas.

Matthew la miró a los ojos y ella dejó de sonreír al ver su intensa expresión. La joven bajó la vista para mirar el plano y ocultar así el impacto que habían provocado sus palabras. Él había descrito a la perfección el tipo de vida que ella ansiaba tener. Parecía que sus sueños eran los mismos.

—¿Quiénes los niños o las mascotas? —intentó bromear para romper con la tensión reinante.

—Todos —susurró y le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Él la sintió estremecerse mientras la acariciaba—. Confieso

que deseo tener un perro algún día. Uno que no sea muy grande, que sea inteligente, que sea cariñoso con los niños, pero que ladre de manera feroz para asustar a cualquier ladrón, y que cuide de mi adorada esposa cuando tenga que salir de viaje de negocios. Claro, a mí no me gustaría dejarla sola con frecuencia, de manera que me sentiría más tranquilo si sé que ella está protegida. Ya sabes a qué tipo de perros me refiero.

La chica bajó la cabeza y Matt le acarició la mejilla.

—Ese animal te rompería los zapatos —murmuró con voz ronca.

—Yo lo perdonaría —le susurró Matt al oído—. Se lo perdonaría con tal de que tuviera todas las demás cosas.

A Sian le temblaron las manos. Puso el plano en su lugar y lo alisó con cuidado. Matt le acarició la espalda y luego le retiró el cabello de los hombros para besarle el cuello.

—Me alegra que hayas venido —musitó sobre su piel y luego la besó con ternura—. Te he echado de menos. ¿Y tú?

La chica sintió una oleada de placer que hacía desaparecer su tensión y sus inhibiciones. Ladeó la cabeza mientras él la besaba.

Matthew gimió.

—Vamos —dijo, tomándola de la cintura—. Dime que me has echado un poco de menos, aunque sólo sea porque no tuviste a nadie con quien pelear durante estos días cuando te sentiste nerviosa e irritable.

Sian apoyó la cabeza en su hombro. Matthew separó las piernas para soportar su peso y luego le acarició la cintura y los senos. Ella suspiró, dispuesta a confesarle cuánto lo había echado de menos, pero en ese momento Matt le mordisqueó el cuello y la hizo jadear de placer, atrayéndola hacia su cuerpo con un movimiento convulsivo.

—Matt, ¿dónde tienes el tequila? —gritó Joshua desde el vestíbulo y Sian se sobresaltó. Matt continuó abrazándola con fuerza, y Sian pudo sentir en su mejilla cómo apretaba la mandíbula ante la interrupción.

—Salvada por la campana, cariño —rió con suavidad y la soltó.

—Tú lo has dicho, yo no —señaló con voz ronca.

Matt se quedó inmóvil y ella no pudo mirarlo a los ojos. Joshua volvió a gritar, de modo que Matt maldijo en voz baja y salió del estudio. Cuando se quedó sola, Sian se preguntó qué había querido decir él al hacer ese comentario.

Capítulo 7

DESPUÉS de recobrar la compostura y de ver cómo estaba Jane, Sian entró en la sala en donde los tres hombres estaban preparando unas bebidas exóticas.

Cuando la vio entrar, Matt alzó la vista.

—Estamos preparando unos cócteles Margarita, ¿quieres uno?

—No, gracias —sonrió Sian—. No puedo tomar alcohol.

—¿Acaso estás a dieta? —miró su delgada silueta.

—No —se sentó en un mullido sillón—. Pero no puedo tomarlo pues me quedo dormida. Lo más que puedo beber son dos copas de vino. Te diré lo que me gustaría: ¿tienes un poco de limonada?

—No, pero hay limones frescos. ¿Quieres preparártela tú? —le preguntó, para luego dirigirse a Joshua—. ¿Puedes terminar de hacer esto mientras le enseño a Sian dónde está todo en la cocina?

—Claro. ¿Te sirvo una copa?

—Sí, por favor —le dijo Matt a su hermano y luego guió a Sian hacia la cocina. Tomó un cuchillo, una jarra y sacó varios limones de la nevera que puso sobre una tabla de madera—. Si tú los cortas, yo los exprimiré...

—¿Es que siempre tienes que estar haciendo insinuaciones? —replicó ella sin perder la compostura.

—¿Qué es lo que he dicho esta vez? —rió con suavidad.

—Lo sabes muy bien y no te hagas el inocente. No dará resultado. ¡Eres tan inocente como una piraña! —cortó un limón y tomó otro.

—Las pirañas, amor mío, sólo hacen lo que su naturaleza les dicta —murmuró Matt con voz suave.

—Hola, chicos —entró Jane—. Matt, me encanta tu apartamento. ¿De qué estáis hablando?

—De peces —Sian cortó otro limón con fuerza y Matt fingió estremecerse—. A Matt le encantan las pirañas.

—De hecho, prefiero los pulpos. Con esos tentáculos... —dijo él con los ojos brillantes—... cuando agarran algo, ya no lo sueltan.

—Ni siquiera parecen de este mundo —Sian tembló un poco—. Probablemente vinieron del espacio exterior.

—¿Por qué? Creo que me estoy perdiendo algo —comentó pensativa Jane.

—No te preocupes. No te estás perdiendo mucho —aseguró Sian.

—Ay, muchas gracias —declaró Matt y ella lo miró sin entender.

—Tonterías, sólo son tonterías —exclamó exasperada la rubia y salió de la cocina, dándose por vencida y mascullando que estaban locos y que hablaban un lenguaje incomprensible.

—¿Lo estoy, Sian? —susurró Matt cuando volvieron a quedarse a solas. Él estaba serio de nuevo.

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso te parezco que estoy loco? ¿O que hablo con un lenguaje que no comprendes?

Sian dejó el cuchillo sobre la mesa y trató de dominarse, aspirando profundamente cuando Matt la tomó de la mano.

—No lo sé —confesó la chica con voz trémula.

—Dímelo —la miró con fiereza y con una pasión que estaba haciendo mella en Sian—. Avísame cuando lo sepas.

Ella suspiró y asintió. Matt la soltó y en ese momento Steven entró en la cocina para entregarle su bebida.

Se sentaron a charlar en la sala durante media hora. Sian se sintió aliviada al ver que Matt había dejado de acosarla. Necesitaba esa tregua pues todavía seguía confundida y tensa por la conducta de Matt y por sus propias reacciones ante él. Sian conocía muy bien las reglas del coqueteo, pero no sabía a qué atenerse con Matt. Estaba segura de que él albergaba intenciones diferentes para con ella, pero no podía adivinar cuáles eran. Sin embargo, estaba cautivada por la forma tan inteligente que tenía de manejar las situaciones así como de la manera en que él preveía sus propios estados de ánimo.

Le resultaba muy fácil relajarse ante la calidez que él irradiaba. Luego, cuando estaba tranquila y de buen humor, la conmovía al confesarle sus más íntimos deseos y esperanzas. Despertaba su ternura y simpatía... además de todos los sentimientos que Sian había jurado alguna vez que nunca compartiría con algún hombre.

Cuando empezaba a sentirse vulnerable y expuesta, él se alejaba con una malicia tan irresistible como su sentido del humor.

Cuando se irritaba, Matt le hacía frente. Y cuando estaba excitada, la emocionaba aún más. Si parecía triste, la abrazaba. Pero si ella lo molestaba, él le contestaba de forma adecuada. Se sentía atraída hacia él y Matt parecía encenderle la sangre. Cuando la sorprendía con expresión pensativa, le hacía algún profundo comentario que constituía un desafío y un estímulo para la

inteligencia de la chica.
¿Acaso eso era la seducción? Lo cierto era que no se parecía en nada a todo lo que había experimentado con anterioridad. La mayor parte de los hombres eran fáciles de rechazar pues anunciaban sus intenciones sin delicadeza ni consideración alguna. En cambio, Matthew tenía una técnica variada: una leve caricia, una sonrisa, una observación sensible, una broma. Era directo y exigente, pero su forma de acercarse a Sian no lo era. Su juego podía llegar a cualquier parte o a ninguna, al mismo tiempo.
Lo observó mientras escuchaba con atención lo que Joshua le decía. Luego, Matt le contestó con su habitual sentido de la lógica. Sian pensó que era inteligente en todos los sentidos. Nunca se declaraba abiertamente; por eso resultaba difícil rechazarlo. Sian experimentaba todos los cambios de estado de ánimo que él le inspiraba, pero nunca sabía a qué atenerse con ese hombre.
No tardaron en tener que arreglarse para ir al teatro. Las chicas usarían el baño del dormitorio de Matthew y los hombres el que estaba en el vestíbulo. Todos fueron a sus respectivas habitaciones.
Sian saboreó la intimidad del estudio de Matt mientras sacaba un vestido de color gris oscuro de la maleta. El diseño era muy sencillo y el tejido se adaptaba perfectamente a su figura. Le llegaba hasta medio muslo, era sin mangas y de cuello alto. Parecía severo y casi convencional hasta que uno se daba cuenta de que el escote de la espalda le llegaba hasta la cintura. Sian no podía usar sostén con ese vestido, pero tampoco lo necesitaba, pues sus senos eran firmes.
Las marcas de su espalda casi habían desaparecido pero aún le quedaban unas cuantas cicatrices. Se las cubrió poniéndose una blusa de seda negra y mangas largas. Era tan transparente que dejaba ver la piel de sus brazos y de su espalda al tiempo que la cubría ligeramente.
Se puso unas medias negras y se calzó unos zapatos del mismo color. Se abrochó el cinturón que acentuaba su diminuta cintura y se cepilló el cabello negro hasta hacerlo brillar, peinándoselo con un extravagante y femenino moño en la nuca. Destacó sus grandes ojos con un poco de maquillaje y se pintó los labios. Por fin, ya estaba lista.
Como no hacía frío, no llevaba chaqueta. Tomó su bolso y salió del estudio. Los hombres ya estaban listos, sentados en la sala. Ofrecían un aspecto muy formal con sus trajes de verano. Sian se

quedó satisfecha cuando ellos hicieron una pausa en la conversación para admirarla. Incluso Steven, que estaba muy enamorado de Jane, dejó de hablar.

Sin embargo, Matt apenas la miró.

—¿Quieres una copa de vino o más limonada? —se limitó a preguntar.

—Vino, si no te molesta —contestó, disimulando su decepción al darse cuenta de que se había esmerado en arreglarse sólo para Matt y él no había reaccionado ante ella. Se había comportado de una forma casi grosera.

—Claro que no, acabamos...

Sian se volvió para dejar su bolso sobre una silla exponiendo su grácil espalda, cubierta de seda negra.

En ese momento se hizo un silencio sepulcral y Sian se volvió, intrigada.

—¿Acabáis de qué?

Joshua y Steven la contemplaban con admiración. Sin embargo, Matthew se encontraba de espaldas, ocupado en servirle la copa de vino.

—Acabamos de abrir una botella de vino.

—Sian, estás guapísima —comentó Joshua.

—Gracias —le sonrió, haciendo un esfuerzo.

Cuando Matt se volvió hacia el grupo, los miró impasible. Le brillaban mucho los ojos. Llevaba un traje de color gris claro que le daba un aspecto elegante, moderno y sexy.

«No es justo», pensó la joven al verlo acercarse con la copa de vino. El solo hecho de mirarlo la emocionaba y él ni siquiera se inmutaba ante su presencia.

En ese momento, Jane entró en la habitación y se acercó a Steven y a Joshua. Sian tomó la copa que Matt le ofreció y lo miró a los ojos. Como los demás estaban distraídos, Matt pudo decirle sin que nadie lo escuchara:

—Veo que estás vestida con seda —susurró—. ¿Y el encaje?

Sian estaba tan molesta que dio rienda suelta a su maliciosa lengua para contestarle:

—¿Acaso he dicho que no llevo nada de encaje?

Él le miró los labios y las piernas de inmediato. La única prenda que la chica vestía y que no estaba a la vista era su ropa íntima.

—Vaya, eso es algo que te garantiza que la temperatura de un hombre aumentará unos cuantos grados.

Sian tomó un sorbo de vino y lo paladeó con gusto.

—Y yo que pensaba que no te gustaba mi ropa...

—¿Gustar? —la miró a los ojos con fiereza y pasión. Luego se tornó sombrío—. No sabes el trabajo que me cuesta no ponerte las manos encima —susurró con voz ronca.

Durante un momento, se miraron fijamente. Sian se estremeció al ver la intensidad de la mirada de Matt. Sus ojos se dilataron y se quedó sin aliento. Por un aterrado momento no supo si quería aferrarse a esos anchos y poderosos hombros o huir de él.

Entonces Matt volvió a sonreír con amabilidad y de nuevo asumió su aire formal y educado.

—Será mejor que nos vayamos al teatro —anunció—. ¿Queréis ir en taxi o preferís caminar? No está lejos, es un paseo muy agradable de unos quince minutos.

Todos eligieron dar el paseo a pie. Matt no pareció advertir el silencio de Sian. La chica aún estaba intentando recuperarse de lo que había sucedido.

Se sentía mareada y confundida, pero se le despejó la mente al caminar. Matthew encabezaba el grupo mientras Jane cogía del brazo a Joshua y lo molestaba sin compasión. Sian y Steven, divertidos, los seguían.

Matt había conseguido unos excelentes asientos para una obra romántica muy popular en ese momento. Le entregó las entradas a una empleada, que los condujo a sus lugares. Él se hizo a un lado para dejar pasar a los demás, y Sian lo imitó para que Steven y Jane pudieran sentarse juntos. Sin embargo, todos se detuvieron confundidos y miraron las entradas con los números de las butacas.

—Sólo hay tres asientos aquí —comentó Joshua, intrigado.

—Sí, está bien —Matt se encogió de hombros—. Los otros dos están allí, al otro lado del pasillo. Fue lo único que pude conseguir con tan poca antelación.

Había expresado lo que Sian había intuido momentos antes. La chica sospechó que Matt lo había planeado todo.

Jane contemplaba la escena, divertida. Sian la miró molesta y luego hizo un ademán al ver a Joshua, que no estaba nada contento con la situación.

Matthew miró a Sian, sin remordimiento alguno. La chica sacudió la cabeza al sentarse en la butaca que le correspondía.

—Eres un hombre perverso, Matt.

—Y nada arrepentido, te lo aseguro —repuso, poniéndole una

mano en la espalda para guiarla. El inesperado contacto de su mano hizo que Sian se estremeciera y jadeara de emoción.

—¿Siempre te sales con la tuya, sin importar que tu método carezca de escrúpulos? —inquirió la joven.

—Esa es una pregunta muy subjetiva —contestó un tono frío—. Y creo que todo depende de tus prioridades. Si deseas algo y haces todo lo que está a tu alcance para obtenerlo, algunas personas pensarán que no tienes escrúpulos. La clave es buscar lo que ansias sin perder tu propia integridad. Por ejemplo, hay ciertas cosas que yo no sacrificaría ni por amor ni por dinero, tales como la compasión, la consideración, el sentido de la justicia y la honradez en los negocios, por ejemplo. Otro elemento importante para mí es que haya mucha seguridad en todas las obras que diseño. No soy un idealista, pero esas cosas revisten una importancia vital para mí...

—¿Cosas como la fe, la esperanza y la caridad? —susurró sin mirarlo.

—Sí. Si algún día las pierdo, sentiré que habré perdido una parte de mí mismo. Entonces ya ni siquiera el amor sería algo valioso y el dinero tan solo se habría convertido en algo obsceno.

Las luces del teatro se apagaron y se levantó el telón. Rieron mucho durante una hora, pues la obra era muy divertida. En el intermedio, Joshua y Steven fueron a comprar helados para todos. Sian permaneció en su asiento mientras Jane charlaba con Matt.

Cuando se quedaron de nuevo a solas, Matt la cogió de la mano.

—¿Podrás ayudarme a preparar el desayuno mañana? Puedo untar las tostadas con mantequilla, pero no creo que pueda preparar huevos para cinco personas.

—Claro —asintió Sian y fingió prestar atención a la obra. Sin embargo, sólo era consciente de aquellos largos y fuertes dedos que apretaban los suyos—. De nuevo te doy las gracias por haberme invitado. Todos se están divirtiendo mucho —susurró.

—Me temo que todo lo he hecho por egoísmo —le apretó la mano—. ¿Vendrás alguna otra vez a visitarme? Sian lo miró con detenimiento mientras las coloridas luces del escenario se reflejaban en sus verdes ojos. Se humedeció los labios mientras Matt observaba sus reacciones.

—No sé si será fácil organizar otra visita cuando los demás empiecen a trabajar este verano.

—No estaba invitando a los demás —la miró con una expresión de paciencia infinita.

La obra de teatro transcurrió sin que ellos le prestaran atención. Sian continuó mirando en silencio a Matt; los dedos le temblaban.

—Sian, ¿por qué tienes tanto miedo? —susurró, cauteloso.

Ella sacudió la cabeza y no pudo contestar. Matt apretó los labios pero no perdió la calma.

—¿Vendrás aunque sea si ellos? Te llevaría a bailar, podríamos ir al cine, a pasear al parque, o tal vez pasar la tarde en el instituto de Arte. Mañana por la noche, cuando conozcas a mis amigos, sé que ellos te caerán tan bien como a mí me caen los tuyos.

Pero Sian se dijo que la verdadera pregunta seguía allí: «¿Vendrás?» ¿Cómo podía responder ella? Quería estar con Matt pero al mismo tiempo sentía miedo. Deseaba tener precaución, pero también poder actuar de manera impulsiva.

—No lo sé —susurró, sintiéndose muy desdichada. Su tristeza resultaba obvia. Matt se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla.

—No hay prisa para que tomes una decisión —le murmuró al oído—. Tenemos todo el tiempo del mundo. Sólo prométeme que vas a pensar en ello.

Al no sentirse presionada, pues él se mostraba considerado y comprensivo, Sian aceptó.

—Está... bien.

Matt asintió y miró la obra de teatro. Sian pensó que, puesto que no había dado una respuesta concreta, tenía libertad para decidir lo que quisiera. Tarde o temprano, Matt la obligaría a tomar una decisión, pero eso sería en un futuro lejano.

Además, Sian aún no sabía qué pensar acerca de esa propuesta. Matt sólo la había invitado a que lo visitara de nuevo, como si ella fuera simplemente una amiga.

El problema era que no era una amiga cualquiera, y que Matt sólo la había invitado a ella.

Se imaginó a sí misma con Matt, haciendo las mismas cosas que hacían las parejas: bailar, ir a cenar, visitar a los amigos, pasear por el parque. ¿Hacer el amor?

Ese era meollo del asunto. Sian imaginó sus cuerpos entrelazados en una pasión que los consumía...

Por supuesto, ella podía imponerle como condición dormir en el cuarto de huéspedes si acaso decidía volver a Chicago. Si eso

sucedía, Matt tal vez se ofendería y se retractaría de la invitación, lo cual sería de mal gusto. O tal vez lo aceptaría sin discutir, lo cual sería decepcionante. Quizá la miraría con sorpresa y le diría que él no había pensado en nada más, lo cual sería vergonzoso para ella. O a lo mejor... se aplicaría hábil y concienzudamente a hacerla cambiar de opinión. Y esa última opción volvería a plantear el problema principal.

Bueno, entonces ella tendría que negarse a la menor oportunidad que se le presentara. Eso terminaría de una vez por todas con el dilema, pues Sian no creía que Matt la invitara dos veces.

Se dijo que el domingo regresaría a South Bend con los demás, le daría las gracias a Matt por ese estupendo fin de semana y se despediría de él. Regresaría a su apartamento, empezaría a estudiar en el otoño y su tranquila y segura vida seguiría su curso. No habría incertidumbre, ni tensión, ni comentarios graciosos e inteligentes, ni emoción, ni conciencia de su femineidad, ni fascinación, ni Matthew... Nunca más.

Lo maldijo por haberla emocionado de esa forma. Él tenía la culpa de que se encontrase en semejante dilema. Si le hubiera aclarado lo que esperaba de ella al hacerle la invitación, no estaría tan angustiada en ese momento...

Se dijo que, en realidad, todo era muy sencillo, ¿cómo podría darle ella una respuesta cuando él no era nada explícito? Sian se quedó inmóvil y se concentró en su furia, de manera que se sobresaltó cuando las luces se encendieron y todos se levantaron para aplaudir.

Sian se había perdido la segunda parte de la obra, que era muy buena. Se había divertido mucho al principio... eso también era culpa de Matt.

Fueron a cenar pero Sian no pudo contener su irritación e hizo comentarios cortantes durante la velada. Los demás se rieron pues pensaban que ella sólo estaba bromeando. Sin embargo Matthew, que era el destinatario de los comentarios sarcásticos de la joven, empezó a molestarse muy pronto. Y empezaron a hablarse como si fueran un par de perros rabiosos.

Eso complació a Sian, al igual que ver la tensa e irritada expresión de Matthew cuando caminaba de vuelta al apartamento.

Por fin ya no hacía calor y soplaba una fresca brisa procedente del lago. Al principio, eso le agradó a Sian, pero luego empezó a

temblar de frío. Matt, que caminaba en silencio junto a ella, le ofreció su chaqueta.

Sian la rechazó. Y eso lo molestó aún más.

—Tómala.

—No la quiero —protestó.

—Te he dicho que te la pongas —se la lanzó con rabia y Sian la atrapó por instinto antes de que cayera al suelo. Ella se encogió de hombros y se la puso; luego empezó a caminar con rapidez para reunirse con los demás.

Dentro del apartamento, el grupo se separó y se deseó buenas noches. Todos entraron en sus respectivas habitaciones. Sian dejó la chaqueta de Matt sobre el sofá de la sala y, sin darle las gracias, se refugió en el estudio.

No obstante, no actuó con suficiente rapidez. Matt no se reunió con ella en el pasillo y la tomó del brazo con fuerza.

Sian tuvo que enfrentarse a él. Tenía la intención de mostrase furiosa, pero en vez de eso, se le llenaron los ojos de lágrimas de desesperación. Matt la miró con detenimiento y su propia irritación pareció disiparse poco a poco. Su expresión fue entonces la de un hombre cansado, harto y exasperado.

—No puedes hacerlo —declaro.

—¿Qué quieres decir?

—No lograrás enfurecerme lo suficiente como para retirar la invitación que te hice —entonces inclinó la cabeza para acercar su rostro al de ella—. Quiero que vengas. Y es una lástima, pues tendrás que enfrentarte a la situación como puedas. Así que deja de portarte como una tonta, ¿de acuerdo?

La soltó y regresó a la sala. Sian lo vio suspirar, aflojarse el nudo de la corbata y empezar a desabrocharse la camisa.

Sian profirió un gemido. En ese momento, para su propia desesperación, ansiaba correr hacia él, abrazarlo por la cintura y pedirle perdón. Sabía que su pecho era musculoso...

Pero Sian entró en el estudio, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Luego la golpeó, invadida por la frustración, intuyendo que sería una noche solitaria y muy larga...

Capítulo 8

SIN embargo, cuando Sian se metió en la cama después de lavarse los dientes en el baño de Matthew, se quedó dormida en la suave y mullida cama.

Se despertó un par de veces debido a que se encontraba en un lugar extraño, además de que a primeras horas de la mañana el sol empezó a filtrarse a través de las cortinas. Todavía adormilada, Sian miró el cuadro francés que estaba colgado encima de ella y empezó a soñar con París.

Se encontraba paseando cerca de la ribera del Sena cuando empezó a llover. Unas gotas suaves y cálidas cayeron sobre sus mejillas y entonces un grupo de turistas japoneses le ofrecieron un paraguas, pero ella lo rechazó, negando con la cabeza. Le gustaba la lluvia, pues le acariciaba la piel con delicadeza y le susurraba al oído suaves palabras... Despierta, cariño despierta...

Sian suspiró y rodó hacia el otro lado de la cama despertándose al sentir que se caía, arrastrando las colchas consigo... Matt se arrodilló junto a ella y enmarcó su rostro con las manos. Ella lo miró soñolienta. Matt no llevaba puesta la camisa y estaba descalzo, sólo vestía unos viejos vaqueros. Olía a jabón, a limpio, a calor masculino. Tenía el cabello húmedo, recién peinado, y acababa de afeitarse.

—Despierta, cariño —susurró y le acarició los labios con suavidad.

—Hola —murmuró adormilada y lánguida. Sorprendida por las agradables sensaciones del momento, Sian no recordó la discusión del día anterior, de modo que sus ojos se iluminaron al mirar a Matt.

Éste quedó cautivado y suspiró como si se diera por vencido, besándola en los labios. Con naturalidad, Sian le acarició el cabello húmedo y luego entrelazó los dedos en su nuca, mientras cerraba los párpados.

Él se estremeció de deleite y luego exploró sus labios con los suyos. Un indolente calor la embargó y la hizo responder a su beso. Después de acariciarle el rostro, Matt deslizó las manos por debajo del camisón hacia su espalda.

Tocarla era conocerla; era como descubrir sus zonas de mayor

sensibilidad, la gracia de su cuerpo, los suaves y firmes senos que parecían incendiarse cuando él los rozaba...

Sian sintió que se ahogaba en una fuente de deseo. Lo único que la mantenía aferrada a la realidad eran los fuertes hombros de Matt. Abrió más la boca, como una asombrada flor y él gimió maravillado, explorando con infinita delicadeza su interior, haciéndola recostarse sobre la almohada.

Sian lo abrazó con más fuerza, le acarició la espalda y lo atrajo hacia sí hasta que Matt quedó sobre su cuerpo.

A pesar de sentir todo su peso sobre ella, ese contacto aumentó el placer de la joven. Sus pezones se endurecieron bajo la tela del camisón, haciéndola sentir un ansioso vacío entre sus piernas. Él la besó con más fervor, estimulando su deseo y obligándola a jadear de pasión y frustración.

Sian gimió, puesto que ese vacío se estaba convirtiendo en una agonía. Matt colocó una rodilla entre sus piernas y todo el cuerpo de la joven palpitó de deseo cuando lo sintió apretarse contra ella.

Las sábanas eran una irritante barrera. Sian no podía soportarlas en ese momento de unión, pues no podía pensar de manera racional. Se retorció debajo de su cuerpo, frustrada y molesta mientras él le acariciaba un seno... Matt jadeó y separó los labios de los de ella, haciéndola sollozar a modo de protesta.

—Sian —exclamó tenso y tembloroso—. Por favor, ayúdame a detenerme.

—No quiero que te detengas —susurró casi de manera incoherente. Matt le enmarcó el rostro con las manos.

—Yo tampoco —gimió—. Pero no aquí ni ahora... cuando hay otras personas en el apartamento...

—Oh, no —sollozó la chica, abriendo los ojos de inmediato al recuperar de nuevo la cordura.

—Cariño, lo siento mucho —jadeó y le acarició la mejilla—. Yo no quería que esto sucediera...

La joven pensó que era un tormento desear a Matt de esa manera. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vete —apretó los dientes y volvió la cabeza.

—No puedo —replicó con tono duro—. No me iré hasta saber que estás bien.

—Sí, sí, estoy bien. Por favor, márchate y dame un momento para tranquilizarme —le suplicó, sintiendo que él quería darle consuelo y alivio. Sabía que eso sería la gota que colmaría el vaso,

pues no podía negarle nada en ese momento.

—Estaré en la cocina —murmuró él con tono reacio y se puso de pie.

«Vete, vete ya», se dijo Sian. Se abrazó las rodillas y se acurrucó bajo las sábanas hasta que oyó que la puerta se cerraba. Luego profirió un largo y lastimero gemido animal, como si tuviera fiebre.

No sabía cómo hacer frente a las consecuencias de ese deseo no consumado. Lo único que conocía acerca del sexo era lo que había leído en los libros. Lo sabía todo acerca de la frustración y de la satisfacción física, pero nunca había experimentado nada de eso...

Sian no se consideraba una puritana, ya que había salido con varios chicos, pero las caricias que había compartido con ellos nunca fueron serias ni intensas. El placer que había sentido entonces no se parecía en nada a lo que sentía en ese momento, de manera que siempre le había resultado sencillo controlar sus impulsos. Con el tiempo, había llegado a pensar que permanecería virgen hasta llegar al matrimonio.

Pero Matthew despertaba algo primitivo en su interior. Parecía como si estuviesen hechos el uno para el otro; se atraían de una manera instintiva...

Matt la volvía loca, la enfurecía, la perseguía y la acosaba sin cesar. Sian ya estaba harta de huir, de negar, de razonar y de temer. Ya se había cansado de no llegar nunca a la culminación física. ¿Qué podía hacer al respecto? Se dijo que debía buscarlo de nuevo, sin importarle las consecuencias.

Sonrió. Sus verdes ojos brillaron y por primera vez desde que conocía a Matthew, se sintió tranquila. Ya había tomado una decisión.

Después de un rato, se levantó, hizo la cama y buscó su bolsa de cosméticos. Fue al baño del vestíbulo que estaba vacío y tomó una ducha de agua fría. Se sintió mas fresca y tranquila. Después regresó al estudio, donde se puso una blusa negra y unos pantalones cortos de color azul.

De repente recordó por qué Matt había ido a despertarla y fue a la cocina a buscarlo. Al entrar, aspiró el agradable aroma del café recién hecho.

Matt ya se había puesto una camiseta blanca y estaba cortando las naranjas sobre la tabla. Alzó la vista y miró a la joven. Estaba muy serio. La contempló con detenimiento, sacudió la cabeza y suspiró.

—Lo siento, Sian.

Su contrito tono de voz la conmovió demasiado, de manera que Sian lo atacó; no quería ablandarse con él en ese momento.

—Vamos, ¿tan pronto lo lamentas? Eso no es un buen augurio para mis futuras visitas, cariño —dijo en tono cortante.

—¿Estás bien? —la miró con asombro y aprensión.

—Bueno, no voy a fingir que no estoy... turbada —sonrió tensa.

—Sabes que lo último que haría en el mundo sería herirte, ¿verdad? —trató de acercarse, pero la joven retrocedió con rapidez.

—¿Qué te pasa, Matthew? —se burló—. ¿Temes que me quede destrozada? ¿Ahora vas a tratarme con más cuidado y consideración? ¿No crees que ya es un poco tarde para eso?

—Supongo que me merezco que me digas eso —bajó la vista tenso, molesto.

—Vaya, qué humilde eres —sus ojos brillaron con burla—. Esto se está poniendo muy divertido. Si te tumbas en el suelo, te daré más puntapiés.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó exasperado—. ¿Por qué no mejor me cortas la yugular?

Sian se acercó a él, sintiendo la emoción del peligro. ¿Se preguntó cuál sería el límite de ese hombre?

—De acuerdo —dijo satisfecha de ver lo molesto que estaba—, ya que tienes esa buena disposición...

—Ten cuidado con lo que dices —gruñó. Parecía que estaba a punto de llegar al límite de su paciencia—. Tú participaste gozosa en lo que sucedió en el estudio.

—¿Quieres decir que te diste cuenta de eso? —alzó las cejas.

—¿Qué demonios quieres? —gruñó de nuevo.

Sian adivinó que sólo tenía que presionarlo un poco más.

—Vaya, al fin me lo preguntas —dijo, dando un manotazo sobre la mesa.

—Aléjate —abrió mucho los ojos.

—Quiero pelear —exclamó y lo miró con furia imitándolo y él se dio cuenta de eso. Tensa, Sian le ofreció una sonrisa muy sexy y susurró de manera provocativa—. Quiero una gran pelea, sin cuartel...

Matt emitió un jadeo y se volvió con rapidez. De repente, se abrazaron con fuerza. Sian echó la cabeza hacia atrás y gimió. La miró con los ojos encendidos, y ella le acarició la mejilla. Después Matt la besó con pasión, explorando su boca con la lengua; le

acarició los senos con manos temblorosas y ella se arqueó contra él, embargada por el éxtasis… De pronto, oyeron que una puerta se abría y se cerraba, y después a alguien que debía de estar tomando una ducha en el baño del vestíbulo.

Entonces se separaron rápidamente. Matt le dio la espalda y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Ayer te dije que tus amigos me caían bien? Los odio tanto que…

—… no sé qué hora es —comentó Jane, adormilada, desde el pasillo—. Alguien está despierto. Huele a café.

Cuando Jane entró en escena, Matt seguía cortando las naranjas y Sian estaba sacando los huevos, el jamón y la margarina de la nevera.

—Buenos días, dormilona —saludó Matt sin mirar a Jane. Su tono de voz parecía casi normal.

—Parecéis disgustados, ¿cuándo os habéis despertado? —preguntó Jane, bostezando.

—Hace una eternidad —murmuró Matt desesperado.

—No tanto. Yo acabo de bañarme. ¿Quieres huevos? —le preguntó a su amiga.

—Sí, por favor. Voy a entrar en el baño de Matt. Espero que el calentador tenga agua caliente para la ducha de allí y para la del baño del vestíbulo.

—La tendrá —murmuró Matt y miró a Sian molesto, cuando ésta se echó a reír.

—Te llevaré una taza de café y te prepararé el desayuno —le ofreció Sian.

—¿No es maravillosa? —susurró Jane con afecto a Matt—. La adoro.

—Sí, claro, es muy amable —Matt lanzó el cuchillo al fregadero.

Jane frunció el ceño y salió de la cocina. Joshua y Steven no tardaron en entrar en la cocina y Sian y Matt sirvieron el desayuno para todos.

Esa mañana las chicas optaron por ir de compras mientras los hombres, al no compartir el mismo entusiasmo por visitar las tiendas, decidieron encontrarse con ellas en un restaurante a la hora de la comida.

El grupo se separó en la calle y Sian vio a Matt alejarse con Joshua y Steven.

Esa mañana, Matthew parecía estar muy relajado. Se inclinó

para escuchar algo que Joshua le decía y antes de doblar la esquina, se volvió para mirar a las chicas.

Sian se volvió para mirar rápidamente a su amiga, que acababa de hacerle una pregunta. Asintió sin saber de qué se trataba.

—Bueno, entonces, iremos a Marshall Fields —comentó la rubia con satisfacción—. Después de todo, es una tienda tan grande que tendrán de todo. Además sólo tenemos un par de horas libres antes de reunimos con los demás.

Pararon un taxi que pasaba por la calle y no tardaron en llegar a la tienda, donde vieron perfumes, ropa deportiva, lencería y muchas otras cosas.

Sian caminaba detrás de Jane como una sonámbula y se detenía cuando su amiga lo hacía. Después de quedarse durante varios minutos mirando una serie de vestidos, Jane se acercó a ella.

—No irás a comprar eso, ¿verdad? —susurró preocupada.

Sian se sobresaltó y se dio cuenta de que estaba mirando vestidos de maternidad.

—Ay, no —se apartó de inmediato—. Sólo estaba despistada.

—¿Ah, sí? —repuso su amiga—. Me alegro. Por un momento, creí que estabas enamorada.

—¿De eso? —Sian se quedó horrorizada al ver los vestidos. Jane se limitó a levantar las cejas y siguió mirando ropa. El silencio se prolongó—. Bueno, ¿y si estoy enamorada? —inquirió Sian.

—¿De los vestidos de maternidad? —Jane fingió asombro mientras Sian profería un silbido de cansancio la rubia se encogió de hombros—. Lo siento, cariño. Ya no te gastaré más bromas.

—No importa. Además, no estoy enamorada.

—Claro que no —susurró Jane con un tono de voz conciliatorio.

—Después de todo, hace apenas una semana que lo conozco.

—Sí, es poco tiempo para enamorarse de un hombre —asintió—. Y él te salvó la vida.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó Sian.

—Bueno, es muy común enamorarse de quien te salva la vida —comentó.

—Pues yo pienso que lo que Matt hizo ese día habla muy bien de él —exclamó Sian—. Actuó con gran generosidad y valor, pensando en la seguridad del niño y en la mía antes que en la suya. Fue amable, considerado, competente, atento y... y... ay, Dios mío...

—¿Sí, cariño?

Sian se llevó una mano al rostro.

—Estoy enamorada de él, ¿verdad?
—Sí, querida —murmuró Jane.
—Todo parece muy sencillo, ¿verdad?
—Así es, pero lo que es sencillo no siempre es fácil.

Jane la tomó del brazo y la hizo salir a la calle. Ya casi era la una de la tarde, de manera que debían ir a reunirse con los demás en un animado restaurante francés. Los hombres ya estaban tranquilamente sentados en una mesa exterior.

Sian sintió la penetrante mirada de Matt pero no pudo mirarlo a los ojos, así que se sentó alejada de él.

Durante el resto de la tarde evitó estar cerca de él. Fueron al zoológico y Sian no se separó del grupo mientras contemplaban los animales. Sabía que se estaba comportando de forma poco coherente desde esa mañana, pero no podía evitarlo. La embargaba la incertidumbre y la sensación de un inminente peligro; ya no sabía qué hacer.

Matt no la persiguió, sino que continuó caminando aparentemente relajado. El sol hacía brillar su cabello castaño claro y daba más profundidad a sus ojos. Charlaba y hacía bromas con Jane. Por primera vez en su vida, Sian sintió celos de su amiga y de la atención de que era objeto por parte de Matt.

Regresaron al apartamento a las seis de la tarde para prepararlo todo para la fiesta, pues los invitados llegarían a las ocho. Había mucha comida: queso, galletas, pollo, rebanadas de carne, paté, patatas fritas, una tarta de queso, brécol y jamón. Sólo tuvieron que servir los platos y ponerlos en un extremo de la amplia sala; después movieron los sillones y las sillas para que hubiera espacio para bailar.

Sian se puso una blusa de color amarillo pálido y una falda de gasa del mismo tono que le llegaba hasta los tobillos y se movía al compás de sus graciosos movimientos. Se puso un ancho cinturón rojo, unos pendientes y un collar del mismo color y se dejó el cabello suelto. Tenía un aspecto muy elegante y femenino.

Intentó ocultar la tensión que la embargaba y que fue en aumento cuando Joshua puso música pop en el tocadiscos. Logró aparentar que se divertía, pero cuando llegaron los demás invitados, ya no tuvo que fingir, pues empezó a divertirse mucho.

A ella le gustó mucho el amplio círculo de amigos de Matt. Sus profesiones, edades y estilos de vida diferían mucho entre sí. Aparentemente lo único que esas personas tenían en común era el

cariño que le profesaban a su amable anfitrión.

Sian se dijo que la ventaja de que el anfitrión fuera hombre era que había invitado a todos sus amigos varones. Sian notó que a Jane le brillaban los ojos pues estaba fascinada; parecía una niña a la que la hubieran dejado sola en una tienda de golosinas. Steven no se apartaba de ella y estaba bastante molesto. Los amigos de Matt invitaron a Sian a bailar con frecuencia. Acababa de aceptar volver a bailar con un atractivo y simpático colega de Matt, cuando éste apareció de pronto.

—Vete, Rick. Sian va a bailar esta pieza conmigo —dijo con tono brusco.

—Debí adivinar que elegirías a la mujer más hermosa de todas —comentó su amigo con calma y filosofía.

—Así es —agregó Matt, deslizando un brazo por los hombros de Sian—, pero si te das prisa, puedes hacerle compañía a esa agradable rubia. Es la mejor amiga de Sian, así que sé muy educado con ella, ¿me has oído?

—Sí, papá Matt. Siempre lo hago, ¿no? —sonrió Rick y se dirigió hacia Jane, que estaba charlando con Steven.

—No me ha gustado que se lo hayas enviado a mi amiga —comentó Matt.

—Rick es un buen chico —sonrió Matt—. Es algo mujeriego, pero es muy divertido y no le intimida estar junto a una mujer inteligente. Además, no le hará daño a Steven sentir que tiene un poco de competencia.

Vieron cómo Rick se acercaba a la pareja. Steven lo miró con furia, pero Jane le sonrió de una forma que hizo que el colega de Matt le devolviera la sonrisa con deleite y sorpresa.

—Bueno, ¿qué te parece si bailamos? —Matt apretó los hombros de Sian.

—Aún no me lo has pedido —le molestaba pensar que él suponía que podía hacer con ella lo que quisiera. Pero, ¿acaso no era esa la verdad…?

Matt se volvió para mirarla y la tomó del brazo con una calidez que le hizo estremecer.

—No lo he hecho porque después de que te mantuviste alejada de mí durante todo el día, temí que me rechazaras —la miró serio y con intensidad.

—No seas tonto, no he intentado evitarte —bajó la vista.

—En ese caso, puedes bailar conmigo, ¿no? —deslizó las manos

hacia la parte baja de la espalda de Sian con una sensualidad infinita, atrayéndola hacia sí.

De inmediato, Sian quedó embargada por el mismo deseo que había experimentado ese mañana. Su delgado cuerpo se adaptó al de Matt. Cuando él le rodeó la cintura, tembló con fuerza y estuvo a punto de perder su frágil compostura.

Matt murmuró algo incoherente y apoyó la cabeza contra la de Sian mientras la apretaba con más fuerza. Luego, con rapidez la sacó de la pista de baile y la hizo caminar a través del pasillo.

Sian estaba al borde del llanto. No entendía por qué Matt se comportaba de esa manera ni adonde la llevaba. Caminaba de modo casi automático, pues él la rodeaba la cintura con fuerza y la obligaba a ello. Se dio cuenta de que estaba tenso, rígido.

Entraron en el estudio, que estaba vacío y a oscuras. Matt no se tomó la molestia de encender la luz ni de cerrar completamente la puerta. De inmediato soltó a la chica y fue a sentarse en el sofá, desde donde se quedó mirando a Sian con un ansia incontrolable e intensa.

Ella permaneció de pie. La luz que procedía del vestíbulo hacía que su negro cabello apareciese rodeado por un halo dorado. Estaba asustada y jadeante; se cruzó de brazos mientras observaba a Matt con aprensión y hostilidad.

—Sian —susurró y su nombre fue como una caricia—. Sian —la llamó.

La joven se acercó un poco a él y en la penumbra vio que apretaba con fuerza los brazos del sofá.

—Dime —murmuró temblando—. Por el amor de Dios, dime qué es lo que quieres.

—Lo estoy intentando —contestó, tratando de controlarse—. Te juro que intento ser paciente, pero es muy difícil cuando te deseo tanto, que ya ni siquiera puedo pensar con claridad.

La sinceridad de sus palabras la dejó electrizada, como si la hubiera tocado, y emitió un ligero jadeo.

—Te deseo —la miró con intensidad—. Quiero estar dentro de ti. Me vuelves loco y deseo volverte loca a ti también, haciéndote gritar de pasión. Tan sólo una sonrisa tuya puede hacer que me tiemblen las rodillas. Tu piel es más suave que la seda, el perfume de tu cabello me intoxica como un dulce vino, y el color de tus ojos cuando despiertas por la mañana es como un mar en el que me encantaría ahogar mis sentidos.

Matt ya no parecía tan tenso como unos minutos antes. Sian lo miró casi con terror.

—Hablas de una manera que incluso podrías convencer al sol de que dejara de brillar todos los días —comentó la chica angustiada.

—Quiero ver tu rostro cuando llegues al clímax susurró con tono provocativo—. Sian, acércate, tócame. Por favor, bésame con tus suaves y dulces labios. Acaríciame y haz lo que quieras conmigo. Ven conmigo y date placer. Ha pasado una eternidad desde esta mañana y siento que me muero por la agonía que me produce no estar a tu lado.

—Y si lo hago, ¿qué será de nosotros? —lo desafió. Las seductoras palabras de Matt estaban haciendo estragos en su imaginación.

—Amor mío, ¿cómo puedo saberlo? No soy un profeta. No sé qué nos deparará el futuro —ladeó la cabeza—. ¿Seremos amantes o enemigos después de que me des un beso?

Sian no pudo resistirse ante ese deseo y fue hacia él con cuidado. Al instante Matt se movió para abrir las piernas permitiéndole acercarse y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. El deseo de sus ojos fue lo último que vio Sian antes de inclinar la cabeza. Entonces la joven experimentó la maravillosa sensación de ese beso, como si fuera la primera vez que compartieran esa caricia, pero que al mismo tiempo remitía a los voluptuosos recuerdos de aquello que ya habían vivido.

—¿Qué te parece si sólo somos buenos amigos? —susurró ella apoyando su cuerpo contra la parte interna de sus muslos.

—No creo que ésa sea una buena idea...

Ella le acarició los labios con una ternura infinita

y Matt empezó a jadear de placer. Sian sintió la

agitación de su pecho al apoyar las manos sobre él.

Le acarició el musculoso cuello y sintió el palpitar de su pulso bajo los dedos. Alzó la cabeza y él protestó

de inmediato. —No, no...

—¿No, qué? —susurró ella, perdida en la languidez del momento.

—No te vayas —gimió. La tomó de la nuca y de nuevo la obligó a besarlo, sentándola a su lado. Sus cuerpos parecieron encenderse cuando unieron sus bocas. Sian le rodeó el cuello con los brazos mientras él la abrazaba con más fuerza. La joven cayó víctima de la seducción de Matt, que le acarició y le besó el cuello. A

continuación ella le acarició la espalda y, al oírlo jadear, sintió que se derretía de placer.

Estaban tan ensimismados el uno con el otro que no oyeron que alguien se acercaba, ni la voz de Joshua que los llamaba.

La luz del estudio se encendió, destruyendo de inmediato la intimidad que compartían.

Matt echó la cabeza hacia atrás. Sian se sobresaltó y habría escapado de sus brazos de no haber sido porque Matt no había dejado de abrazarla. Fijó la mirada en su hermano menor. En ese momento reinó un pesado y tenso silencio. Matt adoptó una expresión sombría y pronunció con frialdad:

—Dentro de un momento me reuniré contigo. Joshua no dijo nada, pero el portazo que dio al salir fue muy elocuente. Matt miró a Sian con el ceño fruncido. La chica se angustió y sus verdes ojos reflejaron su preocupación.

—Dios mío... no pensé... —musitó—. Iré a hablar con él.

--No —suspiró Matt resignado—. Yo lo haré. ¿Estás bien?

—Ésta es la segunda vez en el mismo día que me lo preguntas —murmuró y él la abrazó con fuerza.

—Creí que la primera vez había sido horrible, pero si sientes lo mismo que yo en estos momentos, entonces has recibido algo parecido a una estocada mortal —la miró con seriedad—. Esto no cambia las cosas entre tú y yo. Si no compartes mi opinión, no iré a hablar con Joshua, sino que me quedaré a besarte hasta que entres en razón.

—¿Y qué es lo que somos? —sonrió triste—, ¿Enemigos, amantes o buenos amigos?

—No vuelvas mañana a South Bend —la miró fijamente—. Quédate aquí conmigo.

—Ay, Matthew... no lo sé... —bajó la mirada.

—¿Por qué no? —le apretó los brazos—. No tienes que trabajar. ¿Por qué no podrías quedarte?

—¿Durante cuánto tiempo?

Él se encogió de hombros; su mirada era muy intensa.

—Unos cuantos días, una semana, un mes. Demonios, quién sabe, tal vez terminarías por quedarte aquí durante todo el verano si te apeteciese.

—Todas mis cosas están en South Bend —hizo una mueca—. Mis amigos, mi ropa, mi universidad, mis planes...

—Lo único que sé es que si te marchas ahora te pasarás todo el

tiempo buscando razones para no volver a Chicago, erigiendo así de nuevo tus barreras —dijo con tono duro—. Y Chicago está demasiado lejos como para que pueda ir a verte cada fin de semana para tratar de hacerte cambiar de opinión.

—Pero tal vez necesitemos tiempo para pensarlo...

—¿Ves a lo que me refiero? —preguntó con tono seco—. Ya estás levantando un obstáculo entre nosotros y ni siquiera he dejado de abrazarte. No necesitamos estar solos para pensar, lo que necesitamos es estar más tiempo juntos. Conocernos a fondo y descubrir qué es lo que nos agrada y qué nos disgusta del otro. Hacer el amor durante largas y cálidas noches.

Y por las mañanas, disfrutar del frescor del alba.

Sian había estado jugueteando con el botón de la camisa de Matt, y al escuchar esas palabras, hizo un movimiento precipitado y le arrancó el botón, dejando expuesto su velludo pecho. Al verlo, recordó el placer que la había invadido cuando él se tumbó sobre ella esa mañana. ¿Por qué lo dudaba? Eso era lo que quería... Sian apoyó la frente contra la de Matt.

—Por favor —susurró—. Pregúntamelo otra vez mañana. Ahora no.

—Está bien —suspiró, aspirando el aroma de su cabello—. Dame una respuesta mañana. Mientras tanto, será mejor que vaya a hablar con Joshua. ¿Quieres acompañarme?

—Saldré en unos momentos —sacudió la cabeza, tensa.

Matt le dio un beso en la frente y se levantó.

—Bueno. Pero no rechaces algo que podría ser maravilloso para los dos.

«¿Y qué sucederá en el futuro, Matt?», inquirió en silencio al verlo salir del estudio y cerrar la puerta.

«No me importa el día de mañana, ni el siguiente, ni la semana próxima. ¿Pero qué pasará dentro de un año? ¿Cómo podremos saber si aún nos entenderemos? ¿Qué sucederá con el resto de nuestras vidas...?, se preguntaba.

Capítulo 9

SIAN no vio a Matthew ni a Joshua cuando salió del estudio. A pesar de que se había cepillado el cabello y retocado el maquillaje, le brillaban mucho los ojos y tenía las mejillas ruborizadas.

A primera vista, parecía que la fiesta seguía en todo su apogeo. No obstante, al ver el montón de platos sucios en la cocina y a la mayor parte de los invitados sentados en vez de estar bailando, Sian tuvo la impresión de que faltaba poco para que terminase.

Consultó su reloj y se quedó asombrada al ver que ya eran más de las doce de la noche. En ese momento, Jane se acercó para susurrarle al oído:

—¿En dónde diablos has estado? Te perdiste el espectáculo de fuegos artificiales. Joshua entró furioso en la sala mientras Matt lo seguía con expresión fría y severa. Entonces él metió a Joshua en su habitación y ahora están allí los dos. Me preocupa este silencio, ¿a ti no?

Sian cerró los ojos y le confesó:

—No me perdí el drama. Matt y yo estábamos en el estudio cuando Joshua entró y nos sorprendió juntos.

—¿Qué estabais haciendo? —Jane estaba perpleja.

—Bueno, te aseguro que no estábamos hablando del tiempo —replicó Sian molesta; un momento después liberó su tensión y suspiró arrepentida—. Lo siento, Jane. Lo que pasa es que estoy muy tensa.

—Bueno, no me sorprende —la miró con detenimiento y simpatía—. No te culpes, Sian. No fue culpa tuya. Tú nunca alentaste a Joshua ni alimentaste sus ilusiones. Lo que él creyó que existía en su relación contigo fue un producto de su imaginación, de modo que no te preocupes. Matt lo hará entrar en razón, ya lo verás.

—Eso espero —en sus ojos persistía un brillo de angustia. Jane la abrazó y la condujo hacia la cocina, que estaba desierta. Sian se apoyó en el mostrador.

—Cuéntame qué ha pasado —susurró Jane.

—Matt me ha pedido que me quede con él mañana, en vez de regresar a South Bend con vosotros —dijo, fijando la vista en el suelo.

—¿Eso es todo?

—¿Eso es todo? —repitió incrédula. Jane la miraba con expresión tranquila y a la vez comprensiva—. Jane, el solo hecho de pensar en quedarme aquí me aterra. Quiero tanto a Matt que no sé qué hacer. No sé cuáles son sus intenciones ni cuánto durará lo que hay entre nosotros.

—Entonces debes quedarte —la tomó de las manos—. Y amarlo el tiempo que puedas.

Sian negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas. ¿Cómo podría explicarle a Jane la crisis de inseguridad que estaba atravesando? En tan sólo una semana, había cambiado radicalmente de manera de pensar. Conseguir lo que en ese momento tanto deseaba era como negar todo aquello en lo que siempre había creído. Ella no era una jugadora como su padre. Tan sólo era una chica que temía descubrir que había basado sus sueños y sus esperanzas en algo que carecía de fundamento y solidez.

—¿No te das cuenta? —gimió—. Es demasiado pronto. Todo ha sucedido demasiado rápido. Yo ni siquiera sé lo que Matt siente por mí, además de una fuerte atracción física. Tal vez una mujer más experimentada podría correr un riesgo tan grande como éste, pero no sé si yo tendré el valor...

—Entonces, ven a casa —le apretó las manos, hablándole con sabiduría y objetividad—. Pero si lo haces, tendrás que estar dispuesta a dejar a Matt, porque es posible que él conozca a una mujer que sí esté dispuesta a aceptarlo y que se dé cuenta de lo valiente y sincero que fue él al abrirle su corazón.

Todas las emociones de Sian se rebelaron en su interior al imaginar a Matthew viviendo y amando a otra mujer. Retrocedió como si hubiera recibido una bofetada y el pulso le zumbó en los oídos al escuchar la serena voz de su amiga:

—¿Lo que acabo de decirte no va a ayudarte a tomar una decisión?

—Sí, creo que sé qué decisión debo tomar —susurró, muy pálida —. Me quedaré, si es que él aún quiere que lo haga.

—Ay, Sian —la abrazó con fuerza—. Creo que has encontrado a un hombre maravilloso en Matt, pero te juro que te voy a echar mucho de menos.

Sian abrazó a su amiga y apoyó la cabeza en su hombro.

—Vamos, ¿por qué dices eso? Tal vez sólo esté aquí unos

cuantos días.

—Sí, pero tal vez no sea ese el caso —Jane la miró a los ojos—. Espero que te quedes aquí mucho más tiempo; así debe ser.

Al imaginar el momento en que se despediría de sus amigos, antes de quedarse sola con Matt, con todo el futuro por delante, Sian sintió que su pulso se aceleraba. Estaba muy emocionada y, al mismo tiempo, muerta de miedo. ¿Podrían llenar el silencio con risas y con amor? ¿O acaso todas esas nuevas emociones se derrumbarían bajo el peso de la incomprensión y de los problemas? ¿O tal vez descubriría, después de la primera y apasionada entrega, que sólo se trataba de un enamoramiento pasajero? ¿Y qué sentiría Matt entonces? ¿Lamentaría haberle hecho esa invitación al cabo de unos días o se enamoraría de ella, como Sian ya lo estaba de él?

Ella sabía que estaba haciendo lo correcto, que en ese momento esas preguntas tenían un lugar preponderante en su vida y no que volvería a tener paz ni tranquilidad hasta que las hubiese contestado todas.

Cuando al fin los dos hombres salieron del dormitorio, la chica no pudo saber qué era lo que había sucedido. Matt tuvo que despedir a sus amigos. Joshua estaba muy callado y se negaba a mirar a Sian a los ojos.

Ella trató de dominar su impaciencia, pero no tardó en empezar a preocuparse, pues Matt mantenía los labios apretados y la miraba fríamente, con una furia apenas contenida.

Sian recordó al despectivo y rencoroso desconocido que conociera una semana antes y se estremeció sin poder evitarlo, tratando de olvidar esa negativa imagen que tenía de Matt, pues en ese momento sabía que él no era así en realidad. Antes él también había pensado que ella era una mujer distinta y con una personalidad diferente de la Sian a quien ya sí conocía. Matt era una persona real, con cualidades y defectos y con una gran sabiduría y compasión que lo convertían en un hombre extraordinario.

Sian fue al cuarto de baño a lavarse los dientes y la cara, posponiendo el momento en que tendría que ver a Matt y saber por qué estaba tan molesto. Quería abrazarlo, acariciar su cabello castaño claro y decirle que estaba enamorada de él y que deseaba quedarse todo el tiempo que los dos así lo desearan.

Sian se desvistió y se puso su bata corta de algodón. Fue a desearle buenas noches a Jane y luego se dirigió hacia el estudio. La

luz estaba encendida y Matt estaba sentado frente a la mesa de dibujo, de espaldas a la puerta. Tenía el cabello despeinado, como si hubiera pasado los dedos varias veces por él con desesperación. Sian lo miró con ternura y entró en la habitación.

—Hola, te estaba buscando —sonrió ella.

—No me digas —estaba tenso—. Vine aquí para hablar contigo, pero imaginé que habrías decidido dormir en otra parte —pronunció con un tono de voz tan cortante que Sian vaciló. La joven se preguntó por qué no la miraba a los ojos. Si él le sonriera, ella se lanzaría a sus brazos. Sin embargo, en ese momento no sabía cómo actuar.

—No te entiendo —susurró.

—Siempre estás huyendo —comentó él con sarcasmo—. Lo has hecho desde un principio. Cuando nos conocimos, te hice pasar un pésimo rato y huiste.

—Pero ahora no estoy haciendo nada semejante —frunció el ceño—. ¿No entiendes, Matthew? Le dije a Jane que no regresaría con ellos a South Bend mañana.

—¿Acaso estás intentando convencerme de que quieres quedarte? —preguntó en tono duro—. ¿No crees que eso es llevar las cosas demasiado lejos, aun cuando se trata de ti?

—Matt, mírame —Sian no sabía lo que estaba sucediendo pero la embargó una profunda aprensión.

Él bajó del taburete. Al ver que su rostro estaba contorsionado por la ira, Sian sintió miedo, retrocedió un paso y se llevó una mano a la garganta.

—¿Y cuándo pensabas decirme que estabas comprometida con Joshua? ¿Mañana por la mañana, antes de irte? —se mostraba despiadado—. ¿O acaso ibas a anunciármelo cuando estuviéramos en la cama? ¡Eres una maldita mentirosa!

Sian se tambaleó ante la inesperada fuerza de esa acusación. «Dios, ¿cómo he podido olvidar aquella inocente travesura que planeé con Joshua?», se preguntó angustiada.

—¿Joshua te lo dijo? —susurró.

Matt abrió los ojos y por un instante su rostro reflejó un gran sufrimiento. Pero no tardó en volver a ocultar sus sentimientos bajo una máscara de dureza.

—Así que es cierto. Al principio me pregunté si Joshua estaba mintiendo. Él se comporta a veces como un chiquillo maleducado y caprichoso cuando no puede salirse con la suya. No podía creer que

hubieras hecho algo semejante. Tú no podías ser la mujer fría y calculadora que Joshua me describió. Me parecías tan inocente y vulnerable a pesar de tu aparente compostura y serenidad, que cambié por completo la primera impresión que tenía acerca de ti. Ni siquiera te hice caso cuando me advertiste que terminarías por hacerme pagar lo que te había hecho. Bueno, pues te felicito, cariño. Lograste que cayera en tu trampa como un tonto y espero que esa satisfacción te caliente el lecho por las noches. Te aseguro que ningún hombre que se respete a sí mismo lo hará. Además, jamás permitiré que te aproveches de mi hermano como lo has hecho de mí.

Al principio, Sian lo escuchó sin entenderlo, pero poco a poco las injustas y crueles palabras de Matt la irritaron. Y terminó por perder el poco control que le quedaba.

—No amo a Joshua, estúpido —le gritó—. Nunca he querido estar con él.

—Eso es lo más horrible que podrías decir de ti misma —la tomó de los hombros con fuerza—. ¿Cómo te atreves a usar a la gente como si fueran piezas de ajedrez? ¿Cómo puedes ser capaz de jugar con sus sentimientos?

Cegada por el dolor, levantó una mano para abofetearlo, pero se contuvo a tiempo y lo miró con frialdad.

—No, no te daré la satisfacción de que tu furia hacia mí está justificada. Voy a contarte la verdad y después podrás hacer lo que quieras, aunque dudo que tus prejuicios hacia mí te permitan creerme. Sí, Joshua y yo pensábamos decirte que estábamos comprometidos… fingiríamos tener un compromiso, sólo para darte una lección y para que no volvieras a entrometerte en asuntos que no eran de tu incumbencia.

—¿Y cuándo tramasteis todo eso? —preguntó con una mueca de amargura.

—Lo decidimos un día después de que llegases a mi casa y me insultaras con palabras que yo jamás utilizaría con mi peor enemigo y menos aún con una completa desconocida —explicó, furiosa consigo misma por haber sido tan incrédula—. Y luego lo olvidé por completo, ¿qué te parece? Lo pasé por alto porque creí que había empezado a conocerte y pensé que eras muy distinto al hombre que me había herido tanto ofendiéndome de esa manera —rió fríamente. Luego empezó a sollozar, como si se le desgarrara el alma. Él le apretó los hombros y la sintió temblar. Su mirada era

terrible. Sian se apartó de él y le dio la espalda—. ¿Y sabes qué es lo más gracioso de todo? —añadió mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Todo esto es patético. Estaba tan segura de que jamás podría enamorarme de un hombre... Tenía otros planes en mi vida que no incluían el amor, pero te conocí e intentaste hacerme cambiar de opinión. Y yo, como soy una tonta, te hice caso. A pesar de que era algo insensato, pensé en cambiar mi estilo de vida por ti, dejar a mis amigos, mi hogar, mis planes, todo. Y ahora me dices esto. ¿Quién de nosotros ha ganado entonces? No, no te molestes en decírmelo. El trofeo es tuyo, yo ya no lo quiero.

—Sian —susurró con voz ronca—, Sian, Dios mío, por favor, escúchame...

No —exclamó al sentir que él se acercaba—. Ya te he escuchado demasiadas veces. Déjame sola ahora —dio media vuelta y salió del cuarto. Matt corrió tras ella y Sian tropezó con Jane.

Matt y ella habían alzado tanto la voz que habían despertado a los demás. «Cuánta intimidad», pensó Sian con ironía al refugiarse en los brazos de su amiga-

—Déjala en paz. Sin importar lo que le hayas hecho, ahora no es el momento de enmendar las cosas —declaró Jane con tono tan autoritario que Matthew se quedó inmovilizado. Sin embargo, Sian había visto a Joshua salir de la habitación de invitados. Sentía tanta rabia que de inmediato se dirigió, pálida y temblorosa, hacia él.

—Lo que hiciste fue algo horrible. Cuando viste que las cosas habían cambiado entre Matt y yo, debiste hablar conmigo para que arregláramos la situación. Lo que le hiciste a tu propio hermano es algo imperdonable —dijo en tono frío—. Eso fue mucho más lejos que una simple broma, Joshua. Cometiste un acto de maldad con alguien que te quiere y eso me parece sencillamente espantoso. Ya no sé quién eres. Creía conocerte, pero veo que no es así.

Joshua pareció recibir una estocada mortal, lo cual satisfizo a Sian, a pesar de que ella también estaba sufriendo. Se volvió y dejó que Jane la llevara a la habitación de Matt. Una vez allí se mostró fría, como si sus heridos sentimientos se hubieran cristalizado en hielo.

—Estoy bien —declaró.

—Bueno, pues no lo parece —dijo Jane—. Vio que Sian se dirigía hacia la puerta y la tomó del brazo—. ¿Adonde vas?

—A hacer mi equipaje. Me iré en cuanto esté lista.

—¿A dónde irás, qué vas a hacer?

—No me importa —gritó deprimida—. Iré a la estación. Allí podré tomar un autobús que me lleve a South Bend. No deseo regresar en el coche de Joshua. No quiero volver a verlo ni hablar con él.

—Sian, es la una de la madrugada. No sabes si hay servicio de autobús a estas horas. ¿Podrías esperar un momento y tranquilizarte, por favor? —le pidió preocupada—. Por favor, cinco minutos. Luego, si insistes en ello, me vestiré y te acompañaré.

No obstante, el ímpetu de Sian había desaparecido y entró en razón. Cerró los ojos y dio gracias al cielo por contar con una amiga como Jane.

—Tienes razón —susurró—. No te haré salir a la calle de madrugada. Nos iremos mañana temprano.

Como la cama de Matt era bastante grande, las dos se acostaron en ella, pero Sian no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Antes de que amaneciera, se levantó, despertó a Jane y fue a vestirse antes de hacer la maleta. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de nuevo.

De pronto, furiosa y decidida a no llorar más, dio un puntapié a la maleta. Se dijo que tenía que ser fuerte y fría. No podía volver a ablandarse, pues de lo contrario volvería a sufrir. No tenía más remedio que volver a su antigua vida, por muy vacía y sofocante que le pareciera. Aprendería de nuevo a estar orgullosa de su soledad. Después de todo, eso fue lo que le enseñó su padre.

—Sian —musitó Matthew a sus espaldas.

—¡Vete de aquí! —exclamó al volverse.

—No —estaba pálido y ojeroso, como si no hubiera podido dormir—. Si te dejo sola ahora, volverás a recluirte en tu mundo y nunca volverás a salir de él. Ayer te dije que te deseaba tanto que no podía pensar con claridad, ¿te acuerdas?

—Bueno, pues aprendimos algo valioso. Tú te enfadas con mucha facilidad y yo soy tonta y crédula. Y fue mejor descubrirlo en ese momento y no después. Y ahora me voy con Jane, pues no quiero permanecer aquí para escuchar lo que quieras decirme.

Matthew se pasó las manos por el cabello, exasperado e impaciente.

—Estoy tratando de pedirte perdón. Me porté como un imbécil. Estaba molesto y herido. Perdí el control al imaginarte en los brazos de Joshua, o de cualquier otro hombre... ¿No puedes entenderlo?

Por desgracia, Matt sólo logró irritarla aún más, aunque también

recordó que ella casi se volvió loca de celos al imaginárselo manteniendo relaciones con otra mujer. Su deseo de apartarse de él disminuyó un poco y miró a Matt con tristeza y dolor.

—Sí, pero el hecho de que tú estés listo para que te perdone no significa que yo esté dispuesta a hacerlo. Y aunque lo hiciera, lo que sucedió anoche sólo sirvió para demostrarme lo destructivos que podemos ser el uno con el otro.

—Pero anoche no llegamos hasta las últimas consecuencias de nuestra furia. Y sólo fuimos destructivos al final —susurró—. Estábamos esperanzados y empezamos a crear algo lleno de promesas y de amor.

—Y eso ya terminó para siempre —masculló, bajando la vista.

—Todo lo malo que ha ocurrido entre nosotros sólo ha sido producto de una mala comunicación. Parece que nos comprendemos muy bien —agregó con tristeza—. ¿Tú lo recuerdas también o acaso ya estás decidida a olvidarlo todo acerca de mí?

Ella negó con la cabeza, impotente, pues sabía que lo estaba hiriendo al rechazarlo, pero no podía evitarlo.

—Trata de escuchar mis razones con calma —dijo cauteloso—. Ayer sentiste algo totalmente opuesto a lo que sientes hoy. ¿Y si mañana vuelves a sentirte distinta? Vamos a darnos la oportunidad de tranquilizarnos y de mirar a nuestro alrededor. Yo sé que debo meditar mucho acerca de la confianza, de la fe y de la cortesía. ¿Por qué no nos hacemos la promesa de volver a hablar dentro de unos cuantos días, ya sin reproches? ¿Crees que podremos dar ese paso, aunque sólo sea para decirnos adiós para siempre?

Sian cerró los ojos. Ella misma se lo había advertido unos momentos antes; ablandarse era como debilitarse, y dudar era fatal.

—¿Sólo una llamada telefónica? —dudó.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Qué has hecho? Te he echado mucho de menos —contestó Matthew con tanta ternura, que Sian sintió que se le desgarraba el corazón—. Ya sabes, ese tipo de cosas. Espera un poco y verás que no es tan difícil.

—Debo de ser mucho más tonta de lo que pensaba —musitó y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien —se volvió—. Te llamaré el martes o miércoles, ¿de acuerdo? —dijo con una calma que sorprendió a Sian.

—De acuerdo.

—Ya estoy lista para ir a la estación, Sian —anunció Jane y miró compasiva a Matt—. Steven volverá a South Bend con Joshua.

—Entonces será mejor que nos marchemos de una vez —Sian se fue sin mirar a Matt, pues no quería perder el control de sí misma. Tampoco deseaba creer del todo en la frágil tregua que él había pactado con ella con tanto esfuerzo, después de la explosión de la noche anterior.

Jane no le hizo pregunta alguna y ese gesto conmovió a Sian, que escuchó la agradable conversación de su amiga. Se dijo con dolor y rabia que al final había terminado confesándole su amor a Matt. Si no se hubiera enamorado de esa manera, las acusaciones de Matt no la habrían hecho sufrir tanto y ella nunca habría estado de acuerdo en volver a hablar con él después de lo sucedido.

Tenía que reconocer que, a pesar de toda su furia, Matt había logrado conmoverla. El hecho de prometerle que hablaría con ella después de haberse enfadado tanto, significaba que sentía remordimientos así como la necesidad de recuperarse del duro golpe que había recibido.

¿Acaso eso significaba que él también la amaba? Sian no podía asegurarlo. Eso tan sólo le indicaba que Matt estaba muy avergonzado por haber sido injusto con ella y que deseaba hacer las paces. Tal vez al final él decidiría que no podía confiar en ella por completo, sobre todo al enterarse de que había tratado de fingir que estaba comprometida con Joshua. Quizá él la llamaría al cabo de unos cuantos días para decirle adiós.

Sian no podía hacer nada más que esperar. Ese domingo no pudo comer ni dormir, pensando en lo que había ocurrido, en lo que ella había dicho, en lo que habría podido decir y en lo que quizá habría sucedido. Lamentaba lo que había sucedido entre Matt y ella, pues ansiaba volver a verlo y pensó con angustia en lo que le diría cuando la llamara.

No obstante, jamás imaginó lo que le deparaba el futuro ni que esa llamada telefónica nunca tendría lugar.

El lunes por la mañana, Jane se fue a trabajar. Sian se lavó el cabello y luego se lo cepilló en la cocina, muy deprimida.

En ese momento, sonó el timbre y fue a abrir. Joshua estaba allí, cansado, nervioso y muy avergonzado. Sian apretó los labios al verlo, dejándolo entrar.

—Sian, perdóname —dijo él de inmediato al llegar a la sala—. No sabes cuánto lo siento...

«Ahora esto, después de todo lo ocurrido», pensó Sian. Sacudió la cabeza y se ató con más fuerza el cinturón de la bata.

—¿Por qué lo hiciste, Joshua? ¿No te diste cuenta del daño que le hacías a tu hermano y a mí? Y Matt... ahora que he tenido la oportunidad de serenarme, me doy cuenta de que él nunca estalla de esa manera, a menos que está demasiado tenso y turbado.

—Tienes razón. No hay justificación para lo que hice. Y no puedo explicarte cuáles fueron mis motivos. Lo que pasa es que me puse celoso. Cuando te vi con él, sentí que algo reventaba dentro de mi cabeza. Matt siempre tiene lo mejor de todo en el ámbito profesional, en su estilo de vida y en sus amistades. Y me pareció que también te tendría a ti. Y yo te amaba.

—No es cierto. Sólo fue un capricho pasajero y ambos lo sabemos.

—No —dijo con una sinceridad que entristeció aún más a Sian —. Yo sí te amaba y aún te quiero. Tal vez no es el amor que imaginé sentir, pero yo te conocí primero, luego Matt llegó y te apartó de mi lado. Ya sé que soy posesivo, Sian, pero Steven y Jane y tú sois lo mejor que me ha sucedido en la vida. Por primera vez, cerca de vosotros, tuve la impresión de que no era inferior a mi hermano, que siempre fue mejor, más fuerte y más popular que yo. ¿No te das cuenta? Creí que te estaba perdiendo y ahora, debido a mis estúpidas acciones, tal vez eso sea cierto.

Sian no pudo decir nada. En realidad, todos tenían la culpa de lo sucedido. Ella también era responsable de lo que había pasado pues, si no hubiera querido vengarse de Matt, las cosas nunca habrían llegado a ese extremo.

—Bueno, sólo quería decirte eso. Ya hablé con Matt y se lo expliqué todo. Todavía está enfadado conmigo pero al menos creo que me entiende. Y sólo quiero que sepas que estoy muy triste por lo que ocurrió. Ya sé que no hay nada que pueda hacer para remediar la situación, pero espero que puedas perdonarme algún día.

—Oh, Joshua —suspiró y abriendo los brazos y él la abrazó con fuerza y emoción—. Eres un tonto. ¿Cómo pudiste pensar que dejaríamos de ser amigos sólo porque me enamorase de tu hermano?

—Ya te dije que soy un imbécil. Por favor, no permitas que eso se interponga entre vosotros. Mis amigos son lo más importante para mí.

—Siempre voy a ser tu amiga. ¿No te das cuenta de que yo también te necesito? Pero no vuelvas a hacer nada semejante otra

vez. No podría volver a perdonarte.

—No lo haré nunca, te lo prometo.

En ese momento, el timbre volvió a sonar. Sian se alejó de Joshua y se mostró tan exasperada por la interrupción que él rió levemente mientras se enjugaba las lágrimas del rostro. Ella le sonrió y fue a abrir. De repente, al ver al hombre que estaba delante de ella, sintió que su corazón dejaba de latir.

Era Malcolm, el amigo y socio de su padre durante más de veinte años, a quien Sian quería como si fuera un tío suyo en quien pudiera confiar plenamente. Él había sido uno de los elementos más estables de su niñez y de su adolescencia. Nunca solía ir a South Bend cuando su padre la visitaba, para que Sian no tuviera que explicarles a sus amigos que Malcolm era en realidad el guardaespaldas de Devin.

Al ver el rostro serio de Malcolm, Sian comprendió de inmediato que algo terrible le había sucedido a Devin.

—Sian, ¿todo está bien? —inquirió Joshua acercándose, pero ni la chica ni Malcolm le prestaron atención.

—¿Está muy mal? —susurró alarmada.

—Sí, pequeña —la abrazó con fuerza—. ¿Puedes venir de inmediato?

—Claro. Déjame guardar algunas cosas en la maleta e iré a buscar mi pasaporte.

Se volvió tan angustiada y tensa, que Joshua se mostró agresivo con el desconocido que, según suponía, la había puesto en ese estado.

—Oiga, ¿quién es usted y qué quiere?

—Eso no se lo puedo decir, muchacho —repuso Malcolm muy tranquilo.

—Déjalo en paz, Joshua —le dijo Sian con tono cortante, pues el pánico empezaba a invadirla—. Mira, escríbele una nota a Jane. Dile que la llamaré en cuanto me sea posible.

—Claro —aseguró mientras la seguía, pues Sian ya se dirigía hacia su dormitorio—. ¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por ti?

Ella lo miró con un brillo distante en los ojos.

—Dudo que alguien pueda hacer nada por mí —repuso de manera fatalista.

Capítulo 10

DESPUÉS del calor de los Estados Unidos, Londres le parecía a Sian un lugar húmedo y frío. Todo el país estaba cubierto de nubes cargadas de lluvia. El viaje de South Bend hacia Heathrow fue una auténtica pesadilla.

Sian y Malcolm tomaron un avión en el aeropuerto de Michigan para llegar a Chicago y allí coger el primer avión disponible que los llevara a Londres. Mientras esperaban en el aeropuerto de O'Haré, Sian sintió que la envolvía una nube de confusión, que le impedía oír cualquier sonido y ver con detalle los colores que la rodeaban. Sólo pudo escuchar las explicaciones de Malcolm sobre lo que le había pasado a Devin.

Sian siempre fue consciente de que el estilo de vida de Devin era peligroso, algo que había aprendido a aceptar con el transcurso de los años. Su padre viajaba con frecuencia y solía llevar consigo grandes sumas de dinero que ganaba a los irritados dueños de distintos casinos, algunos de los cuales eran tipos sin escrúpulos que trabajaban en establecimientos ilegales, dentro de una red mundial del mercado negro.

A pesar de las advertencias de Malcolm, Devin había logrado entrar en un casino de ese tipo unas semanas antes y había ganado allí medio millón de libras esterlinas. Había jugado contra el propietario, un hombre que era conocido por su afición al juego y a otros vicios. Fue ese mismo hombre quien le tendió una emboscada a Devin, dos días antes.

Malcolm y él lograron vencer a los gánsters, que después fueron arrestados y en ese momento estaban en prisión por intento de asesinato. No obstante, en el tiroteo, Devin resultó herido de gravedad.

Exhausta, tensa y preocupada, Sian no quiso ir primero al hotel donde se alojaría bajo un nombre falso, sino que nada más llegar a Heathrow tomó un taxi para ir al hospital donde se encontraba Devin.

Llamó por teléfono antes y se enteró que su padre seguía con vida pero que estaba en coma debido al golpe que había recibido en la cabeza. Durante el largo trayecto en taxi, Sian recordó la conversación que había sostenido con Matthew, una semana antes...

—Debes de haber sido una niña muy hermosa. Si yo tuviera una hija como tú, me rompería el corazón estar separado de ella.

—¿De verdad?

—Sí. Y creo que si tuviera un trabajo o un estilo de vida que fuera peligroso o inadecuado para esa hermosa niña, la enviaría a otra parte donde pudiera crecer a salvo. Así, me negaría el egoísta placer de dejar que ella dependiera de mí.

En ese momento, al pensar en todo eso, Sian entendió muchas cosas. La llamada telefónica de Devin, su extraña conducta, su negativa a asistir a su fiesta de graduación y a su cumpleaños... Él debía de haber ganado ese dinero poco tiempo antes, y en ese momento, Sian comprendió que su padre jamás se habría acercado a ella si hubiese imaginado que él era objeto de una amenaza. Jamás pondría en peligro la vida de su propia hija.

Sian apoyó la cabeza contra la ventana del taxi y sollozó.

—Oh, ¿por qué lo hizo, Malcolm? Mi padre ya tenía suficiente dinero para vivir rodeado de lujos toda la vida. Él siempre supo cuándo era prudente retirarse. ¿Por qué no lo hizo?

—No quería nacerlo, Sian —susurró Malcolm, con su fuerte acento escocés—. Desde que tu madre murió, creo que Devin ha estado buscando la manera de reunirse con ella. Sabes, la quería mucho, más que a nadie en el mundo. Incluso intentó dejar de jugar cuando se casó con ella. Pero su pasado no lo dejaba en paz. Demasiadas personas lo conocían y siempre había alguien que quería volver a jugar con él, para tratar de recuperar el dinero que tu padre le había ganado. Y terminó por abandonar a tu madre y a ti pues jamás se habría perdonado si algo os hubiera sucedido por su culpa.

Sian miró asombrada a Malcolm, sintiendo que su corazón no podría soportar la carga de la inmensa pena que la embargaba. ¿Todo era tan sencillo como eso? ¿Acaso esa era la verdad cuando, durante años, Sian había creído que su padre era un hombre infiel y un empedernido seductor? ¿Por qué nunca se dio cuenta de cómo era su padre en realidad, cómo pudo estar tan ciega durante tanto tiempo?

Sian comprendió en ese momento que si Devin no había asistido a muchos de los sucesos importantes de su vida, había sido para protegerla y no porque ella no le importara. Estaba segura de que su padre la quería, y mucho.

—¿Por qué no me lo dijo? —gimió.

—¿Y poner semejante peso en los hombros de una jovencita como tú? —repuso Malcolm, negando con la cabeza—. No, Sian. Eso no habría estado bien.

Cuando Sian y Malcolm llegaron al hospital, el estado de salud de Devin era el mismo. Los médicos no supieron decirle a la joven cuándo superaría el estado de coma. Le aseguraron que tendría que esperar a ver si Devin viviría o no. No había más remedio que esperar...

Sian montó guardia junto al lecho de su padre. Miró su rostro sereno y tuvo la sensación de que estaba contemplando a un desconocido. El hombre a quien creía conocer se había esfumado de pronto. Y sintió miedo al pensar que tal vez nunca llegaría a conocer de verdad a su padre.

El tiempo dejó de tener significado para Sian. No pudo probar bocado, la enfermera se llevaba la comida que la chica dejaba intacta. Dormía en la silla en la que estaba sentada y se ausentaba del hospital sólo para darse un baño y cambiarse de ropa. La policía le aseguró a Sian que ya no corría peligro alguno, pero Malcolm se mantenía alerta. La chica le agradeció que se portara con ella con ese afecto y lealtad, aunque nunca se había sentido tan sola en su vida como en ese momento.

Necesitaba que alguien la abrazara y le asegurara que todo aquello terminaría bien. La joven sentía que su esperanza y su energía desaparecían gradualmente conforme transcurrían las horas con lentitud. Necesitaba a alguien fuerte y de confianza, alguien en cuyo hombro pudiera apoyar la cabeza. En realidad, necesitaba a Matthew, pero estaba muy lejos de ella en la distancia y en su forma de vida, y ella había perdido toda esperanza.

El jueves por la tarde, cuando le aseguraron que Devin no moriría durante su ausencia, Sian se alejó del lecho de su padre para llamar a los Estados Unidos. Calculó la diferencia de horario para poder llamar a Jane antes de que saliera del apartamento para ir a trabajar. Al oír la voz de su amiga del otro lado de la línea, Sian casi comenzó a llorar de nuevo.

Le explicó a Jane lo sucedido, lo más clara y brevemente que pudo, y por fin guardó silencio.

—¡Oh, Sian! Hemos estado tan preocupados por ti. Fue terrible que desaparecieras de esa manera... He estado muerta de angustia por ti, pero jamás imaginé que tu padre hubiera sufrido ese accidente. Matt se volvió loco cuando te esfumaste. Vino a South

Bend después de que te llamara el martes y tú no contestaras.

A Sian le dio un vuelco el corazón, mientras aferraba el auricular.

—¿Está contigo ahora?

Adivinó la respuesta antes de que su amiga se la dijera, pues Jane vaciló antes de contestar.

—No, cariño —susurró con mucha suavidad—. Volvió a Chicago. Dijo que tenía demasiadas responsabilidades como para dejarlo todo hasta que tú decidieras volver a aparecer. Pero estoy segura de que en cuanto se entere de lo que pasó, todo saldrá bien... ¿Sian? ¿Estás ahí?

Sian ya no escuchaba a Jane. Le habían sucedido demasiadas cosas durante los últimos días y por fin la tensión emocional y física logró vencerla. Sintió que una pesada oscuridad la aplastaba y dejó caer el auricular del teléfono. Se imaginó las acusadoras palabras de Matthew: «¿Siempre huyes, verdad? Y no estabas en casa cuando te llamé, aunque me prometiste que estarías... Parece que esta vez vas a ganar con mucha facilidad este juego de cartas».

Sin la presencia de Matthew para que la sostuviera con sus fuertes brazos, la caída de Sian hasta el suelo fue inevitable...

Despertó poco a poco y parpadeó al ver un techo que no le pareció conocido. Se encontraba en una amplia cama y no podía recordar cómo había llegado hasta allí. Pero sí recordaba el sueño de París en primavera y la suave lluvia que caía sobre sus mejillas. Al ver que algo se movía al otro extremo de la habitación, susurró adormilada:

—¿Matt?

Oyó unos pasos apresurados y luego alguien se inclinó hacia ella.

—¿Cariño? —susurró Malcolm.

La inmensa alegría que por un instante sintió Sian desapareció, devolviéndola una vez más a la realidad. Volvió la cara y sollozó. En ese momento lo recordó todo y sabía que Matt no estaba con ella.

—¿Qué ha sucedido? —gimió.

—Te desmayaste —Malcolm se sentó en el borde de la cama y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Ay, Dios mío, no sabía que esas cosas me podían pasar a mí — exclamó muy triste.

Trató de bromear, pero no logró que Malcolm sonriera.

—Los médicos dicen que eso te pasó por el agotamiento físico y mental. Te advertí que estabas al límite de tu resistencia, pero no me hiciste caso; eres igual que tu padre.

—¿Cómo está él? —de nuevo la embargó una sensación de urgencia. Se irguió sobre sus codos y todo su cuerpo empezó a temblar.

—Sigue igual. Lo siento, cariño... Oye, espera un momento. No vas a levantarte de esa cama hasta que hayas comido algo. Has dormido durante más de diez horas y necesitas alimentarte o te volverás a desmayar. El hospital nos llamará si tienen noticias sobre el estado de salud de tu padre —añadió con tono sensato.

A pesar de las protestas de la chica, Malcolm pidió por teléfono a la cafetería del hotel que le llevara a la habitación una caliente y nutritiva comida. Él permaneció de pie junto al lecho hasta que Sian se terminó casi todo. Entonces le permitió que se levantara. Fue a darse un baño y se vistió. Tuvo que reconocer que se sentía bastante mejor que antes.

En ese momento el cielo ya no estaba nublado y lucía el sol. Ese viernes por la tarde, cuando Sian salió del hotel acompañada de Malcolm, contempló una puesta de sol esplendorosa. El resplandor de los colores era tan intenso, que Sian se puso sus gafas oscuras. El taxi los dejó una vez más en la entrada del hospital y Malcolm rodeó los hombros de la joven con un brazo mientras la hacía entrar en el vehículo, mirando prudentemente a su alrededor.

Al observar su actitud protectora, Sian comentó:

—Creí que ya no había peligro.

—Ya no, pero nunca está de más andar con precaución, cariño —susurró él y empujó la puerta con su fuerte brazo mientras la dejaba pasar primero—. Sobre todo cuando tu padre está ocupando una cama en este hospital.

Sian entró y comentó:

—Pero como los hombres que os atacaron ya confesaron su delito y Scotland Yard mandó arrestar al dueño del casino, creo que ya no hay nada de qué preocuparse, ¿no piensas tú lo mismo?

Estaban pasando junto al mostrador de recepción que se encontraba en la sala de espera principal del hospital, cuando de pronto un hombre se puso de pie y se dirigió hacia ellos:

—¿Sian?

La joven se volvió sorprendida, pero después reconoció aquella profunda y ronca voz. Sin embargo, no pudo ver con claridad, pues

Malcolm la empujó contra la pared mientras exclamaba:

—¡Ten cuidado!

Sian apoyó las manos contra la pared y luego se volvió con una rapidez nacida en la desesperación, cuando Malcolm ya se dirigía hacia el intruso para golpearlo. Antes de pensar algo coherente, la joven se interpuso entre los dos hombres.

—¡No, Malcolm!

Malcolm ya había alzado el puño para golpearlo, pero en el momento de coger impulso perdió el equilibrio. Habría golpeado a Sian en la cara con una increíble fuerza de no haber sido porque el recién llegado adelantó el brazo rápidamente, protegiendo a la chica.

Luego los dos hombres se miraron fijamente. Sian estaba pálida y temblaba ¡Malcolm podría haberle roto la mandíbula! Fue en ese momento cuando cobró conciencia de lo cerca que había estado de resultar herida. Simplemente se quedó mirando al hombre que estaba delante de ella, sin poder dar crédito a sus ojos.

—¿Matt?

Él la miró a su vez. Su rostro tenía una expresión dura, pero al mirar a Sian se suavizó con una ternura indescriptible.

—Oh, amor mío, vine en cuanto me enteré de lo que le sucedió a tu padre —susurró con voz ronca.

Sian se acercó hacia él un poco, como si estuviera sonámbula y Matt la abrazó con fuerza. Al sentir la solidez de sus brazos, Sian se aferró a su cuello como un náufrago a una tabla de salvación.

Pensó que el corazón se le iba a salir del pecho por la felicidad y el alivio que la embargaban. Sentía cómo palpitaba de emoción el pulso de Matt. Él la tomó de la nuca y luego la besó con una pasión conmovedora.

Sian empezó a llorar en silencio. Matt le quitó las gafas oscuras con mucho cuidado. Al ver las ojeras de la chica, provocadas por lo ocurrido en las últimas semanas, la miró con profundo dolor y simpatía.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —inquirió ella, acariciándole con suavidad una mejilla, pues aún no podía creer que estuviera a su lado y que no fuera simplemente un producto de su febril imaginación.

—Jane me llamó justo después de que tú la llamaras a ella —le explicó—. Tú le dijiste en qué hospital estaba tu padre, y yo llegué lo más rápido que me fue posible al aeropuerto. Por fortuna, hubo

una cancelación de última hora en uno de los vuelos a Londres. De lo contrario, aún estaría volviéndome loco en el aeropuerto de O'Hare. Cuando llegué a Heathrow esta mañana, vine aquí directamente a esperarte.

—Malcolm me reservó una habitación en el Hilton, bajo otro nombre —le aclaró Sian, aún un poco sorprendida.

De nuevo su expresión se endureció y la apretó con más fuerza.

—Sí —dijo molesto e indignado—. Jane me contó que tu padre cayó en una emboscada. ¡Dios mío! He estado viviendo un auténtico infierno durante estos últimos días. Primero, Joshua me dijo que te pusiste blanca como la cera cuando un desconocido fue a buscarte a tu casa y que te fuiste con él sin darle explicación alguna. Desde entonces, me he estado torturando, imaginando todo tipo de cosas que podrían haberte sucedido. Pensaba que él te había hipnotizado y que nunca más te volvería a ver.

—Se trataba de Malcolm, el socio de mi padre —se quedó muy impresionada al ver el brillo de terror que iluminó los ojos de Matt por un momento—. Él nunca había ido a South Bend. Mi padre siempre iba a visitarme sin Malcolm. Supongo que quería tener una apariencia común y corriente y que deseaba parecer un padre normal. Cuando Malcolm llegó a South Bend sin mi padre, comprendí que algo terrible le había ocurrido. Y sólo pude pensar que tal vez moriría sin que yo pudiera volver a verlo.

—¿Cómo está él? —susurró Matt.

Sian bajó la cabeza y la apoyó contra su hombro mientras se estremecía.

—Está en coma, Malcolm y mi padre hicieron todo lo que pudieron, pero los atacaron tres individuos y uno de ellos golpeó a mi padre en la cabeza con un tubo de hierro.

—Dios mío —musitó Matt mientras le acariciaba el cuello, como para estar seguro de que Sian estaba bien—. Ahora no me sorprende que ese tipo haya tenido una reacción tan violenta cuando me acerqué a ti.

—Ay, Matt —susurró Sian—, mi padre está tan pálido... No sé que voy a hacer si se muere... él es el único familiar que me queda en el mundo...

—No, no —-dijo con una ternura infinita. Y la abrazó con todo su cariño, consolándola con su presencia—. Sian, suceda lo que suceda, siempre me tendrás.

La chica tardó un momento en asimilar sus palabras. Cuando lo

hizo, la embargó una gran dicha pues eso era lo que tanto había ansiado oír. Sin embargo, el miedo y la inseguridad volvieron a invadirla.

—¿Como te tuve aquel fin de semana? —comentó con amargura.

Matt se puso tenso y se apartó de ella. Sus ojos relampaguearon de furia y la tomó con fuerza de los hombros. Por fin Sian entendió lo que él sentía, la profundidad y la solidez de sus sentimientos por ella. Eso la dejó sorprendida y perpleja. Lo miró fijamente a los ojos, atónita ante la magnitud de esa revelación.

—Sí —pronunció él con dureza—, como me tuviste durante ese fin de semana. Mareado, excitado, aterrado, asombrado, humilde y emocionado. Estuve en un infierno. Así me has tenido desde el instante en que te conocí. Fui a la fiesta de tu graduación y cumpleaños con todo muy bien planeado. Sabía cómo te abordaría y lo que te diría. Pensé que sería una conversación razonable y civilizada. Cuando te vi en el porche del jardín, tuve la repentina sensación de que todo lo que era sensato y prudente desaparecía de mi cabeza. Eras la mujer más deseable que había visto en toda mi vida y entonces imaginé que estabas comprometida y que te ibas a casar con mi hermano. El saber que pertenecías a otro hombre me hizo enloquecer de desesperación y de rabia. Sentí terror al imaginar que te había conocido demasiado tarde.

—Matthew —susurró sorprendida y conmovida. Alzó las manos para acariciarle la cara; él ya no podía dejar de hablar.

—Te amo —pronunció con voz ronca—. Te quiero de una manera que ha cambiado el curso de mi vida. Te amo más que a nada en el mundo, como si fuera la primera vez que experimentara la maravilla del amor. No podía mantenerme alejado de ti, de la misma manera en que no podía dejar de respirar. Sentí que el ansia que me invadía al verte no se parecía a nada de lo que hasta entonces había experimentado en mi vida. No fue nada en comparación con la agonía que me embargó al pensar que tal vez también tú estabas en peligro y que yo estaba encerrado en un aeropuerto, a cinco mil kilómetros de ti. Sólo espero no volver a tener que soportar algo parecido en mi vida.

—Basta —gimió, acercándose a él—. Por favor, no digas más.

—No, jamás dejaré de decirte lo que siento por ti —la miró con una profunda intensidad.

Sian sintió que su corazón estaba a punto de estallar. Cerró los ojos y exclamó:

—Me has hecho rabiar tanto... Jamás he sentido la furia que tú me hiciste experimentar. Atravesaste todas mis barreras como si no existieran y, desde el primer momento, me pareció que ya no podría dejar de pensar en ti, de maldecirte, de desearte y de pelear contigo. Yo creía saber qué era lo que quería de la vida; estaba tan contenta, tan tranquila y satisfecha con mis planes... Y luego tú apareciste. Con una increíble facilidad, me demostraste que todas las cosas que yo deseaba, una familia, un hogar y estabilidad eran sólo el reflejo del amor que sentía por ti.

—Pues eso me costó mucho trabajo —sonrió Matthew y un nuevo brillo iluminó sus ojos, proporcionando una intensa calidez al alma de Sian—. Nunca antes hice tantos esfuerzos para tratar de convencerte de todas las formas posibles de que estábamos hecho el uno para el otro. Me dispuse a seducirte, no sólo físicamente, sino también en un sentido intelectual y emocional. Contenía el aliento cuando te alejabas de mí y quería golpearme cada vez que cometía un error contigo. Me sentí tan desesperado después de los primeros días, que tuve que invitar a tus amigos a mi apartamento ese fin de semana. Y cuando pensé que tú ibas a ser la única que no irías, me sentí como un auténtico estúpido.

—Pues nunca me lo demostraste —dijo con tono seco—. Eras siempre tan reservado y tan frío...

Él le alzó la barbilla y fijó la vista en sus labios entreabiertos.

—¿Eso crees? Yo recuerdo una escena que tuvo lugar en un aparcamiento y luego otra en la cocina de tu casa. ¡No podía quitarte las manos de encima! Me sentí como si fuera una mariposa acercándose a una llama, sin poder alejarse de ella, a pesar de quemarse las alas...

La chica se ruborizó al recordar la pasión que experimentó en aquel momento y Matt rió en voz baja, muy satisfecho.

Sian miró entonces a su alrededor avergonzada, pues se sentía vulnerable y expuesta. Sin embargo, nadie les prestaba atención. Esas escenas ocurrían todos los días en los hospitales y Malcolm había tenido la delicadeza de alejarse.

Matt se puso serio de inmediato y susurró:

—El sábado anterior me sentí lleno de dicha. Te acercaste a mí, me besaste e incendiaste mi cuerpo. Lleno de esperanza, fui a hablar con Joshua y él me dijo algo que fue como si el suelo temblara bajo mis pies. Sian, nunca podré decirte cuánto lamento haberte dicho todas esas cosas. Ya no pude controlarme y creí enloquecer al

pensar que no me amabas tanto como yo a ti. Me arrepentí casi de inmediato, pero ya no pude hacerte olvidar esas palabras, pues se interponían entre nosotros como una barrera. Y cuando me confesaste que me amabas, comprendí que había firmado mi propia sentencia de muerte con mi rabia.

—Y te amo —lo miró a los ojos con una profunda emoción—. Te amo igual que te amé entonces. Nunca he necesitado a alguien como te he necesitado a ti estos últimos días. Me he sentido tan sola y asustada, Matthew...

—Ay, cariño —gimió y volvió a besarla con fervor. La intensidad de su caricia terminó con cualquier duda que aún pudiera quedar en la mente de la joven.

—Me alegro tanto de que hayas venido —exclamó contra la cálida boca de Matt.

Éste suspiró y bebió las palabras de sus labios.

—Yo siempre estaré contigo, a tu lado.

—Pero, ¿qué pasará con tu trabajo? —se apartó y lo miró con preocupación—. Tantas personas dependen de ti... lo entendería si tuvieras que regresar a Chicago. Me alegro mucho de que hayas podido venir y... bueno, no sé cuánto tiempo más tendré que permanecer aquí.

A Sian le dolió mucho decirle eso, pues debía confesarle que nadie podía asegurarle cómo evolucionaría la condición física de Devin. Sabía que tenía que eximir a Matthew de cualquier responsabilidad para con ella, a pesar de que sólo deseaba abrazarlo y suplicarle que no la dejara sola.

Matt alzó la cabeza y frunció el ceño.

—Bromeas, ¿verdad, amor mío? ¿De verdad crees que voy a dejarte aquí, con tu padre hospitalizado? ¿Quién sabe qué clase de peligros puedas estar corriendo?

—Ya no hay peligro —insistió—. De verdad.

—Pues el amigo de tu padre no comparte tu opinión —comentó incrédulo.

—Malcolm ha estado muy presionado —señaló Sian—. Se culpa de lo que le sucedió a mi padre. Las personas que son responsables de ese atentado ya están en la cárcel. Así que no tienes que preocuparte por mí.

—Si no te importa —pronunció con tono seco—, creo que prefiero sacar esa conclusión. Y, por lo que se refiere a mi trabajo, no hay nada que requiera mi atención inmediata. No, Sian... ya no

puedes poner más obstáculos entre nosotros. La vida es demasiado corta como para eso. Por suerte, y a pesar de tu estúpido comportamiento, hemos podido encontrarnos. Y tendremos que hacer algo para que siempre estemos juntos. Ahora que te tengo a mi lado, ya no voy a separarme de ti. Nunca. Estás delante del hombre al que verás durante el resto de tus días.

—¿De modo que tendré que enfrentarme a eso? —inquirió ella y sonrió contenta, recordando la ocasión en que él le había dicho eso.

—Así es —sonrió él y dejó de impacientarse.

—¡Sian! —exclamó en ese momento Malcolm, desde el otro extremo del corredor. La chica se sobresaltó y el miedo la hizo palidecer, haciéndola olvidar su anterior felicidad. Sin embargo, se dio cuenta de que Malcolm sonreía y casi se desmayó de alivio.

—Tu padre está despierto y quiere verte —explicó Malcolm.

—¡Matt! —se volvió hacia él con una sonrisa tan radiante que lo dejó sin aliento.

—Vamos —dijo él y la tomó de la mano.

Echaron a correr por los pasillos. Las enfermeras los miraban con cierta irritación, pero nada podía eclipsar la felicidad que sentía Sian en esos momentos.

La joven señaló la puerta y Matt la abrió de inmediato para que ella pudiera entrar sin perder tiempo. Al ver la mirada serena y lúcida de Devin, Sian se echó a reír y a llorar al mismo tiempo. Se acercó al lecho de su padre y lo tomó de la mano.

—Ay, papá. He estado tan preocupada. ¿Cómo te sientes?

—¿Cómo crees tú? —sonrió Devin, mirando a su hija con afecto —. Pues como si me hubiera caído una caja fuerte en la cabeza. Y por favor, no vayas a regañarme. Ya sé que me he portado como un tonto, y como un estúpido.

—Voy a regañarte si quiero. No vuelvas a hacerme esto nunca más —rió ella con suavidad y le acarició la mano con ternura.

—No, hija —sonrió y luego descubrió a Matt de pie detrás de la chica—. ¿Quién es él? Me dijiste que no estabas enamorada de nadie, Sian.

—Ahora sí lo está —dijo Matt y le puso una mano a Sian en el hombro.

—¡Qué bien! Ahora, él estará esperando que yo represente el papel del padre severo y, en cambio, aquí estoy acostado en una cama y con la cabeza envuelta con una especie de turbante — comentó Devin con fingida irritación, haciendo reír a Sian—. ¿Y

cuáles son sus intenciones para con la jovencita más hermosa que usted jamás haya visto, muchacho?

—Son completamente honorables —aseguró Matthew y luego añadió con malicia—: Y demasiado explícitas como para describírselas en un cuarto de hospital.

Al oír eso, Devin se echó a reír tanto, que Sian se alarmó y le tocó la cabeza.

—Ay, hija —susurró Devin complacido, cuando recobró el aliento—. Parece que has encontrado a un hombre con las ideas muy claras.

Matt le apretó el hombro a Sian y se lo acarició de manera cálida y sensual, transmitiéndole un mensaje de ternura de amor y de tácito compromiso. Por supuesto, Matt siempre estaría a su lado. ¿Acaso no acababa de abandonar otro país para cruzar un océano y estar con ella? Un brillo travieso iluminó sus ojos mientras replicaba con fingida placidez:

—Pues sí, eso parece.

FIN.